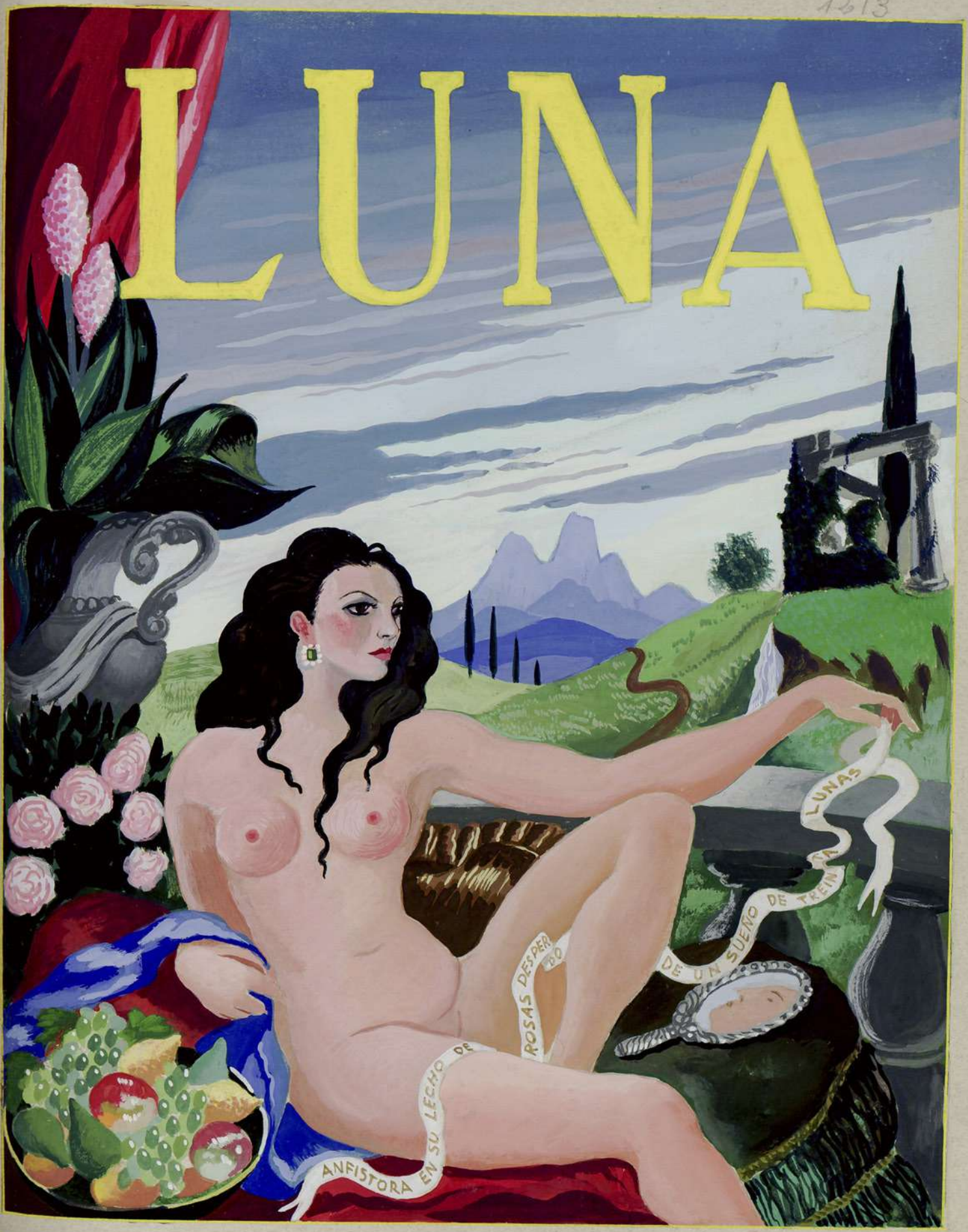
1213


LUNA
ANFISTORA EN SU LECHO DE
ROSAS DESPER
DE UN SUEÑO DE TREINTA LUNAS

12 14

LUNA

SUMARIO

	ULTIMO NUMERO
	NOCTAMBULANDIA
Antonio de Lezama	EL SACRIFICIO (CUENTO)
Antonio Aparicio	RETRATO DE UN NIÑO
Pablo de la Fuente	EL HIJO (CUENTO)
Edmundo Barbero	EL CULTO A LA MENTIRA
Aurelio Romeo	LA TORMENTA (CUENTO)

CUADERNO DE POESIA: JORGE MANRIQUE

NOTAS DE LECTURA por J. Campos

COMPAS DE ESPERA

SUPLEMENTO DE TRABAJOS LITERARIOS DE ANTONIO DE LEZAMA, SANTIAGO ONTAÑON, ANTONIO APARICIO, AURELIO ROMEO Y PABLO DE LA FUENTE

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

AÑO II — Noche del 16 al 17 Junio 1940 — NUM 30

1215

Ultimo numero

HEMOS venido formando, en nuestra revista, grupos de doce números, buscando en esta diversidad una mayor agrado. Nuestro propósito era terminar su publicación cuando venciese alguna de esas series y supiesemos proxima la fecha de salida de la Embajada.

Pero las cosas se han puesto de tal modo que todo hace suponer -hasta las voces mas autorizadas - que no podremos dar fin a la tercera serie ya que para la fecha de su terminación no estaremos ya aquí.

Por eso hemos decidido cerrarla en media serie, y lanzar este nuestro extraordinario final que tiene todo el nerviosismo que se puede suponer en una redacción ansiosa de dispersarse... en lo que se refiere a este trabajo concreto.

Nos vamos ya a América. Allí nos esperan otros trabajos. Hemos repetido, y en este mismo número insistimos en ello, que nuestro grupo ha llegado a constituir una hermandad de afectos y que, en este sentido, toda la labor del refugio ha de tomarse únicamente como punto inicial y de ensayo.

Y como tal ensayo no esta mal. Son mas de mil doscientas páginas escritas dentro de una disciplina voluntaria que nos obligaba a no dejar pasar una semana sin recoger estos pequeños trabajos. Lo que hemos hecho en total puede verse en el índice general

1216

que va al fin de este número. Creemos que hay motivos para no estar descontentos.

Porque no solo ha sido el entretenimiento de publicar esta revista lo que ha llenado las horas de aislamiento. Un diario que ya pasa del número 350 y donde no se escapa la vibracion de fuera de la calle, algunas novelas terminadas y otras en planta, cerca de diez piezas de teatro, de las que solo nuestro polifacético Ontañón ha escrito cinco, traducciónes, conferencias documentadas y versos, versos en abundancia entre los que, sin dicusión, se lleva la palma Antonio Aparicio con un volumen de sonetos casi terminado.

Podriamos decir aun mas cosas en estas últimas palabras de autobombo, (porque se ha estudiado mucho -el ingles ya es un idioma conocido por todos- en las especialidades de cada cual y Barbero se lleva en su prodigiosa memoria una perfecta antología de la poesía española y americana, aparte del "Romeo" y otras piezas que piensa montar en sus actividades teatrales), pero va parecer de una inmodestia excesiva.

Por eso cerramos estas palabras de despedida renovando nuestra gratitud y nuestra amistad hacia Chile y sus diplomáticos, especialmente a nuestro querido don German, a quienes debemos, aparte de nuestras vidas -¡que es algo!- una estancia agradable, sin tedios ni tristezas, De esto arranca el que hayamos podido trabajar con la comodidad que lo hemos hecho y que nuestro espíritu haya tenido la libertad suficiente para poderse entretener tan bien y a gusto de todos.

Y ahora, despues de un ¡Viva Chile! que nos sale del fondo del alma, ¡a prepararse para la vida libre y el trabajo, sin desanudar este abrazo que nos mantiene tan unidos!

Y, punto final.

1217

NOCTAMBULANDIA

YA habian pasado las primeras horas posteriores a nuestra entrada en el refugio. Aquella ignorancia sobre las personas que habíamos de encontrarnos y reunirnos bajo la protección del pabellón chileno, se había esfumado en cuanto a los que nos habían precedido. Directamente unos, indirectamente los otros, todos veniamos a ser conocidos y por encima de ellos nos unía el aglutinante común de la persecución que comenzaba. No pensabamos, sin embargo, que habíamos de ser los únicos refugiados los que entonces habitabamos aquél último piso de la calle del Prado. Y así fué. Hasta completar el número de diecisiete, fueron llegando nuevos elementos .

Ya habían surgido las lógicas divisiones en repúblicas, cooperativas de consumo y producción -mas de lo primero que de lo segundo-, que habían de mantenerse, no sin algunos cambios escandalosamente proclamados, hasta el momento actual.

El grupo mas numeroso quedó constituido bajo el nombre de República de las Letras que amparaba a nueve personas. No es instante oportuno ni objetivo perseguido en esta ocasión reseñar el cómo y el por qué de las disidencias y las agregaciones que se produjeron. El número de los componentes de nuestro grupo tuvo fluctuaciones hasta fijarse en la cifra inamovible que hoy ostenta: somos ocho. Tampoco la vieja denominación ha perdurado. Pasando por una etapa republicana imperial hemos venido a quedar en república democrática -con todos sus vicios constitucionales y sus ventajas de libre vida- y somos conocidos en el mundo del refugio por NOCTAMBULANDIA.

1218

Por duros trances hubo de pasar nuestra República para no acabar desnaturalizandose. Prohibiciones anunciadas y que no llegaron a cristalizar en realidad amenazaron con dar al traste con lo que de mas característico tenemos: nuestra nocturnidad. Resistencia pasiva, acomodación parcial a las nuevas condiciones de vida, convivencia obligada a través de suelos y tabiques con la vecindad -no muy grata- hicieron posible que la libre NOCTAMBULANDIA conservase su soberanía, que nuestro periodico y nuestra revista conservasen como hora de cierre la hora segunda de la noche cuando mas pronto, que nuestras amanecidas coincidiesen normalmente con la vertical absoluta de las manecillas del reloj, bien entendio que es la pequeña la que apunta a las doce. Y con todo, es nuestra República posiblemente la que mas trabaja, al menos la que mas esfuerzo físico transformando en escritos los ejercicios intelectuales ha desarrollado.

Formamos un todo que aunque a las veces muestre una apariencia poco uniforme y sean nuestras discusiones las mas acaloradas y mas profundas las divergencias que afloran en ciertos momentos, tiene un fondo absolutamente plano. Frente a cuestiones en que hemos debido mantener una posición firme, NOCTAMBULANDIA ha actuado en conjunto, sin una vacilación. ¿Como se ha conseguido esta unanimidad? ¿Quienes somos los noctámbulos y cuales los lazos que nos unen o que nos unían?

Existen lazos familiares entre varios de nosotros, pero somos los menos. Los de amistad tenían fuerza entre otros tantos y estos han servido de puente para que aquella se extendiera al total.

Procedentes de muy diferentes medios sociales, si bien todos animados de una misma idea eje, nuestro amor a la libertad, nuestro antifascismo arraigado muy en lo profundo, fueron el primer motor que nos impulsó a reunirnos.

Unos, ya durante la guerra habían compartido una vida dura y dificil. Con otros manteníamos relación afectiva sincera pero escasa en cuanto a la cantidad. Para otros, revivían amistades antiguas que años de vida separada habían distanciado.

No fueron precisas muchas semanas para que todos los que habíamos de integrar la república de Noctambulandia comenzasemos a girar unos en torno de otros, a buscarnos sin querer y a comunicarnos impresiones, recuerdos, proyectos. La terraza, nuestra inolvidable terraza nos ayudó poderosísimamente. Al filo de la noche, bajo la calma de un cielo estrellado y en silencio mil veces repetido por los ecos del jardín, arrullado por el susurro de las hojas, ibamos compartiendo poco a poco la vida de los demás. Comenzaban a dejar de ser un secreto todos los

años de nuestro pasado. En el tejer y destejer de las conversaciones surgían nombres sobre los que coincidíamos para señalarlos con nuestro respeto o para aborrecerlos y cubrirlos de desprecio. La grande, la inmensa tragedia que en torno nuestro adquiría diariamente caractéres de mayor violencia, las descargas que tantas noches escuchamos con el oído alerta y el corazón en suspenso, el "¿qué has hecho?" y el "¿que vas a hacer cuando salgas?", todo, todo eran piedras que se iban amontonando de manera ordenada para construir nuestro gran edificio: NOCTAMBULANDIA.No fué caprichosa, no, la denominación, ni artificial nuestro deseo de vivir de noche. No es fácil dar una explicación que no haga asomar la sonrisa a los labios del escéptico. "Lo mismo podíais haberlo hecho de día y no perder las horas de sueño". No, no podíamos, porque los dias no nos pertenecían a nosotros solos, porque el día era nuestro enemigo. Era bajo la luz del sol cuando se reunían los tribunales para condenar implacables y vengativos, era al apuntar el dia cuando las sentencias se ejecutaban, y bajo este anuncio del dia no podíamos sentirnos libertados de todo el peso que nos oprimía. Solo cuando llegaba la noche, cuando el sueño impedía a los jueces seguir firmando sentencias de muerte, cuando acudía en ayuda de los encarcelados para hacerles olvidar su triste condición y su aún mas triste destino, comenzaba nuestra vida. Desde aquella terracita se lanzaron innumerables mensajes protegidos por la oscuridad de la noche. Sé que habrá muchos que no comprendan lo que quiero decirles, pero tambien sé que todos los noctámbulos sentirán los mismo que estoy sintiendo yo al escribir estas palabras. Ni ellos ni yo hubieramos pódido explicarlo de otra manera. Necesitabamos vagar por una ciudad dormida para recorrer en paz y tranquilidad todos sus rincones, sin encontrarnos con desagradables visiones. La noche es tiempo de fantasmas y fantasmas y aparecidos evocabamos nosotros en nuestras conversaciones.

Y al primer claror del dia, huíamos hacia nuestros cobijos con la última miel de la conversación amable en los labios y la esperanza en el corazón. Siempre la palabra mañana abre campo mas extenso a la ilusión y a la esperanza que el hoy. Y nosotros ibamos en busca de nuestro mañana, animados todos de un mismo fervor, de un mismo deseo. El momento exacto en que se produjo la primera chispa que habia de provocar el incendio de las capas aislantes que aún nos separasen, quizá escape a toda determinación. Todo estaba a punto, solo hacía falta la gota que colmase el vaso. Y la gota fué la defensa común. Ante un ataque cuyas consecuencias aún estamos muy léjos de haber liquidado, el germen de NOCTAMBULANDIA halló su caldo pro

1220

picio, se derramó rapidamente cubriendonos a todos. NOCTAMBULANDIA había nacido, ya era algo mas que una comunidad ideal, adquiría un contenido y una forma, todo lo primaria que se quiera, pero forma al fin y al cabo.

Otra vez la necesidad de la defensa unía a los hombres, y en este caso eramos y somos, unos hombres para quienes el mundo se va estrechando, unos hombres que han de compensar la inmensa desventaja que la situación de la humanidad actual supone con una íntima comunión. ¿Altruismo? No lo sé. ¿Egoismo proyectado sobre la conveniencia de una muralla protectora que nos defienda? Lo ignoro. Mas bien creo en algo que es tan viejo como el Mundo y que siempre es nuevo para el que lo descubre, en la Amistad.

Porque después de tan largos meses como llevamos conviviendo encerrados en tan estrecho marco, nos conocemos muy bien. Sabemos lo que cada cual es capaz de proporcionar a los otros y conocemos hasta que punto somos capaces de renunciar en favor de los demás. No podemos tener secretos entre nosotros. El que otra cosa crea está equivocado, fundamentalmente equivocado. Calibramos nuestras virtudes y las ajenas, pesamos los defectos propios y los que aquejan a quienes nos rodean, y sin embargo, seguimos pensando lo mismo, continuamos unidos bajo nuestra bandera, NOCTAMBULANDIA nos cobija a todos. Y en esa situación, altruismo y egoismo son dos valores perfectamente conocidos y aunque muy bien puede suceder que coexistan egoistas y altruistas, recibiendo aquél, concediendo éste, no juzgo a nadie exento de egoismo ni pienso que nadie esté desprovisto de altruismo. ¿Hasta qué punto son absolutos esos valores?

Y así, solo hay para mí -el amor escapa de estas consideraciones- un sentimiento que pueda compensar egoismo y altruismo, que pueda mantenerse puro aun en el centro del volcán anímico que aquellos suponen, que pueda mantener viva la unión entre los hombres: la Amistad. Todo lo demás, las uniones que se originen por temores pasajeros y no se sepan recogerse en sí mismas mas tarde, viviendo de lo que en sí mismas llevan de elevado y auténtico, acaban muriendo.

Y NOCTAMBULANDIA es eso. No anula la personalidad individual de los noctámbulos; se nutre de la radiación exterior de la actividad personal. La vieja fórmulas de "Uno para todos y todos para uno" pudiera muy bien ser la leyenda de nuestro escudo. La esfera de acción de NOCTAMBULANDIA encierra dentro de su amplia trayectoria todas las manifestaciones de sus miembros sin someterlas a una forma única. Y en eso precisamente está la razón de su existencia y el por qué subsistirá pa-

ra siempre. Escasas coincidencias pueden encontrarse dentro del círculo de los noctámbulos referidas a las actividades civiles que cada cual aspiraba a desempeñar en la paz. El teatro, la pintura, el periodismo, la literatura, profesiones liberales recogían nuestros esfuerzos y todos marchabamos por nuestro camino en busca de la meta limitada entonces a la consecución personal, puramente individual de nuestras aspiraciones. Hoy, podemos reajustar todas estas actividades ensamblandolas de modo perfecto, uniendo aquellos bordes que tienen un punto de contacto y establecer la cadena que determinará los límites del terreno en que hemos de movernos. Hemos cortado en estrechas tiras la piel de toro y el perimetro que podremos abarcar se ha multiplicado por ocho. Si la piel hubiese sido dividida en ocho porciones exactamente iguales, posible es que que el lote que nos hubiese correspondido personalmente equivaliese -en el sentido matemático de la palabra- a una octava parte de la superficie total, pero llegados a la linde de nuestro dominio dividido, nos veríamos detenidos por la barrera vecina. Conservando entera la piel, utilizandola sabiamente, no solo disponemos de nuestra octava parte y de las otras siete sobre que se asienta NOCTAMBULANDIA, sino que aumentamos en proporción geométrica todas nuestras posibilidades.

Pero nadie piensa medrar con los que los demás levanten, ni nadie estima que su trabajo es altruismo puro. Es amistad lo que entre nosotros existe, y en esa mezcla de ceder y retener de aceptar al amigo con sus vicios y virtudes, tapando unos con las virtudes propias, utilizando las otras para cubrir vicios propios, sinceramente, sin tapujos ni reservas, reside la fuerza de NOCTAMBULANDIA. Porque sin amistad esta labor no podría existir como no podrá existir si algún dia falla su base; si el egoismo vence al altruismo o este domina al primero. Si se produce el desequilibrio, la utilización racional y adecuada de nuestras fuerzas será imposible.

Mas que posible considero que en plazo mas o menos alejado, se añada a esta razón de unidad que es la amistad, otra razón económica. Cierto, tan cierto como lo es el que se ampliara mas el radio de nuestra acción y el número de los que unan su esfuerzo al nuestro aumentará. Pero no es menos cierto que si llegado ese momentos no hemos sabido conservar la amistad habremos fracasado, incluso porque llegará a escaparsenos de entre las manos toda la obra construida. Serán mas los que nos rodeen que los rodeados y para conservar aquella hegemonía que haga inatacable nuestra posición -considerada en común- la única arma de que dispondremos será la amistad.

Conservar esos sentimientos que nos llevaron a reunirnos en

12.22

estrecho abrazo, evocar las noches empleadas en trenzar fantasias que habían de cuajar en proyectos. Siempre existirá, elevada ante nosotros -por lo menos hasta que el mundo dé un giro a la izquierda- una muralla de incomprensión y enemistad que tratará de absorber todas las energías de que dispongamos obligandonos a estrellarnos una y otra vez contra ella antes de que se abra la brecha que nos dará entrada al mundo mejor. Para vencerla, apoyémonos en NOCTAMBULANDIA, porque ella es lo mejor de nosotros mismos, lo que se salvó del naufragio y fuimos recogiendo a lo largo de los interminables dias del refugio. Ella fué el molde a donde fueron a parar los metales en fusión escapados del crisól de nuestra alma o de nuestro pensamiento. Aun no ha llegado el momento de abrir el molde y recoger el lingote. Aún es tiempo para que pueda caer en el alguna escoria que convierta el metal noble en materia inaprovechable. Todavía puede entrar aire en la colada y salir la fundición con pelos y burbujas que rindan improductiva nuestra labor si el material se quiebra al primer esfuerzo. Todos estos cuidados que hay que tomar son la misma cosa: Amistad, amistad sincera.

1223

EL SACRIFICIO

(CUENTO)

ESTABA junto a un rosal
cogiendo una rosa blanca
y empinándose en los pies
para poder alcanzarla.
Destacaba sobre el muro
aquella linda muchacha
con su carita de virgen,
pálida como la plata.
Era su boca una fresa,
era su aliento de albahaca
y eran dos lirios sus manos
por su pureza y su gracia
y envidiaban los luceros
el fulgor de sus miradas.
Mientras cogía las flores
la niña, alegre, cantaba.
Como un lobo, paso a paso,
un hombre llegó a su espalda
y cogiendola del talle
un beso estampó en su cara;
lanzó un grito la doncella,
volviendo el rostro con rabia,
y contempló, sorprendida,
al marido de su hermana.

Pasaron algunos años
y aunque borra todo el tiempo

no ha conseguido borrar
el doloroso recuerdo
que imprimió en aquella niña
aquel hombre con su beso.
A nadie le ha dicho nada,
todo lo sufre en silencio,
pero si el ruin la contempla
la niña siente al momento
como un puñal que se clava
en lo mas hondo del pecho.
Es que el amor, que no mira,
¡por algo le pintan ciego!,
ha enamorado a la bella
y en él avivió el deseo.
Para el galán, un capricho;
para la infeliz, infierno
en donde juntos se queman
amorosos pensamientos
y sus honrados deberes.
Y van los dos sin remedio:
la mujer, al sacrificio;
y el hombre, a un devaneo.

Enferma cayó la hermana,
la ciencia la ha desahuciado
y desde el lecho de muerte
coge a la niña las manos
y con voz acongojada
pide a su esposo llorando
que cuando muera se case
con ella como hombre honrado.
Los dos se miran confusos
y hay un silencio muy largo.
Cuando solas las mujeres
se quedan, al poco rato,
la que muere a la que vive
descubre, triste, el arcano.
-Yo vi, dice la que muere
a la que vive penando,
como mi esposo besaba
lo que debió ser sagrado,
y como quiero evitar
dolor a tus pocos años
muerta yo podreis amaros
que ya no sereis hermanos
y no serán vuestros besos,

1225

cual los de Judas, amargos.

Se han cumplido los deseos
de la que murió y la vida
siguió su inmutable ritmo;
ya es una anciana la niña
y el que fué galán mancebo
su cuerpo a la tierra inclina.
Han vivido siempre unidos
y nada turbó su dicha
porque a ella nada le acusa
y es de hombre ser egoista.
Revolviendo unos papeles
de su esposa fallecida
halló un principio de carta
en que aquella le decía
como buscaba, en la muerte,
un remedio a su desdicha,
hacer feliz a su hermana
y evitar en él la indigna
pasión con que pudo a todos
deshonrar con su ignominia.
Rompió la carta aquel hombre
y por la muerte y la viva
gardó un eterno silencio
con el alma dolorida.

Antonio DE LEZAMA

1226

RETRATO DE UN NIÑO

BECQUER EN SAN TELMO

Mejor que a ninguna otra, a la luz violeta de la tarde estival estos muros se entibian de dulzura. Bajo el cielo transparente, nítido, casi irreal, las duras aristas del Palacio se amansan, se dulcifican como si la última trenza de sol al dorar los muros les prestara una sensible corporeidad. Todo el oro apacible de la tarde resbala y se adormece en la piedra labrada de los balcones y en esas columnas marmoreas que dan gracia y esbeltez al pórtico. Entre dos de estas columnas se levanta la ancha puerta que da paso a un patio rumoroso. Corre alrededor un arriate humilde de mínimos jazmines y arrayán oloroso. Todas las gracias de la primavera sevillana quedan reducidas aquí a estos pétalos estelares y estas hojitas nerviosas. Al extremo, un ciprés alza su pesadumbre y acaso cuando la tarde desfallece un mirlo cantarín se acoge a la espesura vegetal. En medio, centrando con voz húmeda y femenina este orbe recoleto, una fuente, una pobre fuente que no cesa de llorar mientras el agua se le escapa por una acequia sinuosa al compás leve y despiadado del tiempo.

Si el estrecho círculo de una celda oscura basta para contener una vida profunda y un corazón tumultuoso, ¡qué mundo de sensaciones y de ensueños callados no cabrá en este patio impregnado de soledad y de sabiduria! Porque si a lo largo

1227

del camino el cipfes y la fuente son puros accidentes fugaces, no lo son aquí donde construyen un mundo con la amplitud y la limitación de cualquier otro, un mundo especial en el que un ser que entre tantos llama poderosamente nuestra atención, se a soma timidamente a la corriente de la vida. Reparemos bien en todo esto si aptecemos una exacta impresión del corazón que de bate aquí sus primeras querellas y que por serlo durarán siempre. Heridas tempranas que nunca llegarán a secarse. Reparemos en este patio solitario y grave, en esta fuente eterna como el agua misma, en este ciprés adusto como una advertencia prematu ra y en este mirlo que cuando la tarde se le va al aire de las manos repasa entre ramas oscuras su clara melodia. Este minusculo paisaje que los dias no logran alterar ni descomponer será el molde a cuya imagen se hará el alma aquí encerrada, hasta tal punto que cuando las puertas se abran para dar libertad a un muchacho desventurado, todas las sensaciones experimentadas aquí dentro seguirán latiendo en su espiritu. Cosas elementales plenas de pureza, cosas para enamorar. La soledad sonora a letea entre vagas e imperceptibles notas, la luz se quiebra centelleando entre hoja y hoja, saltando desde el cristal inmo vil de la ventana al balbuciente chorro de agua, el silencio se hace compacto y tan tenso que una brizna de aire podria hacer saltar de la atmósfera una nota vibrante. Hace falta una detenida mirada, una amorosa perseverancia para comprender todo lo que este recinto apacible puede influir en un espiritu incipiente y soñador. Es mucho lo que dista de lo que a primera vista se sorprende a lo que una continuada convivencia des cubre y concede a los ojos afectivos. ¿Y visteis algunos que lo fueran en mayor grado que esos que un niño asoma ahora por el barandal de la galeria?

Mirad hacia arriba. No hacia el cielo que os turbará con sus voces serenas donde hay rumor de esquilas y unas nubes mansas como corderos, sino a ese severo ventanal en el que medita es te niño que tiene ya el cabello alborotado de ilusiones. Todo su rostro revela un espiritu candoroso y agudo. Bajo la frente amplia y pura surcada por una onda suave, su cara se perfila angulosa sin que esto vele la dulce expresión de las facciones La nariz es recta y los ojos profundos, húmedos y sencillos. La boca tiene un vago aire delicado y femenino. Poned vuestros ojos sobre esos infantiles ya sombrados de amargura y tratad de penetrar en el misterio que esconden. Hay algo que hace inexplicable esa actitud meditativa en el marco de los pocos años porque si a cada jornada cuadra una actitud determinada y representativa, ¿cómo represebtarse un alma infantil vertiéndose ya en un ensimismamiento obstinado? Algo delata que estamos an te un caso no sujeto a las leyes generales. ¿Adivinais en la pu

pila azul el porvenir que el destino reserva a este ser extra ño? Tal vez ciña su frente con corona de principe ya que su nom bre -Gustavo Adolfo- lo viene cantando con música de balada en tre nieves septentrionales. Principe de brumas, huesped de las nieblas, nuevo Hamlet destronado en vida, aclamado allá en los blancos reinos de la Muerte, si que lo fué este Gustavo Adolfo Bécquer que ahora cuenta apenas una docena de años.El destino, como una nube electrica, está cargado de incognitas pero a bue seguro que el camino que aguarda a este infante no es uno cual quiera. A buen seguro porque si la tristeza es una tapia som bria tras la cual se ocultan y apuñalan encontrados pensamien tos, esta muda actitud de un ser que empieza a vivir no es o tra cosa sino el punto de partida hacia un destino singular.

. . .

Durante el dia los alumnos se reparten por las aulas y se ex tasian ante los mapas que cubren de azul maritimo las anchas paredes del Palacio. Porque habeis de saber que este Palacio de San Telmo no es ahora otra cosa sino Academia Naútica donde tiernos pilotos se apiñan hilvanando sueños de corales y sire nas. Hay unas pequeñas cartas geográficas cruzadas de curvadas lineas que van de un puerto a otro, de un continente a otro con tinente. A un lado, el cartógrafo se deleitó dibujando una ro mántica carabela que guarda una ligera inclinación hacia un i maginario oleaje. Más abajo una brujulahistoriada y una ocea nida contemplando las aguas desde un arrecife de coral y espu ma.

Estas rutas, estos sueños, son los que el niño Bécque ha es cogido para si. Ancho mar, ancho sueño tambien, donde imaginar dichosas travesias hacia un Cipango que no por inexistente ti enta menos. Esos veleros cuyas velas impulsa el viento amorta jado de las vitrinas han sentido trabadas en su jarcias las al mas de diez generaciones de estudiantes. Si ayer se iban los quince años juveniles tras el hilo de la vieja leyenda caballe resca con castillos condales y muros con la hiedra dispuesta al asalto, hoy -1,8..- la ambición se idealiza más y huyendo de lo terreste llega a las barandas del oceano con el corazón an sioso de aventura. Vienen los dias enfebrecidos de romanticis mo y no son estos años los más prevenidos contra el contagio. En los oidos de la juventud suena, como una trepidante caraco la marina, aquel himno encendido de los versos de Byron. ¿No e xisten ya en los extremos más remotos del mundo playas donde invocar los cantos homéricos ni dulces Grecias que redimir? Po cos son los que escapan al hechizo de las sirenas y si alguno escapa no será este Gustavo Adolfo que quiere ser marino.

1229

Es la época que ansia suaves revoluciones que refresquen el aire carcomido de historia y de espiritu academico. Hay en todos los labios una palabra refulgente: ¡Libertad! y esta solo palabra despierta en la imaginación más precoz mil deseos entre los cuales la hermosa idea de la renovación del mundo antiguo no es más que el paso inicial. Este nuevo espiritu está embriagando poderosamente el aire de tal manera que cala en todos los pechos inflamándolos de entusiasmo hacia los dias que se anuncian. En medio de este torbellinó idealista, de este tiempo enfervorizado y lleno de ambiciones respira este muchachito débil, pálido, que si un dia soñó "una vida como la del pájaro que nace para cantar y Dios le procura de comer", bien pronto se apercibe de que la vida no es egloga sino elegía despiadada. Con la temprana conciencia de esta verdad amarga va entrando lentamente en la vida poseido por la melancolía y por un excepticismo que a la larga será su mayor enemigo. Y no creamos que ello es producto de un carácter apocado y demasiado sensible, pues por el contrario ha sido la penosa realidad la que ha ido arrastrando su espiritu a margenes tristes enlutando constantemente los primeros pasajes sobre los cuales extiende su mirada.

Allá en la casa paterna, a la otra parte de la ciudad, un crespón cubre los cuadros que ya no se terminarán nunca. A continuación vienen unos años de soledad en un ambiente demasiado huérfano de afectos y estas soledades infantiles inclinan el espiritu del niño hacia una invencible melancolía de la que en vano tratará de libertarse más tarde. Porque cuando el alma ha discurrido ya por grises avenidas de álamos desalentados, no vale suspirar después por altas sierras donde el horizonte se ofrece integro y azul a los ojos. No hay peores cadenas que aquellas que se cierran sobre la rama joven que creciendo bajo la tiranica angostura del hierro, jamás podrá cobrar el impetú soñado. Gustavo Adolfo ve correr estos sus primeros años siempre desde una ventana en sombras. Más tarde saldrá de ese recinto angustioso donde su juventud estuvo en peligro de asfixiarse, pero ya llevará sobre si, en lo más hondo del espiritu, aquella contemplativa quietud, aquel quietismo si vale la palabra, de la niñez solitaria. Y si en otras vidas de iguales ó analogos comienzos cabe una variada enumeración de pasajes en los que unos se encargan de compensar la desdicha de los anteriores, en la vida de Bécquer todo se reduce a los tres actos de la tragedia en los que si bien es verdad que el movimiento es distinto en cada jornada, el hilo trá

gico es uno mismo que va superándose, adensándose hasta desembocar ciegamente en su dramático desenlace final.

El primero de los tres actos de la vida de Bécquer es precisamente esta jornada de su infancia enclaustrada, primero en el regazo familir donde el padre, pintor, va malperdiendo sus ilusiones en lienzos que no son lo que él quisiera; más tarde en esta Academia Náutica donde ahora lo contemplamos meditabundo y finalmente bajo el cuidado de aquella madrina que puso todo su cariño maternal -sin hijo posible- en este ahijado que una mañana se le escapará furtivamente pretendiendo una gloria que, en fin de cuentas, no existe. Y tan cierta es que toda la existencia del poeta no fué sino la repetición de esta infancia cercada de tiernas tristezas, que siempre que lo sorprendemos en años posteriores hasta llegar a aquellos que acabaron con su vida conservará un dulcisimo gesto aniñado, una ternura que no llegó a endurecerse ni con los rudos golpes de una existencia desgraciada.

Hay un albún romántico que recoge los retratos que se conocen del creador de las Rimas. En todos ellos muestra la misma expresión de pureza, la misma limpia mirada, identico gesto que la vida no pudo manchar con impurezas y pasiones turbias-. El famoso retrato debido a la mano genial de su hermano Valeriano confirma esto que decimos.

. . .

En la Academia Náutica pasa el niño algún tiempo. A veces abandona la galeria que da sobre el ciprés, la fuente y el arrayán para asomarse desde los balcones al paisaje que se extiende ante el Palacio. Todo paisaje lleva consigo la marca de su tiempo siendo en definitiva el retrato de una época. No es igual la luz rígida, arquitectónica de los siglos de oro, que la luz deslumbrante y magnifica del XVIII, y aún menos que esta penumbra, un tanto desengañada del siglo "del vapor y del buen tono". Basta una somera visita al mas oscuro museo provincial para darse cuenta de que hasta que punto una galeria de pintura es, al propio tiempo, una historia de la luz de un pueblo.

La estampa que se desenrolla ante los balcones de la Academia va iluminada de suaves encantos. Estamos en las afueras de Sevilla. Todos los románticos extrangeros vendrán por estas Delicias para que luego puedan aparecer en Paris "Choses de l'Espagne". Los jardines de Cristina enlazan verdes guirnaldas bajo los arboles centenarios. Los sombreros de las damas se mueren de larga cola y la brisa del rio pone culebreos de cintas

pálidas en el cristal de la tarde. Por el camino que conduce a las Delicias pasan coches de caballos y al fondo de alguno se presiente un desmayado rostro de mujer.

Los últimos oros del dia se prenden amorosamente en los arboles añosos prestando raras coloraciones a las hojas otoñales. El paisaje está impregnado de una luminosa transparencia, de una calma infinita y amable. A un lado el Seminario con sus estatuas de sevillanos ilustres. Desde lo alto Velazquez, Rioja, Murillo, fray Bartolomé de las Casas, Martinez Montañés miran cariñosamente ala ciudad que les vió nacer.El Guadalquivir pasa a pocos metros y la Torre del Oro tiende los ojos hacia los prados de Tablada donde unas vacas extáticas dejan que la hierba menuda se mire en el cristal húmedo de las pupilas. Y al otro lado -cafés cantantes, rumores de alijo, gitaneria y pintoresquismo- Triana.

He aqui que la noche avanza y los jardines van quedando abandonados. "Vino el farolero y encendió el farol". Sobre la lámina brillante del rio centellean las luces de los barcos, y las luces del puente. Algunas estrellas bajan a engarzarse en el pecho fluvial. Aún cruzará ante el Palacio un marinerito con un parte para la Comandancia de Marina que está en la Torre. Pero ya la noche hace borrosas las siluetas. El niño ha cerrado lentamente el balcón. Vemos todavia su figura en la estancia iluminada que dejan ver los cristales pero la luz cede pronto y la figura desaparece en la oscuridad. ¿Qué tiempo permanecerá dentro de este Palacio helado, dentro de esta tiniebla amable, fria, decorada de sueños de navegante? Poco tiempo. De aqui saldrá en seguida aunque ya no lo conozcamos. No importa porque en el fondo, ese muchacho que luego irá a Madrid, que escribirá los mejores versos de su siglo y amará en vano para, al fin, morir sencillamente de pena, no es otro sino aquel niño que sorpredimos mientras él oia, meditando, el canto de un mirlo, el rumor del rio y el ruido sordo, atrafagado, dejano, de su ciudad querida.

Antonio APARICIO.

1232

EL HIJO

(CUENTO)

LAS casas de la Gran Avenida pretenden una suntuosidad comercial que aparente pertenecer a cualquier capital moderna del mundo. Este deseo está sujeto a las interpretaciones de los arquitectos y se ha conseguido un conjunto disparatado de estilos y una ausencia de personalidad.

Hay un portal cubierto enteramente de mármoles de colores y bronces dorados. Unas lámparas de brazo y forma de copa ayudan a darle un aire de panteón de nuevo rico. Una alfombra gruesa recibe las pisadas barrosas de los paseantes, en días de chubascos, al sentir la curiosidad especial que los escaparates interiores de una perfumeria y una zapatería abren dentro del portal.

Llueve. Las figuras pasan rápidas bajo los brillantes paraguas, marchando sobre los reflejos de las luces de la Avenida. La lluvia es la que da verdadero prestigio de ciudad a estas calles bien pavimentadas y las puertas de los cines y las vidrieras de los cafés tienen entonces un maravilloso atractivo.

Una mujer, en el portal panteón, mira con disgusto hacia los focos para ver si las briznas de agua disminuyen en intensidad. Llegó allí desde el inmediato, en una carrera acurrucada junto a las fachadas. Huele a humedad y a pobre. No le interesan los escaparates y solo la luz cobriza, tamizada por rápidos puntitos negros incesantes tiene una significación para ella. Saca una mano hacia la calle, se sube el cuellecito de piel y escapa con un suspiro

1283

para protegerse de nuevo en la puerta que se abre pocos pasos mas allá. Los autos brillan aplastando en chasquidos el agua. Los cines llaman. Los cafes acogen. El Metro traga y expulsa bocanadas de gente. Hay un aire azul, rojo y amarillento de luces y reclamos. La silueta de la mujer es ya invisible No existe, no ha existido; no hay en las grandes ciudades personas cuyo paso haga desmerecer el tono de "confort" que se busca y del que se presume. Al menos en las Grandes Avenidas, donde se usan botas de hule, impermeables de moda, paraguas caprichosos o, en la mayoría de los casos, el taxi, vehículo ciudadano perfecto.

Uno de ellos se detiene frente al portal panteón Una pareja cruza rápidamente la acera. Otra aprovecha la parada del coche para alquilarlo y zarpar.

La primera pasa el portal decididamente, toma el ascensor y en uno de los últimos pisos llama en una pretenciosa puerta. Hay un letrero sobre chapa dorada que dice:"Instituto de Belleza". Abre una mujer joven y bella vestida de blanco. Les hace pasar con una sonrisa que a él le resulta descarada y molesta. Entran en una salita cubierta enteramente de las telas de tapicería mas llamativas y feas que se encuentran en los almacenes y amueblada con sillones "cubistas" del género horrendo. Saludan casi sin mirar a los que allí esperan turno y les responden en igual forma. Y se sientan en el lugar que les parece menos visible.

La alfombra de anchos ramos brillantes parece tener dibujado un jeroglífico. Todos miran hacia ella. Asi cree él, al menos, pero, a medida que va levantando la vista, se da cuenta de que las mujeres observan a los recien llegados y de que él es el único hombre dentro de la habitación. Sin embargo Angeles sigue con la vista baja y le dice casi al oido:

-Si llego a saber que hay tanta gente no venimos

Pero no es mucha gente. Son cuatro mujeres más Una de edad intermedia con una chica joven a su lado, muy bonita y muy pálida. Otra con aire de entretenida de lujo, vistosa, bien vestida, la más tranquila de todas. Y otra, modesta, bastante mayor pero con una mirada que desconcierta por lo atrevida

Como un semicirculo de jueces se le aparecen a Angeles que se encoge al lado de Miguel sin atreverse a cambiar de postura. Es joven, casi una mu-

chacha. El representa unos veintitres años, aunque podría tambien tener algunos menos.

La entretenida los observa moviendo suavemente la cabeza, se muerde el labio inferior, sonrie despues. Miguel se ha dado cuenta de estos gestos y se siente avergonzado. Piensa tambien que si lo hubiera sabido no habrían venido; al menos a aquella hora. A pesar del título de "Instituto de Belleza" todo el mundo sabía a qué se venía aquí. Y si el día de mañana, en cualquier parte, se encontraban con aquellas personas podrían comentarlo con sus conocidos y señalarles con el dedo diciendo: "Esa tan jovencita, tambien..."

No se le ocurría a Miguel pensar en que tambien él poseía el otro filo de esa misma arma. Para él todo aquello era trascendente, áspero, semi-voluntario y semi-obligado. Su madre no quería que se casase tan joven. Podría, a pesar de ésto, aprovecharse de la situación, dar el escándalo y forzar la voluntad materna. Pero Angeles estaría siempre mal considerada en la familia, se murmuraría de ella en una ola que alcanzaría los últimos parentescos. Se sonreirían delante de él. Habría una suma tal de molestias e ironías que todo acabaría mal. Por este lado su voluntad había decidido aquella gestión. Y nada más decidirla se le habían presentado mucho mas atractivas, mas nobles, mas viriles tambien, todas las demas soluciones, hasta la del escándalo. Lo que ocurría no era sino la condensación en una obra de un amor inmenso y maravilloso. Destruirla no podía dar buen resultado, algo amargo iba a separar en adelante todos los besos y manchar todas las caricias.

La lucha íntima era permanente y los nervios perdían flexibilidad amenazando con otro riesgo, el de las disputas que ya habían empezado a surgir. Y, siguiendo el examen de las cosas, si algun día se disgustaban del todo, mejor era que se hubiesen borrado las huellas de lo que ata. Por aquí se salía nuevamente a encontrar acertada la resolución. Pero apenas descansaba un minuto en ello cuando cualquier otro de los argumentos desechados tomaba la mayor importancia en un trabajo de desazón interminable e insufrible.

¿Y Angeles? ¿Qué decía Angeles? No se opuso nunca a las decisiones de Miguel y esta rapidez en aceptarlas se le hacía tambien molesta a él. ¿Podría de

1235

sear desprenderse así de un hijo? Aceptar ésto era igual que admitir que a ella solo le importaba el placer. Mal síntoma. ¿Lo hacía por complacerle? En este caso, si íntimamente estaba disconforme, pronto o tarde le echaría en cara su cobardía y él no tendría nada que oponer. Por eso empezó a mirarla con extrañeza, a portarse con recelo; y ella a preguntarle con un nuevo mimo pegajoso y molesto:

-¿Me quieres como antes, como siempre?

-!Como no, claro, como siempre!

-Ya se que es por esto. Pero cuando se arregle verás como me quieres como antes.

Luego su lenguaje había empezado a no servir para entenderse y se contestaba al pensamiento y no a las palabras.

¿Y si ocurría algo grave? Le habían dicho que con este doctor no pasaba nada grave nunca que era un especialista -no con esta palabra sino con otra mucho mas dura- Pero ¿y si ocurría? El escándalo entonces tomaría una trascendencia incalculable y ella,!ella!... No. Mejor era dejarlo. Aun había tiempo. ¿Cómo podía ella someterse sin protesta al riesgo tan peligroso? Si. Es ella la que tenía que decidir. Una palabra de ella y viraría en redondo todas sus resoluciones.

-¿Estas decidida?

-Como quieras...

-No. Dilo tu francamente. ¿Estas decidida?

Una pausa y luego, suavemente.

-Si.

!Que odiosa! !Esta decidida a todo, a ponerse en peligro de muerte, para quedarse de nuevo libre para la despreocupación y el placer! Si, libre,libre del todo, porque él no seguiría pensando igual con ella, la dejaría, que siguiese su libertad hasta el final que ella quisiera.!Y ya se yo cual será ese final!

Les llamó el doctor. Aun quedaron en la sala,inexplicablemente, la mujer de edad intermedia con aquella chica, muy bonita y muy pálida, a su lado.

Desde el balcón del despacho se ven encenderse y apagarse los reclamos en rojo de un cine frontero. Sigue la lluvia y una rendija de la ventana deja entar un cuchillo de viento frío al que no puede uno

sustraerse.

Al entrar allí Miguel se ha olvidado de ella y toma el primer plano una sensación de estar representando una escena en la que él tiene un papel a cuya interpretación debe dedicar sus cinco sentidos.A ello contribuye poderosamente la historia convenida que él está contando con forzado acento: Son un matrimonio joven que no quiere hijos por ahora.Les dijeron que él podía hacer la operación con garantías y allí están.

El doctor les observa alternativamente y escucha distraido. Esta sentado detras de una mesa de tubo de acero sobre la que hay diferentes tratados de cosmética y frascos de perfumes. Aquel cuarto no tiene ningun aspecto de despacho médico. Aparte de la mesa hay tres sillones y solo la bata blanca del doctor y la mesa de reconocimiento que se ve en un rincón pueden confundir algo. Porque todo aquello llama la atención por su aire provisional, apresurado, falso. En cualquier momento se puede esperar una sorpresa desagradable y excitante, como la entrada de la policía a llevarse personas y muebles bruscamente, rompiendo el atractivo que tiene de por sí el colocarse fuera de lo legal, dirigiendose hacia algo que puede pasar de peligroso a dramático,y sin puertas de escape.

El doctor dice darse cuenta de todo, garantiza la seguridad de la operación, hace un precio conveniente por tres dias de estancia en un sanatorio que posee en las afueras.

-Afortunadamente ahora hay un cuarto libre.Asi es que, cuando quieran...

-¿En un sanatorio?

-Naturalmente. No pensará que puede hacerse aquí mismo.

-Pero ¿es tan peligroso?

-!Oh! !No! Una media hora nada más y luego a descansar tres días para que quede completamente bien y estar seguros de que todo ha salido como las propias rosas.

-Y...¿cómo...?

-No, si usted puede pasar allí tambien esos días. He hecho el precio contando con eso.

Miguel se encuentra cogido. Hay que preparar esta nueva coartada. La ausencia de tres días de cada uno en su domicilio. Mira por primera vez a An-

12:37

geles. Se le antoja abatida y humillada, ¿por qué? ¿Ha hecho él mal las cosas? ¿Cree que se vuelve atras?

-Bien. Cuando usted quiera iremos allí los dos a instalarnos.

-Conforme. Pero ahora vamos a ver si todo eso que ustedes temen no es más que una alarma. Señorita... digo, perdon, señora, haga el favor.

Angeles pasa ruborizada a colocarse en la mesa de reconocimiento. Su postura es de una obscenidad que le obliga a Miguel a apretar y aflojar maquinalmente los puños sin perder de vista al doctor en su ligero reconocimiento.

-Es cierto. Tenían ustedes razón. Además han venido muy a tiempo. Todo saldrá bien. ¿Les conviene pasado mañana?

Ya en la calle recuerda Miguel que los ojos del doctor brillaban demasiado humedamente bajo sus espesas cejas y que dentro de su cortesía había algo así como lo que debe revelar a un marido cual es el amigo que le engaña.

Siente ganas de desprenderse de Angeles, de retirarse a alimentar ese sentimiento de odio que empieza a crecer y en el que ve el único camino de salvación.

-¿No me dices nada?

-Hoy no. Mañana hay tiempo.

-¿Ni siquiera que soy valiente?

Junto a la plaza popular donde se toma el tranvia para aquel barrio hay unos barracones donde se venden los dulces típicos para las fiestas de Navidad. Miguel los recorre mientras hace tiempo para que llegue el coche. Mas que la mercancía, lo que le deleita es la blancura de los lienzos con que estan forrados los tenderetes. Los hay con encajes y parecen grandes camas sobre las que hay unas enanillas con chales de lana negra llevando al niño que sueña todas las golosinas de que están hechas las casas de los cuentos.

Se acercan a veces algunos compradores. Estan en esa situación de inferioridad que astutamente crean los comerciantes de barraca levantando mucho el piso interior. Asi son sus precios mas autoritarios y el

1238

que esta sobre el asfalto no tendrá mas remedio que aceptar o marcharse a dar la vuelta a todos esos altares desde los que, más verdaderamente que en ningunos otros, se adora al Niño-Dios.

Miguel hace su ofrenda de monedas a cambio de un paquete de dulce, variado, abundante, quizá demasiado empalagoso para el estómago de ella. Pero ¿quién puede impedirse de levantar con el mármol de todos los turrones su pequeño palacio de ilusiones para ese año que va a empezar -que siempre está por empezar- y que ha de ser diferente de los pasados?

La infancia, el comienzo de todas las cosas, el niño. El niño que no existe, que han desconocido y ahora clama desconsoladamente desde dentro de todos los pensamientos, de todas las decisiones y es una llamada, sorda como un dolor, metiendose por ese trozo del alma que se ha abierto en estos días.

El doctor había dicho:

-Ya está ¿quiere usted verlo?

Había salido desde el saloncillo que le servía de quirófano, en aquel chalet amueblado con el gusto que correspondería a una prostituta enriquecida. Miguel esperaba en el pasillo paseando nervioso. Entró en el quirofano sobre el que flotaba una nube de eter.

-¿Y ella?

-Muy bien. Muy valiente. Ya la han llevado a su cuarto.

Y con unas pinzas separó unos algodones que estaban en un cubo blanco. Se veía sangre y algunas formas carnosas, minúsculas, blandas, casi liquidas.

-¿Eso era?

-Eso es.

-¿Quedará bien ella?

-Si. Descuide. Lo hemos cogido muy a tiempo.

Sobre la bata tenía manchas de sangre y la cara de satisfacción de aquel hombre no parecía normal, era repugnante en aquel marco de eter, algodones y cubos con restos. Eran odiosas aquellas manos gruesas cubierta aun una de ellas con un guante de goma de un repulsivo color de rosa. Crispaba los nervios el empapelado azul del saloncillo y los cristales de colores que bordeaban por arriba el mirador.

- Estará usted contento ¿no?

Le había apoyado una mano sobre el hombro.

-¡No!

-¿Cómo? ¿Quería usted el hijo?

-¡¡Si!!

1239

Contestó sin saber por qué sintiendo un impulso de llanto ascenderle por el pecho.

El médico se calló y retiró la mano. Aquel muchacho ignoraba que había que darle las gracias. Sin duda creía aun que la paternidad es algo trascendental y sentía remordimientos. Por eso se marchaba ahora tambaleandose por el pasillo hacia la habitación.

Había necesitado volver a la ciudad para salir de la atmósfera de enferma ternura que siguió a aquello. Las palabras de amor mas sentidas, las presiones de mano mas fuertes, los besos sobre la piel húmeda de la frente. Y la alegría de ella a medida que se recobraba. Y la alegría del médico felicitandoles constantemente por lo bien que había salido todo para buscar, sin conseguirlo, una frase de agradecimiento de él. Y las miradas que se paraban en la superficie de los ojos para no buscar, y para encubrir, el fondo de una inquietud desconocida.

Había necesitado salir a las calles como si fuera él quien se estaba recobrando de una grave enfermedad y precisase ver con el sentido de un resucitado todos los lugares frecuentados en su vida anterior.

Ahora volvía en un tranvía de barrio entre gentes que, como él, leían periodicos de la tarde y regresaban a sus domicilios para entregarse a esos únicos minutos de emperezamiento que tienen al día los trabajadores.

Había mujeres y niños. Había una mujer pálida con una pequeña criatura muy roja, con los párpados como hinchados, envuelta en pañales y toquillas. "Es un niño de días", se dijo a si mismo."¿Cuántos nacen? ¿Qué más da uno más o menos?" Si. Pero eso era así viendolo desde un punto de vista general. El de la estadística de nacimientos, por ejemplo. Había, en cambio,el punto de vista propio, el de quien se había desprendido para siempre de toda la serie de alegría y esfuerzos que debía ser un hijo. "Un niño más no importa.Un hijo,si".

¿Por qué había aceptado ella? ¿Podría jamás preguntarle ésto sin riesgo de oir algo que fuese como un corte definitivo? Su cobardía. La cobardía de él. Sus teorías que le prestaron los argumentos para sostener una posición de "hombre avanzado" para quién no es un obstáculo ni un problema el fijar voluntariamente la

paternidad en el momento realmente opotuno. Los hijos deben traerse al mundo únicamente cuando se está seguro de que no van a ser desgraciados. Así lo había repetido muchas veces y se lo había hecho repetir a ella. Tambien había conseguido convencerla, a pesar de su moral de chica de familia, a la "practica del amor", y estaba satisfecho y envanecido de haber descubierto su temperamento apasionado y sensual.

Vino el percance y quedó inmediatamente resuelto en teoría. "Nada, una pequeña operación y todo se arregla. No creo que tu vayas a asustarte por ésto". Ella se avino a todo y solo al comenzar la búsqueda del doctor, y después, cuando la cosa iba camino seguro de realizarse, empezó a sentir él una desgana íntima, un ablandamiento sentimental inexplicable, al que vencía solo a ratos, pero que formó un fondo sobre el que iban a empezar a anclarse las ideas todas, sujetándole allí, cercándole en aprensiones y remordimientos a los que, al fin, ya no pudo hacer frente.

Se estaba desarrollando satisfactoriamente todo el plan del Miguel. A su voluntad no se había opuesto nada y los obstáculos fueron vencidos con audacia y astucia. Nadie, en las dos familias, sospechaba nada. A ella la creían en su casa pasando las fiestas en la finca de Milagros, única persona al corriente de todo para que no se descubriese por ahí el artilugio. Milagros, compañera de colegio, íntima amiga de Angeles vivía con su madre, viuda, en un pueblo de los alrededores y muy amenudo pasaba temporadas en su casa la novia de Miguel.

-Esa pobre chica allí metida en su casa siempre, con su madre, tan solas...

Así solían decir los padres de Angeles que encontraban muy natural las frecuentes ausencias de su hija para animar aquellas mujeres solitarias. Por eso el pretexto era perfecto y enseguida no sería ni pretexto siquiera, pues la propia Milagros vendría por ella al sanatorio y seguiría unos días más verdaderamente en su finca.

Si. Todo se había resuelto perfectamente. Pero algo más fuerte que el Miguel voluntarioso y doctrinario había aparecido en aquellos días y mientras andaba en aquellas gestiones. Y ese algo le debilitaba hasta el fondo, le estrujaba, mordía en sus ner-

vios en una protesta tenaz, al principio incomprensible pero luego observó que parecía salir de todas las caras infantiles que se encontraba a su paso.

Y sobre Angeles empezó a flotar una nube de odio. Su cuerpo tan bello, tan joven, tan acariciado, estaba, para él, como vacío de sensibilidad. Cuanto más se atrevía ella a decirle palabras amorosas -y ahora era demasiado insistente en este leguaje- más despegado y molesto se sentía él. Aquello era una mujer-bicho y un cuerpo animal forrado con una piel clara que transpira en un lecho con olor a farmacia. Imposible amarla en adelante. Imposible amar a ninguna mujer. Se desprendían de sus crías por conservar un deleite. De la cama del placer a la de operaciones, y apenas salían de ésta a pensar de nuevo en la otra. Eso es monstruoso. "¿Y él? ¿y él?. Pero él no es quien tenía que oponerse. Era ella quien debió alzar la barrera intransigente. El no tenía la culpa. Se sostuvo en sus ideas."

El tranvía le dejó junto a una bocacalle en cuesta sucia de barro. Al fondo, en un rincón oscuro estaba la verja del sanatorio. Arriba la voz melosa e insoportable de ella le recibió con una alegría inaguantable.

-¿Ya llegaste? Se acaba de ir Milagros. Mañana nos iremos. Me ha econtrado muy bien y dice que soy muy valiente y que cuánto te tengo que querer...

La beso maquinalmente pero ella le echó los brazos al cuello e insistió:

-Y es verdad. Te quiero, te quiero, te quiero...

El se separó bruscamente.

-¿Que te pasa?

Vaciló un momento.

-No. Nada. Me hiciste daño. Apretabas demasiado.. Mira lo que te he traido.

Y le entregó el paquete que ella se puso a abrir ya tranquila con ostentosa alegría.

-Estas en todo. Vamos a ser muy felices.

Miguel la miraba fijamente conteniendo una tensión interior que casi le hacía temblar. "Pero ¿que me pasa? ¿iré a volverme loco?" Sentía deseos de estrangularla. Aquí, en esta casa. El médico tendría que arreglarselas para encubrirlo todo por interés propio. Antes de que hablase Milagros él podía estar en el extranjero ya. Acabar con aquella historia que le hacía sentirse tan inferior con un gesto que lo hiciera crecer, al menos en el marco de lo horrible.

1243

-¡Que bien! Ahora mismo pediré la cena y nos lo tomaremos de postre... Pero ¿qué te pasa? ¡Habla!. ¡Me das miedo! ¿Qué...

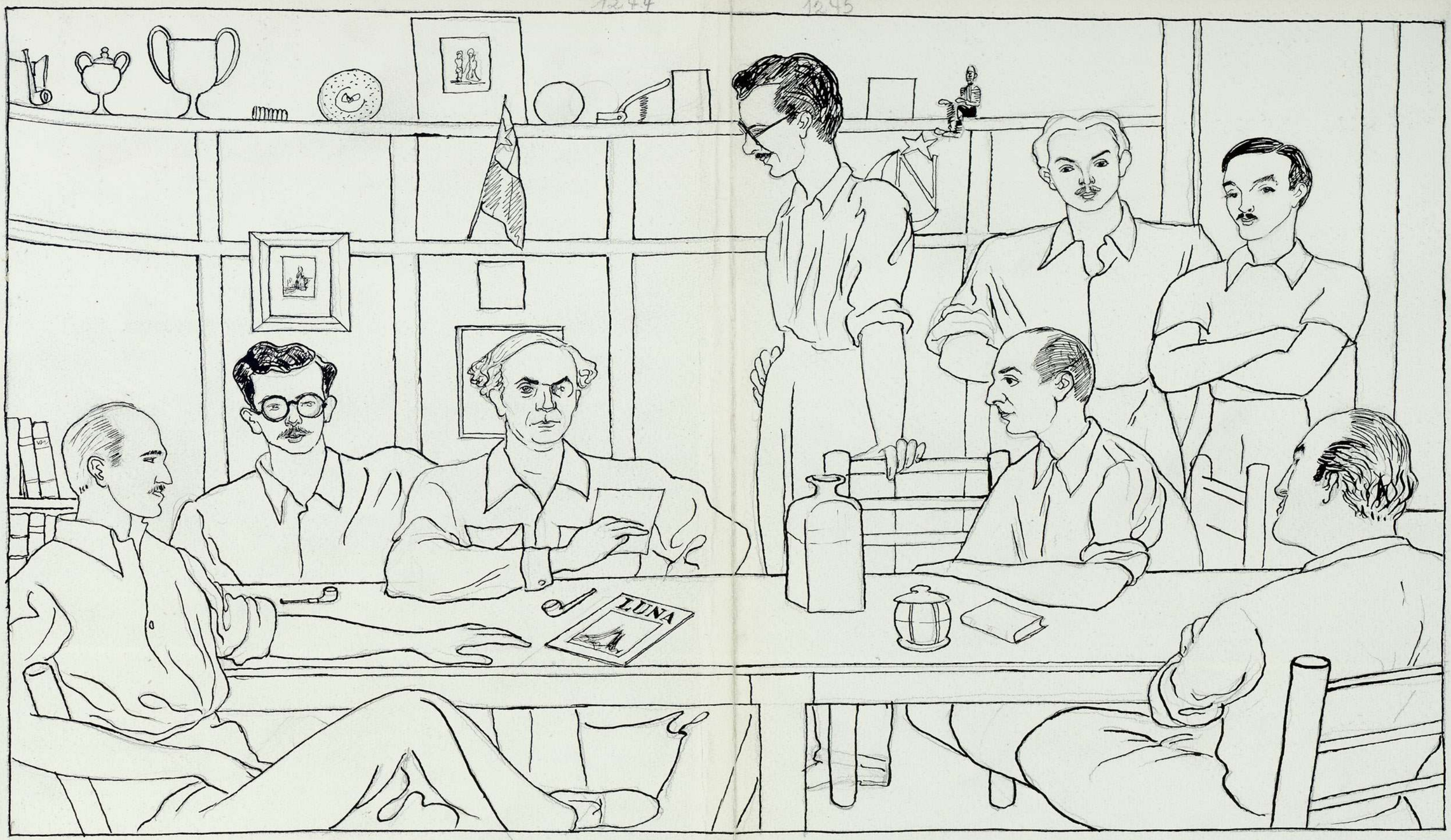
La voz de él era ronca y la mano danzaba incontenible por el aire reflejandose gigante en el techo.

-¡Angeles! ¿Por qué has hecho ésto? ¿Por qué no has querido el hijo?...

En el silencio se oía el tic-tac de su reloj de pulsera. Una puerta se cerró lentamente en el piso bajo. Despues el ruido del tranvia vino a arrastrarse por la pared.

El turrón estaba desparramado por el suelo y una mano de mujer colgaba en actitud de ir a recogerlo.

Pablo DE LA FUENTE


LUNA

EL CULTO A LA MENTIRA

TERMINÓ la temporada teatral madrileña como empezó, sin un solo atisbo de inquietud, de sensibilidad, con la misma miseria moral e intelectual. Aunque ésto no me ha sorprendido de puro esperado, no por eso deja de satisfacerme por se un claro exponente del sentido negativo del fascismo.

El teatro corriente, reflejo de la calle, y el teatro de calidades intelectuales necesitan de la libertad y de la serenidad de juicio, respectivamente, como nosotros del aire para respirar. No es de extrañar por lo tanto que nuestra escena sufra el actual colapso, lo mismo le ocurre a los demás géneros literarios. La novela, el ensayo, la poesía, el periodico, encubren su falta de valores espirituales a fuerza de afectación, de engolamiento, y toda la producción se haya en pocas manos, plumas la mayoría inhábiles. Con una osadía inaudita los escritores oficiales nos hablan de lo que ignoran con la seguridad y aplomo del que sabe que no va a tener crítica contradictoria pues cuenta ya de antemano con la coacción que ofrece el temor a ser acusado de desafecto.

Y lo mismo que a la literatura les ocurre a las demás actividades intelectuales de la vida humana en los regímenes totalitarios. Pero no obstante es la literatura la que más sufre esta deformación debido sin duda a la importancia que hoy día tiene la propaganda. Radio, prensa y publicaciones en general dependen directamente de los organismos oficiales que

1247

gastan en ellas sumas fabulosas con la sana intención de convencernos de que lo blanco es negro. Lo más peligroso y doloroso es que este sistema va adaptando a los indiferentes y desaprensivos que siempre se suman al triunfador o al que esté en condiciones de triunfar. Estos suelen ser los peores porque con su demagogia pretenden hacer valer unos méritos que no supieron conquistar antes.

Vivimos pues en pleno reino o época de la mentira. Dificilmente podrán, investigadores y eruditos, encontrar una éspoca donde la doblez, la falta de concepto del honor y las bajas pasiones hayan imperado con la misma intensidad e impunidad de ahora. La mayoría de los grandes tiranos de todos los tiempos han acabado siendo eliminados, más que por sus propios enemigos, por la repugnancia que han inspirado al fin a sus mismos servidores. Y durante sus mandatos han sufrido el desprecio íntimo de sus adeptos. En la época presente ocurre todo lo contrario. Para ello se educa desde la infancia a la humanidad a que el mas fuerte y más astuto lo merece todo y el más debil e ingenuo, en cambio, no merece nada. Y lo que es más monstruoso, que en ésto estriba la verdadera libertad. Concepto de la vida puramente animal, como puede verse. ¿Qué opinaría cualquier hombre de leyes si se estableciera en el mundo como sistema el que los hombres se arrebataran a mano armada sus propiedades y bienes con todo derecho y en cambio fueran considerados delincuentes los que renunciaran a este procedimiento? Pues ésto es lo que en definitiva va inculcando desde la infancia en los hombres el fascismo.

Y lo verdaderamente sorprendente y monstruoso es que ésto cuente con la aprobación de la mayoría de los que se dicen cristianos. Veinte siglos de cristianismo predicando el desprecio a los bienes terrenales, condenando el crimen y el robo, predicando la tolerancia y el amor al desvalido han servido para ésto. No se puede llegar a un fracaso mayor. Torquemada quedaría horrorizado al ver su insignificancia en el crimen comparado con los hombres de hoy día. Primero, porque sus ocho mil autos de fe en toda una honrada vida de creyente resultan una cifra ridícula por su insignificancia comparada por ejemplo con las ejecuciones de la España nacionalista. Segundo porque al fin y al cabo Torquemada era un loco y creía que por medio del fuego purificaba a sus sacrificados y conseguía para éstos la salvación eterna. En cambio los de hoy día no ignoran, co-

mo católicos,que la gente que matan sin confesión son almas irremisiblemente condenadas, pecado éste el más grave que puede cometer un cristiano. Claro que lo que dirán los católicos fascistas: "Ahí me las den todas! A nosotros con problemas de conciencia".

Otra de las grandes mentiras de la hora presente es el encendido patriotismo de las clases conservadoras. En este decantado patriotismo de que blasonan sobresalen los militares, lo que no es obstáculo para que en vez de defender su propio pais utilicen muchas veces la propia fuerza que ha puesto la Nación en sus manos contra su patria en cuanto ésta elige un sistema político que no esté a su gusto. Llegado este caso no tienen inconveniente, como en el de España en utilizar para esclavizar a su patria a tropas moras a las que antes prepararon en Marruecos para un sistema brutal de conquista en las que tanto como el fuego se utilizaban las razzias y el asesinato; a tropas regulares de dos Estados extraños que encontraron muy conveniente y divertida nuestra guerra para ensayar sobre carne española sus armamentos y llevarse lo mejor de nuestro suelo. Nuestros militares llegaron en su abyección a condecorar a un marino aleman por haber bombardeado a una población española indefensa como Almería.

Ahora mismo hemos visto en el caso de Francia como unos militares que no supieron defender su Patria dieron un golpe de Estado para avenirse con toda diligencia a lo que exige el invasor, su enemigo tradicional, se revuelve contra su aliada histórica, la que salvó a Francia en la guerra anterior contra el mismo enemigo y en cambio, dejando a un lado todos los tremendos problemas que pesan sobre la dulce Francia en estos momentos se apresuran a reformar su Constitución servilmente para complacer al invasor boche y a sus propias clases conservadoras creando rápidamente y de cualquier modo un tinglado político que no responde al modo de pensar de los franceses y cuyas primeras víctimas serán los franceses de izquierdas, mucho más odiados que los invasores alemanes. Por muchas humillaciones que éstos les infieran aunque es dificil que sobrepasen las que ya llevan apuntadas a su favor, No importa, segun estos generales el honor frances si-

1249

gue intacto. No sabemos si admirar o envidiar esta ingenua desaprensión.

Con este repugnante panorama no puede uno por menos de volver la vista angustiada hacia Inglaterra y los Estados Unidos, deseando que estos dos baluartes de la Democracia, de los Derechos del Hombre, el respeto a la palabra dada y, ¿por que no decirlo?, de las buenas maneras, acaben por hacer volver al hombre a la normalidad despues de este periodo de locura.

Mientras ésto llega aterra el ánimo pensar en nuestras infancia y juventud, en la terrible huella que puede dejar en sus espíritus la enseñanza oficial, así como la oficial literatura y propaganda de hoy. Por el veneno que encierran y por lo bárbaro del estilo. Este es tan pedante y retorcido que a cada imagen es inevitable la comparación con el acertijo. Toda la producción literaria de hoy día parece producto de Novejarque.

Edmundo BARBERO

1250

LA TORMENTA

(CUENTO)

CON aire pensativo Mr. Jenkins se separó de la ventana. Haciendo un gesto de duda y pasandose la mano por la barbilla avanzó hasta el centro del salón. Todos los rostros se volvieron a él con aire interrogante.

-No sé, no sé -dijo- o mucho me engaño o vamos a tener una buena tormenta dentro de muy poco. Me gustaría equivocarme pero mucho me temo que acierte. Y no lo digo por mí sino por alguna de las señoras a quienes no les hará mucha gracia el relámpago y el trueno. Afortunadamente la casa tiene pararrayos y no hay que temer nada grave.

Las señoras respiraron profundamente. Un !ah! de satisfacción salió de todas las gargantas y la reunión volvió a animarse. Miss Evans, al piano, obligó a algunas parejas a levantarse y dar unas vueltas al salón. Cada vez que en sus giros pasaban cerca de ella dirigían una mirada angustiada al papél de música llevando la cuenta de los compases exactos que faltaban. Cierto que la buena voluntad es una poderosa ayuda pero resultaba extraordinariamente dificil bailar aquellos maravillosos cuplés del 900. Más que un baile se tenía la impresión de estar contemplando un desfile de gallinas con hipo.

Mrs. Jenkins pasaba una bandeja con pastas y su encantadora hija -la agasajada- la seguía con una botella en cada mano llenando las inllenables -siempre estaban vacías- copas de los invitados. Dos o tres rondas acabaron con la inquie -

tud producida por la anunciada tormenta. Los hombres charlaban en un rincón y por el brillo de sus ojos se adivinaba que el tema de su conversación no hubiera podido ser escuchado tranquilamente por sus respectivas mujeres. Según iban terminando de hablar dirigían una mirada circular en busca de su conyuge. Daba la sensación de que a falta de cola de pavo real con que hacer la rueda, empleaban las orejas que se teñían de carmin.

Solamente Mr. Fawks se dedicaba a acompañar a las damas. Era el de siempre, el eterno jóven, pero aquella tarde tenía un cierto aspecto de preocupación. Las mujeres le escuchaban con atención y respondían a sus cortesias con las mas exquisitas de sus sonrisas. El último cuento que explicó debía tener mucha gracia porque Mrs. Ranker hubo de acudir en auxilio precipitado de su dentadura que inició un peligroso movimiento a consecuencia de una carcajada. Tal fué su prisa que muy poco faltó para que no se seccionase la tercera falange del dedo indice que había utilizado para fijar en su sitio el paladar. Con un gran esfuerzo contuvo sus lágrimas pero no pudo evitar ese feo gesto de chuparse un dedo cuando ha sido víctima de cualquier accidente.

Seguía su curso la reunión y ya se iba acercando ese momento en que los juegos de prendas se imponen, cuando un espantoso relámpago hizo palidecer la luz eléctrica y adquirir un delicado color violeta a los labios pintados de las mujeres. A renglón seguido un trueno aún más espantoso hizo temblar todos los cristales de la casa. Gruesas gotas de agua tamborileaban en las ventanas.

-Ya lo decía yo -anunció con aire triunfante Mr. Jenkins - Ya lo decía yo. Y se prepara una buena por lo que voy viendo. Posiblemente tendrán ustedes que aceptar nuestra hospitalidad para esta noche. En este pais las tormentas suelen ser tremendas y durar bastantes horas. Lo sé por experiencia. Una vez yo...

Un segundo relámpago, un segundo trueno y un segundo retemblar de cristales y para terminar la série el más formidable de los relámpagos y el mas ruidoso de los truenos.

Mrs. Jenkins estuvo a punto de depositar las pastas en los bolsillos del chaleco de Mr. James, y su encantadora hija vertió mas de media botella en los almidonados puños de su padrino, el honorable Juez de Paz.

-Nancy, mira a ver si están cerradas las ventanas del saloncito. No vaya a ser que el viento...

No pudo terminar ni la interpelada iniciar el movimiento salvador. Una furiosa ráfaga de aire cerró las ventanas alu-

didas con tal fuerza que los trozos de cristal saltaron casi hasta el piano. Miss Evans dió un bote en su banquillo y se refugió en el lado opuesto de la pieza.

-No se asusten ustedes, mis buenas amigas. No tiene nada de particular. Ya lo decía yo. En este pais las tormentas son espantosas. Y lo malo es que duran muchas horas. Con tal de que no se nos apague la luz y podamos seguir...

Como obediente a su voz, solo que al contrario, las bombillas se vieron acometidas de un temblor de mal augurio y terminaron de lucir coincidiendo con nuevis relámpagos y true - nos.

-Ya lo decía yo. En este pais...

-Harry -gritó Mrs. Jenkins- ¿Quieres hacer el favor de callarte y no repetir mas esas frasecitas? "Ya lo decía yo".Si continúas hablando acabará por caersenos la casa encima o inundarse el sotano.

-Estas mujeres...-sonrió el increpado y en la oscuridad se vieron lucir sus dientes de oro. Una mirada atenta los hubiera advertido muy apretados.

-¡Que le vamos a hacer! Paciencia y a esperar a que pase este apagón. Una vela. Realmente no acabo de explicarme como podían leer antes con esta luz.

-Si, seguramente son los plomos automáticos de la fábrica y enseguida darán otra vez la luz- aseguró ese señor que siempre lo sabe todo. -Un aumento muy brusco en la tensión por la rotura de algún cable que tirase mucho de la corriente...

-Si, si, eso debe de ser- asintieron a coro casi todos los invitados.-Los plomos automáticos. En mi casa pasa mucho.

-Eso sucede porque el gobierno no se ocupa de vigilar a la compañía que mantiene sus instalaciones en muy mal estado y constantemente se producen averías y accidentes.

-¿Es cierto que cuando se produce una avería en la luz e - lectrica es bueno meter los piés en un barreño de agua por si viene la corriente de golpe?

-No sé, pero me parece que no.

-Y mientras suben de precio todo.

-Yo, en las próximas elecciones pensaba votar como en las pasadas, pero si no cambian mucho las cosas, no sé si me decidiré.

-Esto se está ya poniendo pesado. Me temo que nos hemos quedado sin luz para toda la tarde- se aventuró a decir Mr. Jenkins.

-¡Ah!

-¡¡Ah!!

-¡¡¡Ah!!!

Mas clara que nunca, con nueva fuerza, las lamparas ilumi-

naban la estancia. Todos los invitados se miraron sonriendo u nos a otros y empezaron a comer pastas y vaciar sus copas con mas furia que antes.

Miss Evans se dirigió resueltamente al piano. Mrs. Jenkins recogió del suelo la bandeja vacía de las pastas y su encanta dora hija reanudó el riego sistemático y estudiado de sus hu espedes.

-Parece que ya escampa- insistió el dueño de la casa.

-Permitame usted, querido Harry, pero el cielo tiene un as pecto tremendo. Mire usted que nubarrones.

-No lo crea usted amigo Duncan. En este pais las tormentas o duran mucho o pasan enseguida.

-Si, eso ocurre en casi todas partes del mundo. Y esta vez me parece que es de las que van a durar.

-Me alegro doblemente de estar en desacuerdo con usted. Me alegro naturalmente, porque ello vendrá a darme la razón y ya saben ustedes lo cuidadoso que yo soy para las cuestiones del tiempo, pero es mayor mi satisfacción porque estas señoras po drán recobrar su tranquilidad y marcharse a sus casas cuando quieran...

-¡Harry!- Mrs. Jenkins le estaba fulminando con la mirada . -¿Qué estás diciendo? Nosotros -se volvió a los invitados- es tariamos encantados de brindarles a ustedes hospitalidad. La casa es muy grande y tenemos muchos cuartos dedicados a los trastos y pueden ustedes ocuparlos.

-Lo que yo quería decir, Mary, era que...

-No se preocupe usted. Le hemos entendido perfectamente. No tiene importancia.

-Me alegro, porque no hay nada que me fastidie tanto como meter la pata. Pero como iba diciendo ya creo que todo ha pa sado y podemos continuar nuestra fiesteci...

Naturalmente, la tormenta adquirió nuevos brios y la luz se apagó exactamente de la misma forma que la vez anterior.

-Sin embargo -Mr. Jenkins no quería darse por vencido- no parece que sea tan fuerte como antes. La luz se ha apagado de repente, es verdad, pero algo mas despacio. ¿Oye usted algo , amigo Duncan?

-Oler, oler, no huelo nada. ¿Se ha quemado algo?

-¡Digo que si huele usted algo! ¡Vaya, ya me he equivocado! ¡Digo que si oye usted algo?

-Algo sí, con el derecho, pero muy poco. Ya sabe usted que del izquierdo soy sordo completamente.

-No, me refiero a la tormenta.

-¡Ah! No, no oigo nada.

-¿Lo ven ustedes? Y usted, mi buen amigo, verá usted que se

ha equivocado en sus apreciaciones. No hay nada como vivir en el campo para saber de estas cosas. Ustedes, los hombres de la ciudad saben mucho de otras cosas, pero dejennos a nosotros, los hombres del campo, las cuestiones del tiempo. Si es nuestro elemento, ¿cómo no vamos a entender de ello? Nancy, quieres servirnos algo de beber?

-Voy, papá. ¿Donde estais que no veo nada?

-Aquí, junto al piano. ¿No hay nadie que tenga una cerilla a mano?

-Yo, yo tengo un encendedor.

-Es lo mismo. ¿Quiere usted encender esta vela? Y ustedes hagan lo mismo con otras que debe haber por ahí.

-Encantado.

Una, dos, tres, cuatro velas se encendieron casi simultaneamente en los cuatro angulos del salón.

Los invitados estaban reunidos en pequeños grupos. Mas de una pareja se separó con cierta prisa.

-Ustedes me perdonarán que no siga al piano. Las tormentas me ponen muy nerviosa..¡Uy que trueno!...y apenas si acierto a poner los dedos en las trclas correspondientes.

-Miss Evans, ¿había tormenta cuando aprendió usted a tocar el piano?

-No, me parece que nó. ¿Por qué lo pregunta usted?

-Por nada, es una cosa que se me había ocurrido, pero no importa nada.

El tono de las conversaciones se deslizaba casi a rás del suelo. A medida que los pábilos de las velas se alargaban y la luz era mas intensa, las personas se estiraban en sus asientos y las voces iban aumentando. Al rato se conversaba normalmente.

-Esta tormenta me recuerda una que pasé en un viaje que hice en una ocasión hace años. ¡Qué tormentón! Creí que me moría ahogado, tal era la cantidad de agua que caía. ¿Quieren ustedes que se lo cuente? Verán ustedes. Iba yo desde la ciudad a una hacienda que tenían unos amigos mios. Usted los conoce seguramente, los Berton, familia del que fué el primer ganadero de Hartood. Iba a la hacienda a pasar unos dias pescando en las orillas de un lago maravilloso. A mitad de camino comenzó a llover con unos relámpagos y unos truenos terribles, eso, eso muy parecidos a este último que ha sonado. No era cosa de dar la vuelta y emprender el regreso. Me decidí a continuar mi camino y sin importarme el diluvio arree el caballo hora tras hora. No era nada agradable, se lo aseguro a ustedes. Desde lo alto de mi cabalgadura veía correr verdaderos rios que arrastraban ramas y piedras y...bueno...un ho

rror. Ya los cascos del caballo se movían dentro del agua y el nivél del agua subía sin cesar. Les ahorraré a ustedes detalles. Una hora después el cuerpo del caballo estaba sumergido y yo me sentaba ya dentro del agua. Otra hora mas y el agua me llegaba al cuello...

-¿Al cuello?

-Si señores, al cuello. A pesar de todo seguimos andando...

-Entonces, ¿cómo respiraba el caballo?

-¿El caballo? Muy fácil, porque yo me había bajado momentos antes y el agua todavía no le llegaba a él a las orejas y con estirar el cuello le era suficiente. Yo era el que ya nó podía estirar mas el cuello.

-¡Ah, ya!

-Diez horas de marcha duró aquél viajecito. Desde entonces no me pongo nunca en camino sin dos cosas: una barómetro y una goma muy larga, un tubo, para respirar si se repite la cosa.

-Debió usted pasar un mal rato, verdaderamente. Algo parecido me sucedió a mí, pero áun tuvo caracteres mas graves. Estuve mucho mas cerca de ahogarme. Ustedes conocen la cañada que hay en la carretera de Astew a Carville. Pues venía en el coche correo una tarde. Iba atestado, hasta los topes. Apenas si podíamos mover un pié sin que protestase el vecino. El cochero nos anunció que ibamos a tener tempestad. No se equivocó. Poco después llovía a mares, y el pobre hombre encontraba cada vez mas dificultades para dominar a los caballos que se encabritaban al recibir los furiosos golpes de agua que se sucedían ininterrumpidamente. Cogimos la cuesta abajo y al llegar al fondo del valle nos precipitamos, sin poderlo evitar en un verdadero rio de agua de lluvia que bajaba de las dos vertientes. No mas de medio minuto tardó el coche en llenarse de agua. Las portezuelas se habían atrancado y nos costó mucho trabajo abrirlas. Afortunadamente resisto bastante rato debajo del agua y me dediqué a sacar gente del coche y a llevarlos hasta la orilla. Cuando ya no quedaba nadie, el cochero me rogó que viese de sacar el caballo del centro porque era un recuerdo de familia. No podía negarme. Casi agotado por el esfuerzo, deshebillé los arreos, los ojos se me inyectaban y respiraba con dificultad. Y aunque ustedes no se lo crean, aquél animalito venía tan cansado del viaje que al sentir el fresco del agua se habia tumbado y se había dormido. Para despertarle tuve que darle unas buenas patadas, pero le salvé. Entonces, pensé en mis tres maletas y me lancé al agua por última vez para extraer mi equipaje y por poco me quedo allí.

-Estaría usted demasiado cansado. Fué una temeridad hacerlo

1256

tan seguido. Debió usted descansar un rato antes de volverse a echar al agua.

-¿Se enganchó usted con algo?

-No. Peor, mucho peor.

-Se daría usted un golpe o le cocearía un caballo...

-Peor, mucho peor. Entré en el coche, cogí una maleta con cada mano pero como no tenía otra mano para agarrar la tercera de mis maletas abrí la boca para sujetarla con los dientes y en ese mismo momento se me metió una enorme trucha en la boca hasta la garganta. Como tenía las manos ocupadas con las maletas no pude retirarla. El aire me iba faltando. Tuve que abrir las maletas y ver en un momento en cuales iban las cosas mas importantes y dejar la que tenía menos valor para mí. Inicié la vuelta a la orilla y caí desplomado sobre las piedras. Y estuve a punto de ahogarme porque no había manera hábil de sacar la trucha. El animalito se dió cuenta de la muerte segura que le esperaba si sacaba la cabeza del agua y se agarraba con todas sus aletas. Veo que les extraña a ustedes eso del agua. No se extrañen ustedes porque el agua me llegaba al cuello.

-¿No estaba usted ya en tierra?

-Naturalmente, pero es que el agua me llegaba al cuello pero por dentro.

-¡Qué horror!

Todas las mueres miraban aterrorizadas a los dos narradores sin atreverse casi a respirar.

-¡Y yo que apenas si resisto debajo del agua!

La tormenta seguía en todo su apogeo. La lluvía no cesaba de caer y mas de uno de los invitados medía con la vista la alarmante altura que iba alcanzando el nivel del agua que corría por las acequias. Instintivamente se pasaban la mano por el cuello y hacían pruebas de resistencia sin respirar. Durante una hora más el mismo tema dominó la conversación. Todos los asistentes menos uno, relataron sus aventuras en medio de una espantosa tormenta, sus miedos y la manera milagrosa como habían escapado de una muerte que tuvieron por cierta. El que menos vió perfectamente a la muerte con su guadaña. Uno de ellos, incluso tuvo la suerte de poder relatar la muerte -la auténtica muerte- de un lejano familiar suyo fulminado por una exalación. Espantosa, terrible, la descripción de aquél cuerpo carbonizado. Ponía los pelos de punta. Agotado el tema personal y de la familia, se pasó a los conocidos, luego a los recuerdos de los leido en los diarios.

Solamente uno de los invitados había permanecido en silencio, sentado en su butaca y ecuchando las narraciones de los demás. Estaba muy pálido, fumando nerviosamente, sin pausas.

-¿Usted no ha tenido aventuras con tormentas, Mr. Fawks?

-¿Yo? Sí, por cierto y bien extraordinaria, al menos para mí. Creo que fué el sucedido mas importante de toda mi vida. Y no solo para mí, sino tambien para mi padre.

-¿Iban ustedes juntos?

-No, no. Es lo que podríamos llamar una casualidad si no hubieran intervenido otros factores que obligan a aceptar la hipotesis de la intervención de una firme voluntad, quizá la voluntad del Destino. Sucedieron ambas aventuras con veinte años de diferencia y sin embargo las circunstancias que rodean a una y a otra son tan parecidas que refiriendo una de ellas queda referida la otra. Pero a diferencia de lo ocurrido con estos señores, yo no puedo ni hubiera podido mi padre hacerlo, quejarme de las tormentas por muy espantosas que fueran. No solo nos pusieron en riesgo mi vida, ni amenazaron la vida de mi padre, sino que muy al contrario, tanto su vida como la mia las debemos a una tormenta.

-¡Qué interesante! Cuentenoslo usted, Mr. Fawks, por favor.

-No sé si debo. Están las señoras muy impresionadas por la tormenta y por las cosas que han oído y no quisiera ser causa de algo desagradable...

-No tenga usted preocupación. Al fin y al cabo, no somos de esas mujeres que se asustan por cualquier cosa. Vivimos en el campo y la naturaleza nos ha hecho fuertes físicamente y de espíritu resalto. Puede usted empezar con toda tranquilidad.

-Si ustedes se empeñan, no quiero hacerme rogar. Pero declino la responsabilidad de lo que pueda suceder. Ustedes me perdonarán, señoras, si no les agrada lo que van a oir.

-Conformes.

-Pues ahí va. Ya saben ustedes que toda mi familia paterna ha sido siempre gente de campo abierto. Desde que mi tatarabuelo se estableció, vivieron siempre en el Oeste salvaje y legendario. Búfalos, indios, emigrantes, desesperados, cuatreros y demás distracciones proías del lugar les eran familiares.. Nada les asustaba. Hechos a la dureza de aquella vida, pasaban a caballo la mayor parte de su vida. Puede decirse, y no exagero nada, que solo se apeaban de sus monturas cuando eran derribados violentamente al suelo de un tiro o una lanzada o cuando les arrastraban enredados en un lazo.

Mi abuelo se hizo a esta vida desde que pudo tenerse en pié. Quizá siendo muy escrupulosos se encontraría en sus antecedentes algún robo de ganado. ¿Quien no lo ha hecho en sus comienzos? Con el ganado sucede lo mismo que con las buenas bibliotecas, el primer estante se llena siempre con volúmenes robados.

Sus ocupaciones le tenían fuera de casa con bastante frecu-

encia. En uno de sus viajes le sucedió lo que nos ha sucedido hoy a nosotros: se presentó un tormentazo imponente. Lluvía, relámpagos, rayos, truenos; parecía -yo no lo ví desde luego. No quiero que me suceda lo que al cuello del caballo y a la trucha de estos amigos- que el cielo se venía abajo. Facil es de comprender que mi abuelo no se iba a acobardar por ello. Se envolvió en la manta, acarició las orejas de su caballo y paso a paso continuó su camino. El viento soplaba endemoniadamente -¡cuantas veces nos lo ha referido mi pobre abuelo!- y hombre y caballo caminaban a la ventura, totalmente cegados por el viento y el agua. No sé si ustedes sabrán lo que es una tormenta en el desierto -yo tampoco lo sé- pero debe ser espantoso. La noche le sorprendió cerca de un bosque y a él se acogió mi abuelo esperando encontrar un refugio. Al llegar a sus lindes, desmontó y con el caballo cogido de la rienda, buscó un punto mas protegido donde reposar unos minutos. Al pié de un arbol gigantesco se detuvo y allí esperó inutilmente que cesase la tempestad. Los arboles se quebraban en torno suyo. Una rama alcanzó al caballo destrozandole la cabeza. Antes morir, el pobre animal enloqueció y sus espantosos relinchos hubieran aterrorizado a otro hombre que no hubiera sido mi abuelo. No sé por qué, antes, cuando Miss Evans tocaba el piano, me estaba acordando de estos relinchos. Las fieras del bosque acudían de todas partes, unas a devorar el cadaver aún palpitante del noble animal; otras, a refugiarse al amparo de aquél enorme tronco. Les juro a ustedes que solo de pensarlo se me pone carne de gallina. Aquellas bestias se acercaban peligrosamente a mi abuelo que agotó sus municiones manteniendolas alejadas. Luego, la lucha al arma blanca. La situación iba siendo insostenible. Sin embargo, mi abuelo resistía los ataques sin dar nunca la espalda. Un rayo que cayó muy cerca agravó la aventura. Se incendió un arbol y a poco el bosque entero era una antorcha. Mi abuelo comprendió que ya era imposible esperar más y a pesar del viento y la lluvia, se lanzó fuera del bosque. Golpeado por todas partes, herido, medio chamuscado, andaba tambaleandose. Tuvo la suerte de que no léjos de allí vivía un cazador. Y no vivía solo. Con él habitaba en la casa su mujer, una preciosa muchacha que acababa de raptar unos meses antes. El estado de mi abuelo era lamentable pero no tanto que no se diera cuenta de la maravilla que tenía ante los ojos; era salir de un infierno para encontrarse con el cielo abierto. Y naturalmente pasó lo que tenía que pasar.

-¿Se pelearon los hombres? ¿Qué hizo el cazador?

-¿El cazador? Se me olvidaba decirles a ustedes, detalle de poca importancia, que mi abuelo, hombre de extremada corrección tratandose de una dama, para evitar a la bella mujer el desagradable espectáculo de una discusión que inevitablemente

hubiera surgido al exponer sus deseos, tuvo la delicadeza de evitar el espectáculo de la muerte del cazador a la divina mujer. Con un pretexto cualquiera, no lo recuerdo exactamente, le hizo mirar por una ventana y, limpiamente, de un solo golpe, le reventó el craneo. Cuando ella se presentó en la habitación ya había desaprecido el cadaver...

-¿Qué hizo ella?

-Ella era una mujer inteligente, me hubiera gustado que la hubiesen conocido ustedes. De una sola mirada comprendió lo que había sucedido, supo estimar en todo su valor el noble gesto de mi abuelo y....Para qué seguir.

-Digame usted, Fawks, y su padre ¿qué papél juega en esa historia?

-¿Mi padre? Espera usted un poco, no faltan mas que nueve meses para que llegue su aparición en escena. Pero ya que si do usted tan curioso, les ahorraré el resto de la historia de de mi abuelo. Iré directamente al final. Al amanecer, la tormenta había cesado. En el mismo caballo del fallecido cazador regresaron a casa mi abuelo y la que fué mi abuela. Nueve meses después nació mi padre. No me negerán ustedes que debió su vida a una tormenta...

-¿Y usted?

-Pues poco mas o menos igual. La historia se repitió. Solo que mi padre tardó veinte años en encontrar una casa con una mujer dentro en una noche de tormenta. Bueno, veinte años nó algo menos, porque solo a partir de los quince de edad fué cuando se encontró en condiciones de crearse una familia. Durante los cinco años siguientes, pasó pocas noches de tormenta en casa. Marchaba, apenas iniciada, a recorrer los alrededores. Al fin consiguió lo que esperaba y...a otra tormenta debo yo mi vida.

-Entonces, querido Fawks, ¿por qué le asustaba a usted la tormenta de esta tarde?

-Perdonen ustedes la franqueza, pero me aterraba la idea de que una cualquiera de las señoras y señoritas aquí presentes pudiera llegar a ser la madre de mi hijo. Y ahora si que parece que ha escampado. Me marcho. Muchísimas gracias por su amable invitación y muy buenas noches. ¿Donde está mi sombrero? Sin luz no veo. Aquí está. Muy buenas noches, repito.

Aurelio ROMEO.

1261

Jorge Manrique

CUADERNO DE POESIA

1262

Cerramos nuestro Cuaderno de Poesía con una que justifica el tópico de broche de oro.

La elegía de Jorge Manrique, joya maravillosa de nuestra literatura de todos los tiempos tiene por la expresión, la idea y la forma la mas perfecta personalidad.

La misma emoción que en la mitad segunda del siglo XV produjese es la que ha seguido conmoviendo el ánimo de las posteriores centurias y la que hoy parece recien escrita.

La figura de Jorge Manrique, Señor de Belmontejo, hijo del famoso don Rodrigo, conde de Paredes, el admirable poeta que luchando contra el Marques de Villena muere delante del castillo de Garcí Muñoz, es una victima del destino, y en sus ensangrentadas ropas, acaso manchadas con su generosa sangre, se encuentran las coplas que estaba rimando "contra el mundo".

Asi, a manos del malvado mundo, deja la vida aquel espiritu admirable que cantaba: "Que cosa es amor", o en verso decía "Porque estando él durmiendo le besó su amiga" o, desenfadadamente, satirizaba "a una viuda que tenía empeñado su brial en la taberna".

Jorge Manrique es el dolor humano, el amor y la poesía, eternos como la humanidad.

1263

RECUERDE el alma adormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
como se pasa la vida,
como se viene la muerte,
tan callando.
Cuan presto se va el placer,
como despues de acordado
da dolor;
como a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.
Y pues vemos lo presente
como en un punto se es ido,
y acabado;
si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
mas que duró lo que vió;
porque todo ha de pasar
por tal manera.
Nuestras vidas son los rios
que van a dar en la mar
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar,
y consumir:
allí los ricos caudales,
allí los otros medianos
y mas chicos,
allegados son iguales,
los que viven por sus manos
y los ricos.
Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores,
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores:

A aquel solo me encomiendo,
aquel solo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció
su deidad.
  Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar;
mas cumple traer buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenecemos;
asi que cuendo morimos
descansamos.
  Este mundo bueno fué
si bien usásemos de él
como debemos;
porque segun nuestra fe
es para ganar aquel
que atendemos.
Y aun el Hijo de Dios
para subirnos al cielo
descendió
a nacer acá entre nos,
y vivir en este suelo
do murió.
  Ved de cual poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos
en este mundo traidor;
que aun primero que muramos
las perdemos.
De ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas por su calidad
en los mas altos estados
desfallecen.
  Decidme, ¿la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez
qué se para?

1265

Las mañas y ligereza,
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza,
cuando llega al arrabal
de senectud.
¿Pues la sangre de los godos,
el linaje y la nobleza,
tan crecida;
por cuantas vias y modos
se pierde de su alteza
en esta vida?
Unos por poco valer,
¡por cuan bajos y abatidos
que los tienen!
otros que por no tener
con oficios no debidos
se mantienen.
Los estados y riquezas
que nos dejan a deshora,
¿quien lo duda?
no les pidamos firmeza,
porque son de una señora
que se muda.
Que bienes son de fortuna,
que revuelve con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una,
ni ser estable ni queda
en una cosa.
Pero digo que acompañen,
y lleguen hasta la huesa
con su dueño;
por eso no nos engañen,
que se va la vida apriesa
con su dueño.
Y los deleites de acá
son en que nos deleitamos
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.
Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,

1266

y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando a nuestro daño
corremos a rienda suelta,
sin parar:
desque vemos el engaño,
y queremos dar la vuelta,
no ha lugar.
  Si fuese en nuestro poder
tornar la cara hermosa,
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical;
¿Qué diligencia tan viva
tuvieramos a toda hora,
y tan presta,
en componer la captiva,
dejándonos la señora
descompuesta?
  Estos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas.
Asi no hay cosa tan fuerte,
que a Papas y Emperadores
y Prelados,
Asi los trata la muerte,
como a los pobres pastores
de ganados.
  Dejemos a los Troyanos,
que sus males no los vimos
ni sus glrias;
dejemos a los Romanos,
aunque oimos y leimos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado:
¿Qué fué de ello?
Vengamos a lo de ayer,
que tambien es olvidado
como aquello.
  ¿Qué se hizo el rey don Juan,
los Infantes de Aragón,

qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,
qué fué de tanta invención
como trajeron?
Las justas y los torneos,
paramentos , bordaduras,
y cimeras
fueron sino devaneos,
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?
Pues el otro su heredero
don Henrique, ¿que poderes
alcanzaba?
¡Cuán blando, cual halagüeño
el mundo con sus placeres
se le daba!
Más veras cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se mostró;
habiendole sido amigo,
¡Cuán poco duró con él
lo que dió!
Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
llenos de oro,
las vajillas tan febridas
los henriques y reales
del tesoro,
los jaeces y caballos
de su gente y atavios,
tan sobrados,
¿Dónde iremos a buscarlos?
¿Qué fueron sino rocío
de los prados?

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones
como vimos tan potentes
di, muerte, ¿dó los escondes
y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tu, cruel, te enseñas,
con tus fuerzas las aterras
y deshaces.
Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
y tan valiente,
sus grandes hechos y claros,
no cumple que los alabe
pues los vieron;
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuales fueron.
Amigo de sus amigos,
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
Muy benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos
un leon.

.....
.....

1269

NOTAS DE LECTURA

EL HOMBRE SOLO, por PABLO DE LA FUENTE.

He venido haciendo notas de lectura sobre diferentes libros que han caido en nuestras manos, unos de algun interés y otros muchos sin ninguno ya que la crítica de los mismos fué hecha hace muchísimo tiempo.

En esta mi última nota quiero hacer la crítica de un libro que, aunque lleva mas de un año de publicado se puede decir que esta por salir. Me refiero al libro de Pablo, nuestro magnífico compañero de refugio, titulado "El Hombre solo".

Este libro ha tenido poca suerte. Debiendo aparecer, como apareció, a principios de 1939, tuvo ya que suprimir algunos pequeños cuentos que por su índole política, exaltación de algunos ideales, no eran convenientes que se publicaran, asi como el prólogo de Maria Teresa Leon.

A los pocos dias de salir a la calle terminaba la guerra y había que recoger las ediciones. Por eso digo que este libro, a pesar de haber estado expuesto en los escaparates de las librerías es un libro inédito.

El libro, tal y como apareció en las librerías consta de una narración, que es la que le da el nombre, "El Hombre solo", un triptico de impresiones de Paris y una serie de narraciones de caracter distinto. Lo suprimido fué: "Apuntes para la novela de Agustin" y el prólogo, como ya se ha dicho.

"El Hombre solo" es una narración magnifica que va expresando en pequeños cuadros la decadencia moral de un hombre que sufre los golpes de la adversidad. Le vemos ir cayendo poco a poco desde "El cristal de la ventana" hasta "El último encuentro". Asi en "El cristal de la ventana" tiene aun una esperanza, puede lograr un trabajo que ha solicitado. Con esa esperanza se permite hasta gastar treinta francos en una cajetilla de cigarrillos ingleses. La situación anímica del hombre que espera está plenamente lograda. Todos aquellos que hayan esperado algo, aunque no sea de la trascendencia de la espera del "Hombre solo" podrán colaborar conmigo en esta afirmación.

El cuadro siguiente titulado "Pesadilla" es un escalón del descenso. Pablo de la Fuente escoge un delirio para mostrarnos el estado de ánimo del protagonista; luego unas notas escritas al hogar; luego una reacción febril. En cada uno de los nuevos aspectos el "Hombre solo" esta mas desesperado, mas hundido. El último cuadro, titulado "El último encuentro" es la reacción del hombre que ya no puede descender mas, ante la mano amiga que pretende ayudarle. Ya no tiene fuerzas para luchar y rechazará todas las frases de cariño y esperanza; termina por reaccionar para separarse. Ya no quiere nada con la sociedad pues esta la ha empujado a ser lo que es, un vagabundo.

1270

Del "Triptico de Paris" se puede decir que únicamente debía estar en el libro el cuadro de "Gitanas en la avenida de la Opera", pero este justifica los otros dos. Es una magnifica pieza, tanto por el estilo como por el colorido.

De las "narraciones" hablaré solamente de la "Huida" pues para mi es la mejor. Con esta narración volvemos al estilo del "Hombre solo", volvemos a las situaciones anímicas, aunque no tan exclusivas como en "El Hombre solo" de ahí que yo encuentre mejor esta parte del libro que aquella. En "Huida" juegan el colorismo del ambiente con la expresión de las conciencias, consiguiendo un conjunto del mayor valor literario.

Al terminar el libro de Pablo de la Fuente piensa el lector en los nuevos libros que ha de publicar. Sin que "El Hombre solo" tenga el mismo valor, ni mucho menos, hace presumir que su autor erá una de las cabezas relevantes de la literatura castellana.

J. CAMPOS.

1271

COMPAS DE ESPERA

LUNA
LO RECOGE

1272

EL ANGEL EXTERMINADOR

NOVELA

CAP. I

SANCTA SIMPLICITAS.

POR mi locutorio, igual que por el de los que conmigo sufrían los rigores de la cárcel, rigores que templaba la condición de nuestro delito y la respetuosa conducta de los empleados de prisiones, pasaban todos los dias muchísimas personas a quienes el parentesco, la amistad o el ser correligionarios movían a tales demostraciones de afecto. Ello endulzaba y acortaba las largas horas del encierro, y ello daba, tambien, lugar a no pocas sorpresas y enseñanzas.

Asombro y no pequeño tuve yo al recibir uno de aquellos dias la visita de Nanita, de la buena prima Marianita, de la Nana de los tiempos de la niñez, de la viejecita solterona y presumida por la que los años no dejaban mas huellas que la plata de los cabellos oculta por el tinte barato, unas arruguitas encubiertas por espesa capa de polvo y enmascaradas tras de un velito bien tupido y la delgadez de sus finas y aristocráticas manos marfileñas.

Nanita es como una vieja estampa, es una reliquia de la familia, es la conservadora de las tradiciones que el tiempo va borrando, la que recuerda todos los apellidos, la que descifra enrevesados parentescos, la que nos avisa los aniversarios, los santos y los cumpleaños.

Nanita, que no se quiso casar porque su pretendiente solo era un acaudalado capitán de la marina mercante pero que en su carruaje no podía poner un vistoso escudo o una corona, que parece relamer un caramelo cuando habla de una Majestad, nom-

bra a una Alteza o se refiere sencillamente a un título nobiliario; la envarada viejecilla que solo vive la historia de las pasadas grandezas familiares y que se empeña en no reconocer las tristes realidades del presente, siente, no sé por qué misteriosa ley del destino, una invencible pasión por mí. Me sabe librepensador y se las ingenia de tal manera que me obliga a asistir en ocasiones a sus novenas y me hace rezar los latines que yo trunco a mi capricho para escandalizarla; le consta mi condición republicana, mi conducta revolucionaria y constantemente me está hablando de la monarquía y de lo conveniente que sería el que me cruzase en alguna de las Ordenes Militares.

A otra persona cualquiera ya la habría desengañado con una respuesta cruél, pero Nanita es Nanita y me conformo con hacerla rabiar.

¡Cuanto habría vacilado la pobre viejecilla antes de resolverse a visitarme en una cárcel, ella que por la fuerza de la imaginación ha convertido en torre de marfíl o en estancia de régio alcazar un humilde cuartito de apartado y modesto barrio!

Su poca vista no sé si disimula o si acentúa la pobreza de mi celda de político. Está muy emocionada y los trámites preliminares de la visita han acabado de perturbarla. Yo procuro con mis bromas animarla un poco y aún me las compongo para abreviar la visita.

Antes de marchar me hace infinitas recomendaciones, me dá innúmeros consejos y me pide que rece mientras se limpia los ojos con su minúsculo pañuelito de encaje, que me recuerda viejas labores vistas en mi niñez. Con tímido ademán me entrega una cajita de cartón con dulces comprados en una de esas tiendas de barrio que parecen como momificados. Con los dulces me dá un paquetito atado con una cinta de seda azul pálido. Son papeles amarillentos, cartas de un blanco hueso con escritura casi borrada por los años y en que sabios dobleces suplen la falta de sobre, recortes de periódicos, hasta una hoja del calendario.

La prima Nanita me explica su regalo con cariñosas palabras en las que se advierte una no encubierta intención.

-Mira, hijo; no tengo a nadie más que a tí, ni nada que valga la pena de dejarte. Me estoy quedando casi ciega y antes de perder o romper papeles de la familia, pocos, como puedes ver, prefiero dártelos a tí. Ellos te distraerán. Acaso te enseñen algo y hasta puede que te desengañen de esos errores en que tú, tan bueno y tan caballero, andas metido.

Yo acepto, sonriente, su obsequio y su sermón y le beso una mano larga y fina, en que apenas si queda carne, una mano co-

mo de marfíl de la que ella está muy justamente orgullosa y que jamás oculta del todo porque cuando más las tapa es con unos mitones de seda, acaso los últimos mitones que se ven por el mundo.

Nanita, la postrer visita de la tarde, se vá. El locutorio se cierra y yo me quedo en la celda con el paquete de cartas encima de la mesa.

Apenas abro el paquete me echo a reir. ¡Pobre Nanita, buscas mi conversión y lo que me traes solo sirve para afirmar mis ideas e intensificar mis odios.

EL VIEJO EPISTOLARIO.

No hago más que soltar la cinta que ata el paquete y de entre las hojas de papél se escapa y cae al suelo una flor que al quererla recoger se deshace en polvo entre mis dedos. Esto ya interesa mi curiosidad, me hace pensar en el pasado y me mueve a soñar despierto.

Cartas, papeles, notas y recortes de periódicos están mezclados, sin orden alguno, pero en todos ellos encuentro algo curioso; un encanto que me anima a reconstituir el antaño. Veo, además, que la historia es una repetición de hechos, de circunstancias y de figuras que dan al preterito actualidad y hacen del presente una reiteración de lo que fué.

Muchas de las epístolas del paquete son indudablemente cartas de familia y aunque en su conjunto existe cierta unidad de acción, no faltan lagunas que he de rellenar con el recuerdo de cosas oídas en mi casa, con hechos públicos a los que hacen referencia los recortes de periódicos que con las misivas van revueltos.

¿Por qué no ordenar los papeles de prima Nanita? Acaso resulten interesante. La época, el ambiente, los personajes, la situación política tienen indiscutiblemente interés. Además, ello me sirve para matar el tiempo, ese tiempo que es tan corto para el placer y tan largo para el dolor.

Como nada me distrae, la labor es rápida. En cuanto me sea posible respetaré la forma y estilo de lo que constituirán los capítulos de mi narración.

Es prólogo o proemio una carta, fechada en Marsella y que firma Helena, sin apellido ni otra indicación de personalidad y dirigida a una próxima pariente de una de mis bisabuelas. Dice así:

"Inolvidable amiga: ni el tiempo, que vuela, ni las novedades de mi reciente matrimonio me han hecho olvidarte. Y ahora que tengo la felicidad que tanto te he envidiado siento el egoismo en tal forma que me hace descuidar las atenciones so -

1275

ciales que antes eran mi constante preocupación. ¡Soy dichosa querida amiga, y el temor de que mi suerte desaparezca o la tenga que compartir con otras gentes me han vuelto huraña e intratable!

Jean-Louis es el mejor de los maridos, o, al menos, tan bueno como el tuyo y tan gran caballero como tu esposo. Su ley es mi capricho y su dicha el verme contenta. Con nada podré pagarle su amor que le ha hecho desdeñar por mí un matrimonio mas ventajoso, su desinterés que ha demostrado no permitiendo que mi padre se sacrificase dandome una dote que le hace más falta a mi hermana Elisa.

No te cuento esto solo por alardear de venturosa, te lo digo para explicarte el por qué de esta carta y para que te formes idea del interés que me inspira lo que en nombre de mi marido y apelando a nuestra amistad de colegialas te pido.

Muy pronto recibirás una visita acaso un tanto extraña. Espero que tu claro talento y tu valentía en el pensar harán el resto.

Se trata de un jóven italiano a quien las circunstancias políticas de su pais lo traen y lo llevan de un lado para otro, como al Judio Errante. Es un perfecto caballero, un hombre cumplidísimo y, al decir de mi hermana Elisa, que le conoció la temporada que pasó con nosotros en Italia, es un muchacho encantador. ¿Verdad, mi linda vizcainita, que esas palabras en boca de una jóven en estado de merecer dan mucho que pensar? Pues aún es más sospechoso su viaje a España, tan a raiz del regreso de mi señora hermana.

El "signore" Silvio...espera de vosotros, porque mi marido y yo así se lo hemos prometido, un poco de calor de hogar. Yo, por mi parte, te ruego estés atenta a lo que entre Elisa y Silvio ocurra. Espero tus noticias y tus impresiones, porque no olvido que en el colegio todas te admirabamos por tu talento y por lo bien que escribías.

Jean-Louis os saluda y te ofrece sus respetos. Yo, con mis saludos para tu buen marido, te mando muchos, muchos besos , Helena'.

Marsella, ...de...18..."

"Helena queridísima: al fin rompiste el silencio y me proporcionas, con la felicidad de saber de tí, la suerte de poderte servir.

Antes que tu carta, ya Elisa me había dado a conocer la existencia del interesante caballero italiano. Sus palabras avivaron mi curiosidad.

Y ya que me tienes por literata procuraré proceder como tal, quitando a mis cartas el estilo epistolar y dándolas forma de

historia o acaso de novela, porque los personajes más parecen hijos de la fantasía que de la realidad.

La aparición del "signore" Silvio tuvo sus puntas y ribetes de teatrál.

Teníamos la casa llena de gente, de eso, que yo no sé por qué, ha de llamarse el gran mundo. Las relaciones políticas de mi marido, sus frecuentes viajes al extranjero, sus puestos diplomáticos y su conducta militar, son la razón de que nunca nos veamos solos y de que quienes nos honran con su visita encuentren siempre con nosotros militares, políticos de todos los partidos, embajadores o secretarios de los más distintos paises, y que con el castellano se oigan otros idiomas que hacen de mi salón una nueva torre de Babél.

Cuando el criado anunció a vuestro amigo, Elisa, mi marido y yo volvimos instintivamente la cabeza para ver entrar al visitante.

Francamente te confieso que ganó mi voluntad su apuesto continente. Su ondulada cabellera, su rostro pálido y varoníl, su barba cuidada y puntiaguda, sus ojos de tan varia expresión, su arrogante presencia, la elegante manera de vestir, la distinción de sus modales...

Vino a nosotros con la seguridad de quien sabe conducirse bien en todas partes. Besó mi mano con gesto de gran señor, saludó a tu hermana con timidez de enamorado y estrechó la mano de mi marido con cordialidad reveladora de espontánea simpatía.

En sus palabras, que parecen tener música y en las que un poco de acento dá el atractivo de lo exótico, se echan de ver cultura y distinción. Mi marido, cogiendole del brazo, fué a presentarle a varias personas, de las que bien pronto se adueñó.

Ya conoces, querida Helena, la pasión que siento por mi marido y lo poco que oculto este sentimiento, pues bien, al ver los juntos me parecieron hermanos y pensé que algo inexplicable los hacía semejantes. Esta idea se afirmó aún más al presenciar una escena, que aún no me he explicado y que fué del modo siguiente. Benito y Silvio hablaban animadamente cuando a un ademán de nuestro amigo mi marido abrió los brazos y se unieron ambos hombres en un estrechísimo abrazo, que se repitió enseguida y que hasta hubo de reiterarse nuevamente. Y lo extraño, amiga mia, es que aquél acto que debiera agradarme me entristeció, sin saber por qué. Al ver unidos a uno y otro tuve como un presentimiento trágico.

Y lo peor del caso es que todo esto ha despertado en mí dormidas aficiones y un desapoderado afán de escribir que saciará nuestra correspondencia.

·1277

Presumo que el porvenir nos reserva grandes sorpresas y emo ciones. De todo te iré dando cuenta.

Cordialmente tuya, Eulalia.

Madrid,...de...18..."

"Helena inolvidable: no encuentro remedio a tu curiosidad más que escribirndote casi unas memorias y si algo me detiene no es la falta de asuntos, porque estos sobran en España, sino el temor de acabar por aburrirte.

Elisa, que viene con frecuencia por casa, pasó ayer el día conmigo y Benito, que conoce el corazón femenino acaso con de masiada profundidad,al saber que iba a estar conmigo largas horas se las ingenió de manera que al poco tiempo Silvio se hallaba sentado a nuestra vera y con Benito charlaba de los más variados puntos. Oyendoles nos dábamos cuenta, no solo de los hechos que suceden sino de sus causas y fundamentos, de su trascendencia y hasta de sus consecuencias.

Parece increible que un extranjero se haya impuesto tan rápidamente de nuestras costumbres y que conozca tan a fondo per sonas y hechos.

Como él y mi marido son inseparables, Silvio está ya rela - cionado con la flor y nata de la sociedad madrileña. Del italiano se dice que es un enamorado que viene a olvidar desdé - nes, otros que es un gran amigo del rey de Napoles que le ha confiado una importante misión diplomática y no falta quien asegure que Silvio es un hombre peligrosísimo y a quien se de be perseguir por sus ideas disolventes e inmorales.

Nada más falso. Silvio es como Benito. Silvio es un gran co razón y un hombre de claro talento pero en quien la discreción es absoluta mientras la confianza no le dá motivos para ex presarse con franca claridad.

En la mesa, cuando el café, los licores, el tabaco y la ausencia de los criados dan lugar a las confidencias, Benito,no sé si para indignar o para consolar a Silvio le ha hablado de la dolorosa situación de España, del fanatismo del general Eguía, ese perseguidor implacable de los hombres más virtuosos y sanos, ese feroz partidario de la Inquisición, ese general absurdo y grotesco de quien los soldados se burlan apodandole "Coletilla" por su ridículo peinado de hace mil años.

Silvio escucha sin pestañear las palabras de mi marido y tam bien habla con amargo acento de su pobre patria y alude a lo que bien recientemente ha dicho el Secretario de Gobernación en nombre del rey Fernando VII,ante el Congreso, con ocasión de la entrada de los austriacos en Nápoles el 26 de Marzo que acaba de pasar: "S.M conoce cuan funesto es no solo para los pueblos, sino tambien para los principes mismos, el quebrantar

1279

con poca delicadeza sus palabras y juramentos, y por esta razón se complace en afirmar nuevamente por mi conducto, que cada vez está más resuelto a guardar y hacer guardar la Constitución con la que mira identificados su Trono y su Persona ". ¡Ya vé usted, Benito; -exclamó Silvio- qué distinta la situación en ambos paises! Allí un rey derrotado que tiene que abdicar en su sobrino el Principe de Carignan y huir al extranjero, una nación invadida por el enemigo, los patriotas desperdigados por tierras extrañas. En cambio aquí hay un rey que reconoce sus errores y los enmienda noblemente. ¿Qué importan los generales "Coletilla" si Fernando, "el Deseado", vuelve a ser esperanza gloriosa de su pueblo? España y su rey nada tienen que temer, el porvenir les reserva dias de ventura.

Por el rostro de mi marido, Helena de mi alma, se extiende la palidez y sus ojos brillan con furores insospechados.

-¡Por favor, Silvio; -exclama-, no siga usted en ese error! Hubiera preferido callar, pero no puedo. No puedo seguir sepultando en mi corazón todo el asco que me producen el rey y los que le rodean, la tristeza que me inspira España al tolerar un monarca malvado, unos nobles abyectos, un ejército cobarde después de tantos heroismos, un clero ignorante y una administración ladrona. Mi situación económica, mi posición social, respetos familiares entorpecen la libertad de mis pensamientos y de mi conducta, pero ante ustedes yo necesito desahogar mi conciencia. Quiero que Eulalia no acabe por despreciarme; que Elisa, más hermana que amiga, y que usted, Silvio, a quien tambien me unen lazos de fraternidad, conozcan la verdad de lo que en España ocurre, ya que las realidades son dificiles de conocer en estos tiempos en que tiranías, delaciones y mordazas se oponen a que se sepa lo que acaece en nuestra patria.

Benito, como transfigurado, y dirigiendose a Silvio, dijo:

-¿Usted sabe que Alvaro Flores-Estrada, el gran caballero asturiano, a quien no hace mucho hube de presentarlo, fué condenado a muerte porque una reunión de café le eligió presidente de la tertulia, cargo que no aceptó?

¿No le han dicho que al brigadier Moscoso se le pidió la pena de muerte porque cuando unos oficiales hablaban de la Constitución él permanecía callado?

Un sacerdote, don Juan Antonio Lopez, es acusado de haber aplaudido las ideas liberales en las galerías de las Cortes ; prueba don Juan Antonio la inexactitud del hecho y cuando el juez falla su libertad el rey Fernando decreta: "Que no se conformaba con que se le pusiera en libertad y que se le recluye

se en un convento por seis meses". Por análogo delito llega hasta las gradas del patíbulo un desventurado, el "Cojo de Málaga".

El sabio Antillón es arrancado de su lecho para llevarle, enfermo, a la cárcel de Zaragoza y en el tránsito muere el famoso geografo".

A Silvio se le ha contagiado la palidez de mi esposo y Elisa, con los ojos arrasados en lágrimas, pone una mano entre las del caballero napolitano.

-¿La bondad, el constitucionalismo del rey? -continúa Benito-. Cuando Cadiz protesta Fernando VII escribe de su puño y letra al gobernador Juan María Villavicencio, encargándole "que abata el orgullo de aquél pueblo díscolo y suavice su aspereza con la horca y el terror".

Son horrorosas las crueldades que se fraguan en el cuarto del Infante don Antonio Pascual, grosero, ignorante e inhumano o en la antecámara regia, en que dominan gentuza como Ugarte y el aguador "Chamorro".

Triste es la situación de Nápoles, pero no lo es menor la de una España donde las cárceles se llenan de hombres honrados, en la horca mueren patriotas dignísimos, se hacen negocios como los de los barcos que el embajador ruso Tattischeff nos vende en combinación criminal con el Soberano.

De propio intento les hablo a ustedes de años pasados y cuenten que no van más allá de 1814, porque si de la niñez y juventud de Fernando VII me ocupase la pintura sería mas odiosa y negra.

Abominable pais en que los ministros sean venales como don Pedro Macanaz, que por medio de su ama de llaves vende prebendas, empleos y dignidades, y el Rey hace los menesteres de un vulgar polizonte por motivos de personal venganza. En que los prelados son las personas más ignorantes y fanáticas; en que los jesuitas, restablecidos por Pio VII, entran como en plaza conquistada; en que la justicia, la Audiencia de Zaragoza, condena a muerte a don Juan Amézaga, primer caballerizo del Rey cuando era Principe de Asturias y estaba en Valencey, sin más razón que el temor de Fernando VII de que Amézaga, arteramente atraido a España pudiese revelar secretos del Monarca. Y el desventurado caballerizo, por huir de la horca, se degolló en la cárcel zaragozana con una navaja de afeitar.

¿Es acaso la nobleza napolitana más indigna que la de estos tiempos del Conde Montijo, tránsfuga de todas las ideas; del duque de Alagón, ese palatino que, como Godoy, debe a los pródigos dones de la naturaleza su favor en palacios reales y en las alcobas de los alcázares y que dilapida el Tesoro público só pretexto de encumbrar el Cuerpo de Guardias de que es capi

tán; que con el barón de Colly introduce harinas en la isla de Cuba para enriquecerse a costa de España; que en las audiencias públicas hace secretas señas al Rey para que éste sepa las opiniones políticas de los visitantes o el grado de virtud de las damas recibidas por el monarca?

¡Fernando "el deseado"? El deseado de la gentuza mas soez, de la aristocracia que a cambio de convites y dádivas conseguía pingües ventajas, como la moratoria de muchos años concedida al duque de Hijar para no pagar sus deudas; de la plebe cuartelera, de la frailocracia que recibe entusiasmada las visitas de Fernando VII cubierto de medallas, escapularios, reliquias y veneras. Por él, por el deseado, hubo en algún convento hasta sangrientas reyertas; el deseado de la Inquisición a la que rindiera el homenaje de su presencia.

Habrá, sin duda, crueles polizontes en Nápoles pero aquí hubo un ministro de Seguridad, don Pedro Martín de Echevarri, para quien cruel, déspota y adulador, una palabra régia, una sospecha, una sencilla antipatía eran motivo sobrado para cárceles, multas, destierros y persecuciones.

La prensa ha sido prohibida durante algún tiempo, así como las más inocentes diversiones.

-¿Pero, no ha habido nadie que se alzase contra tanta ignominia?, preguntó con arrebatado acento Silvio.

-Pasan de la decena, -contestó mi marido-. Fué la primera conspiración en 1814 para acabar con los generales Elío y La Bisbal, y esta intentona misteriosa la achacan unos a los masones, -y Benito se sonrió mirando a Silvio- y otros la ponen a la cuenta de la corte y camarilla de Fernando VII. La segunda intentona fué tambien en 1814 y en Cadiz para proclamar la Constitución de 1812 y restaurar en el trono a Carlos IV; la tercera conspiración, tercera tambien del año, fué la sublevación de Mina en Navarra, que, abortada, obligó a internarse en Francia al caudillo que con tanto valor peleara en los dias de la Independencia; la cuarta fué la inocente y absurda conspiración del Café de Levante en Madrid y en 1815. Todos y entre ellos varios afrancesados van a parar a presidio. La quinta conspiración fracasada es la de Porlier en La Coruña, y este infortunado héroe de la Independencia, que hizo famoso el mote de "el Marquesito" es ahorcado el año 1815 en que se frustró su generoso empeño. El año 1815 vé la sexta intentona, la conspiración de Richard...

-¿Hubo en todas lealtad en los propósitos?, interrumpe el napolitano.

-¿Quien lo sabe? Contesta Benito. Yo no me atrevería a certificar de leal, de liberal la septima conspiración, la del conde de Montijo en Granada, el año 1816. El "tio Pedro" del mo-

1282

tín de Aranjuez, el afrancesado en Bayona, el agitador de Cádiz, el absolutista de Daroca me inspira recelo aunque siendo capitán general de Andalucía organizara sublevaciones militares con la ayuda del Grande Oriente. El general Lacy, en cambio, fué un gran liberal, a quien se debe la octava conspiración en Cataluña y el año 1817. Aquello fué algo sério, pero la traición y el soborno frustraron la empresa y Lacy murió fusilado en Mallorca. El noveno complot es el de Torrijos en Alicante, en 1917, que la Inquisición castigó cruelmente.

-Terrible memoria tienes para tan tristes hechos, dice tu hermana Elisa, y Benito sigue:

-Son crueles recuerdos, muchos de ellos vividos por mí, a quien tantos, acaso vosotras mismas, considerais un hombre de mundo superficial e indiferente a todo, cuando en mi alma hay un volcán de pasiones y en mi cerebro un ideal de patria y humanidad.

Pero áun no se acaban los complots: el décimo es el intento de Polo, en Madrid, el año 1818, para devolver el trono a Carlos IV, propósito que acabó en muchas prisiones; la undécima conspiración fué la que encaminaba Vidál, el año 1819, en Valencia, contra el odioso Elío, que salva de milagro la vida y en que la horca y los fusilamientos y las cárceles no dan abasto. Por duodécima vez se atenta...iba a decir contra el régimen cuando era lo contrario, se atenta, rectifico, contra la libertad, y es La Bisbal, el falso La Bisbal que en 1814 al ir a felicitar a Fernando VII por su vuelta a España lleva dos discursos: uno liberal y otro absolutista para obrar según las circunstancias. Este personaje, el año 1819, conspira en Cadiz y subitamente arresta a los conspiradores, lo que le vale la Gran Cruz de Carlos III; la decimatercera conspiración es tambien mentira, porque ordenes falsas ponen sobre las armas a las milicias gallegas y ello dá lugar a represalias y persecuciones. Ya vé usted, Silvio, como no todo ha sido sumisión y cobardía.

Una inesperada visita interrumpe la interesante conversación y al despedirse Silvio mi marido le invita para que cene con nosotros al dia siguiente y nos acompañe al teatro.

Entre los cuatro: Silvio y tu hermana y mi marido y yo, parece haberse anudado un nuevo lazo y ello lo dicen bien claramente nuestros ojos al mirarnos y nuestras manos cuando se estrechan. Silvio no me besa la diestra sino que la oprime con incontenida emoción. En cambio, al marcharse, Elisa le acompaña hasta la antesala y cuando vuelve su rostro está rojo como una amapola y al mirarla yo se me abraza llorando conmovida y dichosa. El beso que no recibió mi mano acaso se haya estampado en los labios de la bella Elisa, pero no te alarmes, Elena,

como no me alarmaría yo si en vez de ser tu hermana fuese mi hija.

Cordialmente tuya, Eulalia.

Madrid,...de...18...".

En el paquete de la prima Nanita hay un libro, lindamente encuadernado y escrito en letra fina y aristocrática. Son las memorias de Eulalia y de ellas transcribo, para el buen orden de la narración, algunos interesantes párrafos aunque no reproduzca literalmente su contenido, omitiendo cosas que en nada se relacionan con la figura gentil y enigmática del caballero napolitano y la prócer y generosa de mi bisabuelo Benito.

Antonio DE LEZAMA.

1284

Elvira

DRAMA

Al levantarse el telón aparecerá un rincón del parque de la finca de recreo del escritor Aurelio Romero. Al fondo el hotel -si el escenario es grande, si no recomiendo al escenógrafo haga un rompimiento de árboles frondosos de modo que en un forillo, pudieramos decir, se adivine la fachada del hotel-. Conviene simular una avenida que termine en la casa. Puede muy bien ser una pequeña plazoleta con bancos de piedra, estatuas, siempre dando la sensación de un jardin de grandes árboles de sombra húmeda y perfumada propicia de la dulce placided de lo romántico. Aure-

lio Romero sentado en una butaca plegable escribe sobre una mesa del mismo estilo y cerca de él su mujer, Elvira, lee una novela. Al alzarse el telón habrá un silencio. Aurelio escribe con ritmo acelerado como cuando faltan las últimas lineas ya pensadas y la mano corre para anticipar el final del trabajo.

AURELIO.- !Bah! Se acabó... Creo que gustará, si no !qué le vamos a hacer! tengo la tranquilidad de conciencia de que a mi me gusta, de soy sincero.

ELVIRA. - ¿Le has dado el final que me dijiste anoche?

AURELIO.- Si. Solo que al caer el telón en vez de hacerle hacer mutis, Pablo queda llorando desesperadamente, vencido, roto, destrozando, sobre su mesa de trabajo...

ELVIRA. - Me gusta mas... Ademas es mas teatral; al público, sobre todo al público femenino, le gusta y se les hace simpáticos los hombres cuando lloran como niños por un mal de amor.

AURELIO.- Por eso lo he hecho. El dejar llorando detras de un telón a un hombre que se ha visto vivir y sufrir durante dos horas deja siempre la impresión de que ese desgraciado seguirá llorando eternamente. Y como dices bien, a las mujeres les hace reaccionar siempre con una alegría un tanto sádica.

ELVIRA. - Es una reacción de revancha, váyase por aquello de que casi siempre las que lloran con mas frecuencia somos nosotras.

AURELIO.- Porque sois más fáciles a las lágrimas, estais mas entrenadas.

ELVIRA. - Quizás tengas razón, conviene estar entrenada porque la mayoría de las veces, rara es la mujer que no pasa por una época de lágrimas amargas. Y siempre vosotros los causantes. Confiesa que tengo razón.

AURELIO.- Supongo que estás hablando en representa-

ción de tu sexo y no por cuenta propia.

ELVIRA. - Desde luego. Estoy por derramar una lágrima por tu culpa como no sea de felicidad.

AURELIO.- !Ah, vamos! Menos mal. Además tu sabes muy bien que yo doy siempre la razón a las mujeres, lo mismo en mi obra que en la vida. Soy de los que creen que los hombres tienen la culpa de todo...

ELVIRA.- Asi tienes tu de admiradoras.

AURELIO.- Con tenerte a ti me basta.

ELVIRA. - Eso ya lo sabes tu.

AURELIO.- Por eso soy feliz a tu lado. Si gusta esta comedia te prometo hacer un viaje...aquel que proyectamos y no pudimos realizar por causa de mi ciatica.¿Recuerdas?

ELVIRA. - Lo importante es que tengas exito...y de eso estoy segura...¿Dónde piensas estrenarla? ¿En Madrid?

AURELIO.- Estoy dudando. Podría hacerlo en Madrid dentro de mes y medio, cuando empiece la temporada de invierno, pero Rafael quiere llevarsela a Buenos Aires y me ha pedido la comedia con mucho interés para estrenarla allí.

ELVIRA. - Por fin Rafael se va a América.

AURELIO.- Eso proyecta.

ELVIRA. - Me parece mal. Debías aconsejarle que no es el momento, creo yo, llegar en pleno verano... no veo la razón.

AURELIO.- Ya se lo he dicho... pero, insiste,confía en su nombre, en las simpatías que allí tiene para llenar el teatro.

ELVIRA. - El sabrá... sus motivos tendrá... Tu te expones a hacer fracasar tu comedia. Además ¿qué vas a estrenar en la temporada de Madrid?

AURELIO.- Me pondré a terminar enseguida el drama ese que tanto te gusta:"Para siempre"... lo tengo muy pensado y puedo terminarlo

rápidamente.(Pausa)

ELVIRA. - ¿Y cuándo se le ha ocurrido a Rafael el emprender ese viaje a América?

AURELIO.- Hasta ayer no se ha decidido. Por lo visto antes de anoche habló por teléfono con su representante y ésta debe de ser la causa.

ELVIRA. - ¿No será cosa de Cármen?

AURELIO.- No creo, puesto que al parecer ella no piensa acompañarle... parece ser que de salud no marcha bien.

ELVIRA. - ¡Ah! Pues su aspecto parece inmejorable.

AURELIO.- Ya sabes como es... Dice que el viaje, a causa del mareo le hace sufrir tanto que no le compensa...

ELVIRA. - Verdaderamente Rafael merece una mujer mejor. La belleza no es todo.

AURELIO.- Es una chica excelente, lo que pasa es que no está enamorada.

ELVIRA. - Entonces ¿por qué vive con él?

AURELIO.- Vete a saber.

ELVIRA. - Estoy segura que pretende casarse... y lo conseguirá.

AURELIO.- Tampoco creo... ¿Quieres que te diga mi opinión?... no creo que Rafael este enamorado de Cármen.

ELVIRA. - ¿Tu crees?

AURELIO.- Me da esa impresión.

ELVIRA. - Las cosas de la vida entre esta gente del teatro, francamente, no me las explico.Me da la sensación de que la ficción le llevan hasta la calle. Siguen haciendo teatro en su casa, en la de los amigos,ellos hasta cuando se afeitan, ellas hasta cuando dicen que quieren.

AURELIO.- Si les quitases todos esos defectos quizá perdieran todo su interés... Hay que tomarlos como son.

ELVIRA. - En eso llevas razón. Lo ven todo a traves

de su profesión. Como aquel cuento del ganadero que veía todo a traves de las ovejas: tenía ante sus ojos un paisaje maravilloso y pensaba: ¡Qué bien estarían aquí pastando mis ovejas!... Entraba en casa de un amigo y calculaba la cantidad de ovejas que podía cobijar en ella. Veía un magnífico automovil y automáticamente pensaba: En este coche podría transportar ocho ovejas... y así en la vida todo era aplicable a sus animales... Igualmente, para los actores todo es motivo para un truco, para una escena teatral.

AURELIO.- El caso de Rafael es distinto. Tu ya ves como, además de su trabajo, tiene otras inquietudes espirituales. Es culto; en literatura -sobre todo la moderna- conozco pocos que puedan igualarle, tiene una sensibilidad finísima para la pintura y para la música unas dotes privilegiadas. Es humano, bondadoso, ha pasado varios años viviendo por Europa y conoce a fondo los defectos y las virtudes del mundo. Es actor por un imperativo de su propio talento. Nació actor y tarde o temprano tenía que serlo. Asi como el hombre que tiene algo que decir no puede ocultarlo, él tenía que dar música a las palabras de los genios. Dios sería injusto sino diese al mundo hombres que repitieran -como ellos lo soñaron- el acento de Shakespeare, Calderon, Goethe.. Hay actores que nacieron para el grito, la imprecación y el lamento de las grandes tragedias; otros para llenar de amor los teatros del mundo. Rafael sirve para las dos cosas...

ELVIRA. - Como galán apasionado, para "decir amores" -como decis en vuestra jerga teatral- es lo mejor que he visto.

AURELIO.- Sobre su intuición maravillosa lleva su talento y su conocer la vida que le hace percibir el matiz mas sutil, el recurso mas puro para engrandecer una escena.

ELVIRA. - ¡Es lástima que no podamos admirarle este

invierno!

AURELIO.- Intentaré hacerle cambiar de idea.

ELVIRA. - ¿Dónde se mete? No le he visto en toda la mañana

AURELIO.- Salió temprano;... estará por la orilla del rio que es su paseo favorito. Está estudiando el "Romeo" y "El emperador Jones" de O'Neill, que piensa montarlos con una concepción nueva en la plástica, y que si logra realizarlo tal como es su idea dará que hablar... estoy seguro.

ELVIRA. - Sin embargo hoy se retrasa, otros dias a estas horas ya estaba aquí... en su pequeña tertulia.

AURELIO.- Ya vendrá, no puede tardar... (Pausa) Decididamente ¿qué título te gusta más, "Crepúsculo" o "Despues"? Lo tengo que decidir hoy mismo. A mi me gustan los dos por igual, espero tu opinión para ponerle el que sea más de tu agrado.

ELVIRA. - Yo sigo creyendo que "Crepúsculo" responde más al estado de alma de los protagonistas.

AURELIO.- Pues entonces no lo pensemos más. (Escribiendo) "Crepusculo. A Elvira, siempre igual"

ELVIRA. - ¿Qué es eso?

AURELIO.- Que te dedico "Crepúsculo". A mi parecer, la mejor comedia de cuantas he escrito.

ELVIRA. - (Emocionada va hacia él y le besa tiernamente). ¡Aurelio! Siempre igual, si; siempre igual. Yo te juro que nunca te arrepentirás de esta dedicatoria que me llena de orgullo (Transición) Ahí llega Rafael con su italiano y su negro en la mano.

(Al fondo del jardín se ve avanzar a Rafael. Treinta y cinco años, en la mano llevará unos papeles, las copias de las obras citadas anteriormente)

RAFAEL. - ¿No estorbo?

AURELIO.- Nunca.

ELVIRA. - Le estaba dando las gracias, sabrá que me ha dedicado la obra que acaba de terminar

RAFAEL. - Lo que le faltaba a la comedia para ser una de las mejores obras de teatro de nuestro tiempo.

AURELIO.- Bueno, bueno... vamos a dejarlo... no vaya a ser que luego el público diga lo contrario.

RAFAEL. - Aunque por el momento así fuese no pasaría mucho tiempo sin que fuese a formar parte de entre las primeras obras maestras

ELVIRA. - Tanto le va a decir usted que tendrá que suprimir la dedicatoria.

RAFAEL. - ¿Por qué, Elvira?

ELVIRA. - Porque mi insignificancia no guardará proporción con la obra.

AURELIO.- Vamos, vamos, Elvira no seas modesta. Para mi eres lo mas admirable de la tierra.

RAFAEL. - Lo dice persona autorizada.

ELVIRA. - Bueno... pues!qué le vamos a hacer!

AURELIO.-(Jovial) No hay mas remedio.

RAFAEL. - (Igualmente) Resignarse. (Rien)

AURELIO.- ¿Cómo se ha dado el paseo? ¿Se ha estudiado mucho?

RAFAEL. - Bastante. Me ha ocurrido una cosa muy graciosa. Leyendo en voz alta "El emperador Jones" sin darme cuenta repetía el papel como si estuviese en escena. La espesura del bosque en la orilla del rio llegó a ponerme tan en situación que me parecía oir el tam-tam alucinante de las tribus haciendome el cerco. Hubo un momento en que grité desesperado el horror del emperador fugitivo y me hicieron volver a la realidad tres muchachas lavanderas que salieron corriendo gritando espantadas:!Un loco! !un loco!

ELVIRA. - ¿Es posible?

AURELIO.- Es graciosísimo.

RAFAEL. - Lo que oyen. Les grité haciendoles ver mi cordura y cuando mayores eran mis gritos más las espantaba. Opté por volver tranquilamente... y aquí me tienen.

AURELIO.- Lo cual quiere decir que cuando lo hagas sobre la escena tendrás el triunfo, del que estoy seguro.

RAFAEL. - Ya veremos.(Transición) Bueno, de manera que la comedia está terminada ¿no?

AURELIO.- Está

RAFAEL. - ¿Título?

AURELIO.- "Crepusculo"

RAFAEL. - ¿Por fin?

AURELIO.- Si, Elvira es la que ha decidido.

RAFAEL. - Me alegro haber coincidido, a mi tambien me gusta más... Y ahora que todo está terminado,!venga la comedia!

AURELIO.- ¿No tienes confianza?

RAFAEL. - No, no, Romero, las cosas en fresco... que a lo mejor se vuelve usted atrás.

AURELIO.- (Riendo) Eres un desconfiado. Debiera de castigarte por esa desconfianza.

ELVIRA. - !Ay! !ay! Como que estoy por creer que su visita a este retiro lleva sus miras...

RAFAEL.- !Eso nunca!.. No, Elvira, eso ni el broma. La idea de que esa broma pudiera llevar un ápice de creencia en ustedes de que yo he venido a verles con otra intención que no sea la de pasar unos días deliciosos en su compañía me haría renunciar a esa obra de la que tanto espero.

ELVIRA. - No lo tome usted tan en serio...

AURELIO.- Es una broma, Rafael.

ELVIRA. - Claro está que si los dias que pasa junto a nosotros son para él deliciosos, no se por qué ese afan por abandonarnos.

RAFAEL. - !Elvira! !Elvira! no séa usted tan mala. ¿Verdad Aurelio que no es ninguna locura..? Los teatros de Madrid han formado todos su

compañía. Para actuar yo tendría que recurrir a una sala de segundo órden, pero yo no puedo hacerlo.

AURELIO.- Eso desde luego. Lleva razón.

ELVIRA. - Me callo, no diré una palabra más. Ustedes saben mas que yo de estas cosas.

AURELIO.- Sobre todo Rafael que lleva fama de conocedor.

RAFAEL. - No lo hago por gusto. Es necesario. No saben ustedes lo que me agradaría -y la prueba es que ya se lo he propuesto a Aurelio - que viniesen conmigo...

AURELIO.- Eso no puede ser. Ya te dije que en la "tournée" siguiente iría sin falta... Te di mi palabra de honor.

RAFAEL. - Será un viaje apoteósico... (Transición) Bueno, y ahora que ya estamos aquí solos ¿por qué no nos lee usted el final que desconocemos?

AURELIO.- No tengo inconveniente, con la condición de que me dejeis ir a pasar a máquina las dos últimas cuartillas. Tengo una escritura tan pésima que ni yo mismo soy capaz de leerla sin tropiezos.

RAFAEL. - Por mi parte espero encantado.

ELVIRA. - Si quieres, Aurelio, lo hago yo.

AURELIO.- No, serías incapaz de descifrarlo. Estoy seguro. Iré yo. Es cuestión de unos minutos (Marcha hacia la casa)

ELVIRA. - Como quieras.

(Hay un silencio embarazoso. Cuando Aurelio entra en la casa habla Elvira)

¿Por fín te vas?

RAFAEL. - (Se acerca a ella impulsivo) !Elvira no pue...! (Ella le detiene con el gesto)

ELVIRA. - Rafael, !te lo suplico! No te acerques... Nos pueden ver...

RAFAEL. - Una palabra tuya y estaré siempre a tu la

do.

ELVIRA. - No. Es mejor, mas honrado que te marches, aunque yo me quede aquí destrozado el corazón y tu nombre durmiendo en mis labios

RAFAEL. - ¿Tu me quieres, Elvira?

ELVIRA. - ¿Por qué me lo preguntas?

RAFAEL.- Porque quiero oirlo de tus labios.

ELVIRA. - (Bajando la voz) !Te quiero!

RAFAEL. - !Amor de mi vida! (Vuelve a intentar acercarse)

ELVIRA. - Sepárate, Rafael. Por todas partes me parece ver tu mirada que me espia. Es tanto lo que te quiero que siento que mi amor se refleja en mi cara...

RAFAEL. - El mio, por no gritarlo a los cuatro vientos me anega el corazón y me destroza el alma.

ELVIRA. - !Qué tarde llegaste a mi vida! !Mi vida que parece estar hecha para haber ido siempre unida a la tuya!

RAFAEL. - Estamos a tiempo, Elvira... una palabra tuya y...

ELVIRA. - Un drama que ni tu ni yo debemos iniciar.

RAFAEL. - !Te quiero! !Te adoro, Elvira!...

ELVIRA. - !Y yo a ti, Rafael!... pero...

RAFAEL. - Déjame que te diga

ELVIRA. - Ten calma... ¿no ves que muero por no poderte decir tantas cosas?

RAFAEL. - Permiteme que me acerque, aunque nos vean nadie podrá sospechar nada... pero, déjame que sienta el perfume de tu piel; que roce la mía el soplo de tu aliento.

ELVIRA. - Aurelio está para volver.

RAFAEL.- Necesito hablar contigo a solas. No podré marcharme sin haberlo hecho.

ELVIRA. - Tendrás que marcharte.

RAFAEL. - Es como una sentencia de muerte,

ELVIRA. - El decirtelo es como ordenar la mía.

RAFAEL.- Déjame quererte (Intenta estrechar su mano)

ELVIRA. - !Por favor!

RAFAEL. - Antes de irme es necesario que hablemos a solas. ¿Dónde?

ELVIRA. - (Piensa unos instantes) Aurelio se retira temprano a su habitación... yo acostumbro a hacerlo después que él, muchas noches salgo a pasear por el jardin, por lo tanto aunque se enterase de que lo haga esta noche no se extrañaría... A las once te espero en este mismo sitio.

RAFAEL. - Se me va a hacer el día interminable.

ELVIRA. - A mí el día... y el resto de mi vida...

(Aurelio aparece por el fondo y avanza hacia ellos)

RAFAEL. - (Poniendose en pie) A las once.

ELVIRA. - A las once.

RAFAEL. - (A Aurelio) ¿Ya está?

AURELIO.- Ya está

RAFAEL. - Pues venga esa lectura.

ELVIRA. - (Levantandose) ¿Dónde te quieres sentar, Aurelio?

AURELIO.- Aqui mismo (Señala el lugar que ha ocupado anteriormente. Se sientan los tres. Aurelio se prepara a leer) ¿Vamos allá?

RAFAEL. - Cuando usted quiera.

AURELIO.- (Leyendo) Al levantarse el telón aparece un jardin shakespiriano. La luna ha pintado de azul cuanto mira; suspira el aire entre las hojas; se encienden en su fiebre las luciernagas y la fuente susurra su pasión de cristal estremecido. La noche y el jardin piden a voces dos amantes Han acudido temblorosos de amor, como dos lirios que se abren en la noche... Un ruiseñor canta en la enramada para acallar el

ruido de los besos...

(Al llegar donde dice :La noche y el jardin... la luz irá bajando lentamente y a su vez la voz irá igualmente bajando de tono. Al decir: Un ruiseñor... se hará casi el oscuro completo y se oirá el canto de dicho pájaro. Unos instantes de oscuro absoluto y lentamente aparecerá la misma decoración bañada por la luna. Se oye el canto del ruiseñor y el fondo musical de la brisa. La escena vacía de gente. Los muebles plegables del jardín han desaparecido. Por entre los árboles viene Elvira. Por el primer término de la derecha del espectador, Rafael sale a su encuentro. Al llegar al centro de la escena se reunen y se abrazan amorosamente).

RAFAEL. - !Al fin has venido!

ELVIRA.- Son las once en punto.

RAFAEL. - Me adelanté impaciente unos instantes, y ya me parecía que llevaba entre estos árboles lo que llevo de vida.

ELVIRA. - Los pies de mi pensamiento me estaban trayendo hacia aquí desde el último segundo en que nos vimos.

RAFAEL. - !Qué noche prodigiosa! La primera pasada a solas junto a tí !tan cerca!, que no sé si perfumas a la noche o es ella la que te presta su perfume.(Canta el ruiseñor)

ELVIRA. - Y yo no se si canta el ruiseñor o es tu voz la que armoniza el aire.

RAFAEL. - Te canta el ruiseñor y yo quisiera ser gorjeo de esa garganta encendida.

ELVIRA. - !Rafael!

RAFAEL. - !Elvira! !Elvira! !Elvira! Tu nombre al repetirlo me endulza la sangre y me mece en el viento.

ELVIRA. - Quisiera en esta noche encontrar las palabras mas tiernas que se dicen los amantes

RAFAEL. - Solo hay una.

ELVIRA.- !Rafael!

RAFAEL.- !Amor!...

ELVIRA.- !Mio! !Amor mío!

RAFAEL.- !Amor mío! (Se besan) !Eres hermosa como un paisaje! !Tu hermosura: como un sol entre celajes! !Como un ave soñando un sueño de arboledas, siento tu corazón aquí, palpitar junto al mío!... Ven aquí, a la raiz del arbol; tan cerca de la tierra que seamos como dos cosas de ella sin poder separarse.

ELVIRA.- Por favor, Rafael... hay palabras que no deben oirse. (Durante estas últimas palabras de Elvira, Rafael la ha llevado hasta sentarse en el macizo apoyados contra el tronco de un gran árbol) Esa última palabra salida de tus labios te envenena la voz para matarme.

RAFAEL.- Si tu quieres Elvira borraremos del mundo esa palabra.

ELVIRA.- ¿Qué quieres decir?

RAFAEL.- Que iremos siempre juntos, con una misma sombra.

ELVIRA.- ¿Cómo hacer?

RAFAEL.- Huyendo

ELVIRA.- (Reflexiva) Como es injusto la muerte de un niño. Como es injusto no dejar a dos cuerpos que se amen. Como es injusto derribar un árbol, así de injusto es el separarnos... Pero hemos de separarnos... Como se mueren los niños; como se castiga a los cuerpos; como se derriban los árboles frondosos ... hemos de separarnos.

RAFAEL.-¿Qué dices, Elvira?

ELVIRA.- Que mañana te irás... Te veré perder en la curva del camino y será como el volver la página mas turbadora del libro preferido.

RAFAEL.- Te dije que una palabra tuya y estaré siempre a tu lado. Dila.

ELVIRA.- (Como un sollozo) !Vete!

RAFAEL.--¿Qué dices?

ELVIRA.- Que has llegado a mi vida seis años retrasado.

RAFAEL.- No entiendo, Elvira.¿Por qué entonces me hiciste entrever el Paraiso?

ELVIRA.- Porque me era necesario para seguir viviendo. Tenía que verte, tenía que oir tu voz, tenía que hablarte, tenía que saber el saber el sabor de tu boca... Tenía que venir hacia ti, porque ya soy como una piedra cayendo en un barranco.

RAFAEL.- Pero yo en el fondo de ese barranco para recogerte amorosamente en mis brazos.

ELVIRA.- A la mitad de esa caida árboles espesos de sensatez me han detenido.

RAFAEL.- El mundo tiene caminos y rincones de amor, y distancias para el olvido.

ELVIRA.- La distancia hemos de ponerla entre nosotros para hacer seguir dignamente su camino a nuestras vidas, Rafael.

RAFAEL.- Yo solo se Elvira que te quiero por encima de la dignidad y las conciencias.

ELVIRA.- Ni tu ni yo podemos dejarnos arrollar por esta ola.

RAFAEL.- Es la ola del amor.

ELVIRA.- Seremos como rocas, fuertes al amargor del agua.

RAFAEL.- Olvidate de todo para pensar en nosotros. Yo me quedaré aquí, te veré dende sea, como sea, disimulando, a escondidas, fingiendo.!Qué gran actor voy a ser, Elvira!... Pero déjame a tu lado, déjame hablarte,decirte que te quiero, que te amo, que te adoro...

ELVIRA.- No, no, Rafael, no. Nos espera un amor con todo lo desagradable del adulterio. Ni tu ni yo podemos servir para un amor a escondidas, con una amenaza constante detras de cada puerta, siempre con control de nuestras palabras, sin libertad para escoger el momento para poder decirnos:!te quiero!.El

techo que me cubra no será jamás el tuyo, tu pondrías los labios sobre la huella dejada por otros y yo sentiría la vergüenza de esos dos besos compartidos. Sería la mentira Rafael ¿te das cuenta?

RAFAEL.- Si. Pero el no verte es el dolor mas grande

ELVIRA.- Y el vernos, y el amarnos, es la burla, el escarnio, la traición, la ingratitud, la vergüenza...

RAFAEL.- Yo he pensado, desde el día que sentí tu cariño, saltar, saltar sobre las vallas de todos los prejuicios valientemente, de cara a los hechos. Exponer mi vida si fuera preciso.

ELVIRA.- Diciendoselo a Aurelio ¿no?

RAFAEL.- Diciendoselo.

ELVIRA.- De veras, Rafael ¿tu crees que Aurelio merece ese tormento? Tu sabes lo que él ha sido para mi y lo que yo represento en su vida. El me quiere apasionadamente; es para mi un padre, un hermano, el amigo mas fiel. El me ha ofrecido una posición, un nombre, que él ha sabido hacer ilustre; me ha hecho formar parte en el mundo privilegiado en que vive. Al mismo tiempo yo soy como una madre, como un brazo fuerte que le sujeta para no caer cuando su caracter de hombre superior es arrollado por mil matices producidos por su sensibilidad en carne viva. Le quiero tierna, fraternalmente, le admiro, le respeto.

RAFAEL.- Calla, calla Elvira... Como un arma de metal purísimo, siento que vas abriendo mi carne buscando el corazón que presiente su fin.

ELVIRA.- Yo no amo a Aurelio... No le amo con ese amor de fuente clara, con este amor de rayo de sol apasionado. Con este amor de Rafael !que es tu nombre! !que eres tu!

RAFAEL.- El único, el solo, el verdadero.

ELVIRA.- Hay un mundo, una moral, un sentido del deber que piden sacrificio, renunciación su-

frimiento. Y como le quiero con esa ternura que dejan seis años de una vida en común, limpia, noble, recta, todas estas virtudes me piden un sacrificio, una renunciación a mi deseo... y he de hacerlo. (Rafael, sin saber que contestar queda en silencio. Apoya su cabeza sobre el tronco del árbol y queda pensativo. Canta el ruiseñor inundando el jardin con su voz de sangre enfebrecida) ¿Que piensas, Rafael?

RAFAEL.- Que como Schubert ponía su música en a los "lieds" amorosos de Goethe, el ruiseñor pone su música a esta tristísima canción renunciadora que me destroza el alma.

ELVIRA.- No podrá nunca volver a oir cantar al ruiseñor sin que su canto ponga un dogal en mi garganta. (Rompe a llorar desgarradoramente, pero reconcentradamente, sollozando sin exageración)

RAFAEL.- No llores, Elvira... ¿Me escuchas? No llores. Tu bondad, tu sacrificio solo pueden hacerme amarte con mas fuerza. Sería un ser despreciable si no fuese capaz de intentar imitarte en tu nobleza.

ELVIRA.- !Que tristeza siento, Rafael!...¿Te vas, verdad?

RAFAEL.- Tu tienes la palabra.

ELVIRA.- ¿Por qué me impones el castigo de decirtelo?

RAFAEL.- Para que mis oidos escuchen tu grandeza

ELVIRA.- (Radiante de amor desgarrado) !Rafael! !amor mío! Te irás... pronto, cuanto antes;te irás dejando una estela de sacrificio;te irás hacia el olvido... Miraré al lugar del camino último a mis miradas... y no te veré marchar cegada por mis lágrimas. Te habrás marchado y mi amor te reconstruirá hermoso como esta noche, para tenerte siempre a mi lado.

(Vuelve a cantar el ruiseñor)

RAFAEL.- Me pusiste a las puertas del paraiso siendo al mismo tiempo serpiente y angel.Tu virtud

como una espada flamígera me arroja a su vez de tu lado... !tu! !mi paraiso!

ELVIRA.- !Calla!

RAFAEL.- Pero déjame, en esta única noche mirar la oscura sombra de tu pelo y el blancor perfumado de tu piel de amaranto !Déjame escuchar tu voz iluminada! !Amárgame los labios con el agua manantial de tus ojos! (La besa los ojos y ella se deja, abandonada. Canta el ruiseñor de nuevo) Por un milagro ha hecho Dios que todos los ruiseñores canten igual, asi yo, cuando escuche allá lejos un idéntico cántico, te tendré tan a mi lado que ni la separación podrá hacerme olvidarte.

ELVIRA.- Calla !amor! que siento irseme la vida tras ese canto.

(Vuelve a cantar el ruiseñor)

RAFAEL.- Escucha.

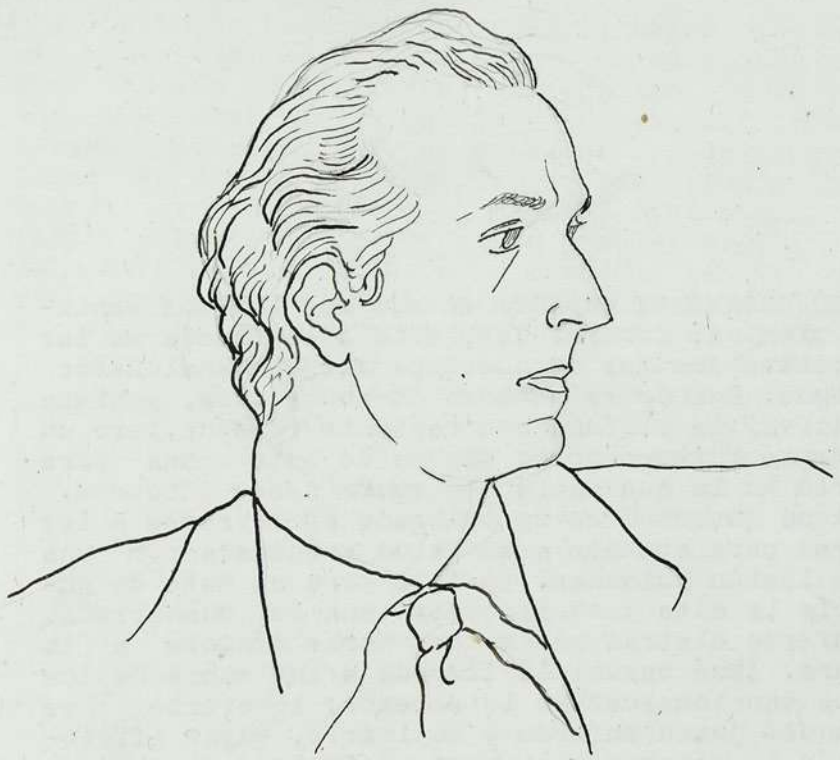
ELVIRA.- Nos estará mirando, y es posible que sea su forma de llorar ese trino incomparable.

TELON LENTO

FIN DEL PRIMER ACTO.

1301

ANTONIO APARICIO



Rafael Alberti

(FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA)

1302

PROFUNDAMENTE español en sus más intimos sentimientos, Alberti despierta a la Poesía por las venerables fuentes de nuestros viejos cancioneros anónimos. Cuando es un mozo de pocos años, empieza a cultivar la pintura con bastante fortuna, pero un accidente inesperado lo aparta de esta senda para ponerlo en la que había de seguir desde entonces. En plena juventud se ve obligado a retirarse a las sierras para atender a su salud amenazada por una grave lesión pulmonar. En la sierra de Rute de Andalucía la alta y en la castellana del Guadarrama, el enfermo distrae sus muchas horas dándose a la lectura. ¿Fué casual la llegada a sus manos de los viejos cancioneros? No lo sabemos; lo cierto es que aquel joven enfermo y solitario, cuyas aficiones aún no estaban claramente definidas se abraza con verdadera pasión al tesoro que se le ofrece y hace de aquellos volumenes los cimientos de su futura carrera literaria. Aquella poesía pura como la escarcha, aquellas voces húmedas de los siglos XV y XVI, olvidada durante varias centurias, tiene el supremo poder de arrastrar tras ella al solitario lector que acaba por adentrarse a ciegas por aquel mundo para salir con el alma temblorosa de canciones y los ojos cargados de paisajes. ¿Dónde sentir mas hondamente una poesía tan castellana y popular, tan antigua y tan eternamente viva que entre las verdes soledades de las sierras? Alberti se entrega con todo ardor a aquella visión celestial que se le aparece y fruto de aquellas lecturas y de aquellas soledades llovidas de

CANCIONEROS PRIMITIVOS.

rocío fué su primer libro "Marinero en tierra".

Al lado de la perenne influencia de los cancioneros anónimos y del romancero hay que registrar la de poetas señaladísimos: la de Góngora, la de Lope, la de Gil Vicente, la de Bécquer más tarde y la de Juan Ramón en nuestros días.

Al calor de los concioneros primitivos nace la poesía albertiana hecha flor tierna de campesino aroma. Pura canción de la tierra, son popular, sin otra cultura emocional que la que la copla lleva indefectiblemente consigo. Asi, el primer libro de Alberti tiene las mismas resonancias que las primeras cancioncillas que florecen en nuestra literatura. Más tarde, Alberti se acerca a los grandes clásicos y a su sombra monumental bebe la savia de la alta poesía universal, de poseía mayor. Góngora, por los años 1926-27 fascina a los nuevos poetas españoles que se disponen a reivindicar la memoria del glorioso cordobés. En Alberti la influencia gongorina es fácil de percibir. Hay todo un libro en cuyas hojas se clarea la imagen del autor del Polifemo. Este libro es "Cal y Canto" tercero de la obra albertiana y publicado en 1927, es decir, cuando al cumplirse el tricentenario de la muerte de D. Luis de Góngora, la nueva poesía española se descubre ante él para declararlo maestro inigualado. El genio sin par de aquel sabio renovador que en pleno siglo de oro, cuando lucen las más cautivadoras estrellas de un cielo abierto a lo universal, dicta una estética revolucionaria sin importarle nada el desprecio de unos o la manifiesta hostilidad de otros, como la de Lope, fatalmente había de resultar después de varios siglos de terca incapacidad de comprensión, dios y maestro de una generación descontenta de lo que le rodea y con valor y fuerza suficientes para imponersele. En todos los poetas de la generación a que me refiero es más o menos perceptible la influencia gongorina, pero es precisamente en Alberti donde se destaca más firmemente. Asi, encontramos en el libro "Cal y Canto" versos de un innegable culto a la poética de Góngora:

GÓNGORA

> Náutico el silvo de mi flauta, vira,
> golfo rubí en tu nieve persiguiendo,
> nivelando la lámina zafira.

O cuando estático ante el mar canta con acento sali

lino:

Náyades segadoras y tritones,
con la guadaña de la media luna
siegan las colas de los tiburones.

se nota que las espumas tienen un verde sabor culterano que las hace amargas y atrayente. Y cuando entona en homenaje a D.Luis de Góngora con una paráfrasis incompleta a la tercera soledad gongorina, el culto se hace sumisión rendida a las formas y decires culteranos llegando a dominar de tal manera el estilo que sería empresa difícil establecer diferencias totales entre el texto original y la imitación devota.

Anteriormente a la influencia de Góngora se nota tambien, aunque en menor intensidad pero con más constancia en el tiempo, la de Gil Vicente, el gran lírico portugues del siglo XVI. Gil Vicente va en toda la primera parte de la poesía albertiana, en aquellas canciones marineras o de tierra adentro que sacaron el nombre de Rafael Alberti del anonimato para pasarlo a primera línea de nuestra lírica. Y de tan honda raiz es la influencia de este cantor lusitano, que al cabo de diez años, cuando emocionado ante la gesta de los trabajadores asturianos en octubre del treinta y cuatro, Alberti canta la gesta de los mineros, vibra en todos sus versos un aire de ligera poesía popular que recoge, entre otras fuentes, de la del gran portugues. Recordamos algunos versos de aquellos que octubre inspiró: "El Alerta":

ASTURIAS

De la mina salgo, amigo.
Soy minero,
soy minero barrenero.
. . . . . .

Al álamo aquel que baja
lento por el monte, dile
que se de prisa y vigile
tu pobre choza de paja.

Tambien cuidará del trigo
que te hurtaron los señores.
Ven conmigo.
!Venid todos los pastores!

-!Voy contigo!

Todos estos elementos naturales -el álamo, la mina, el trigo- brillan en la obra de Gil Vicente, y este modo de incorporarlos a la poesía sin añadirles ningun otro caracter o color, armonizándolos en versos cortos aconsonantados con sencillez incomparable es el mismo que utiliza más tarde Alberti con tal arte que se hace dificil encontrar otras diferencias que las que el tema establece. Tanto la influencia gongorina como la de Gil Vicente y otros grandes poetas, aparecen en la producción albertina tan asimiladas, tan filtradas, si cabe el adjetivo, que hace imposible hablar de otra cosa que no sea obligada y leal herencia de las savias eternas de la Poesía.

Igualmente no es posible hallar en la obra de este poeta una sola nota de sabor extraño o extranjero. Hondamente español, enamorado hijo de la tierra hermosa de Cervantes, de Calderón y Lope, llega a la universalidad por los mismos caminos que abrió el surco clásico: en constante penetración sobre la lírica propia, en el regusto de las humildes raices y brisas ibéricas y huyendo paralelamente de todo localismo regionalista, mancha que no ha ennegrecido ni uno solo de los versos del poeta gaditano.

OTROS NOMBRES

No debo cerrar estas ligeras observaciones sobre las distintas influencias ejercisas en este poeta sin pronunciar los nombres de Quevedo, el tormentoso príncipe de la poesía española, de Garcilaso el cisne dulcísimo que quebró con su sangre juvenil y guerrera los rubios cabellos de las ninfas danubianas, de Becquer el delicioso cantor sevillano que limpia con su genio purísimo todas las desastrosas querellas de nuestro romanticismo retrasado y ramplón, y por último el de Juan Ramón Jimenez, primer poeta español de nuestro tiempo.

Es por tanto toda esta Poesía que enumero ancha base sobra la cual construye Alberti su propio edificio que en cada piso luce una bandera de distinto colos y una canción nueva. Y hechas estas aclaraciones sobre las influencias personales, pasemos a otras de distinto caracter ya que en Alberti son sumamente numerosas las de todos los órdenes.

Nota preponderante en la obra de este poeta es el elemento popular que llega a impregnarlo todo con su esencia de nebulosa antigua. Lo popular suena en la producción albertiana de una manera pura y limpia, con

1306

pureza y transparecia de agua caminante y a la vez con profundidad de realismo misterioso. Transparencia y profundidad que valorizan toda su poesía para combinarse con la gracia meridional de andaluz, con el ángel como venilla finísima y azulada, imperceptible a veces si no es para oidos inteligentes. Y nada más diametralmente opuesto a lo regional y pintoresco que ese trasiego leal del rumor de las eras y el zumo caliente y espumoso de las viejas bodegas, que éste transplantar los brotes naturales y vivos para ingertarlos, vivificándolos si ello fura posible, al acoplarlos al espíritu del poeta que lo recoge. Alberti lanzándose con audacia al ruedo de la poesía popular, se ciñe estrechamente a ella y esquiva con gracia todos los peligros del costumbrismo asainetado, del mixtificado donaire propio de escenarios resecos y acartonados juegos florales. Alberti toma de lo popular lo que esta necesitado de salvarse en el milagro poético para no llegar a corromperse en malas manos. Apuntemos, para recordarlo mas adelante, esta constante ligazón del poeta con los elementos y sentimientos populares, que lo han de llevar paso a paso a cambiar la marcha de su obra y hasta su propio pensamiento, para consagrar una y otra cosa a la defensa de una clase social.

LO POPULAR

Es singular que en la historia de la poesía español raramente el genio despunta si no confunde su propia obra con la poesía popular tan variada y constante en el corazón de nuestro pueblo. Y de esta forma, el espíritu y la esencia popular canta por boca de Berceo, Santillana y Jorge Manrique hasta Antonio Machado y García Lorca, pasando por Quevedo, Lope y Góngora. Solamente cuando con desprecio, que es a la vez incapacidad para comprender este espíritu, los poetastros del XVIII y los fantasmones versificadores del XIX quieren dejar oir su discordante voz, tropezamos con la métrica declamatoria de un Quintana, con el irritante encarrilamiento de un Zorrilla y un Nuñez de Arce, o con la filosofía recalentada y doméstica de un gobernador y poeta de provincias como Campoamor.

Lo popular reluce en toda la obra de Alberti y de una manera mas sobresaliente en sus tres primeros libros reapareciendo despues de otros cuatro -épocas gongorina, caótica o anarquista- para instalarse ya definitivamente. De su acercamiento a lo popular lle

ga Alberti a sentir con el pueblo como parte orgánica del mismo y a convertirse, a sentirse, poeta del pueblo , nunca con la acepción que hoy se carga sobre tal concepto, sino como lo fue en otro tiempo el desconcertante Lope de Vega. Y de esta forma, todo lo que palpita en el ancho corazón popular encuentra musicales resonancias en el corazón y en el verso del poeta que acaba por cantar el sentimiento colectivo del pueblo al dar paso al suyo propio.

EL MAR

En primer término se advierte una constante memoria del mar a lo largo de toda la obra albertiana. Nacido en el litoral de la Andalucía atlántica ¿cómo no tener presente el mar, gran amigo de la infancia dibujada aobre las arenas salinas? Y es esa admiración popular, esa perplejidad arrobada del hombre de tierra adentro ante la incomensurable inmensidad del mar, ante el eterno viaje de las olas, la que vemos humedecer el libro que Alberti dedica al mar y a sus hombres callados y melancólicos. Poniendo en el mar sus amores de marinero sin barca ni naufragio posible, canta en la primera canción:

-Branquias quisiera tener
porque me quiero casar,
mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.

Madruguera plantadora,
allá en los valles salinos.
Novia mía, labradora
de los huertos submarinos.

Yo nunca te podré ver,
jardinera en tus jardines
albos del amanecer.

Y cuando mas tarde, alejado del litoral de espuma y gaviotas, sueña nostálgico con atardeceres azules en la bahía, con frágiles barquillas perdidas bajo la luna estival, con sirenas mecidas por las olas, llora mas que canta viendose acorralado por la agria austeridad de las sierras de Castilla:

Gimiendo por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:

!Ay mi blusa marinera!
Siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera.

1308

Este perdurable éxtasis lleva al poeta a sumergir su imaginación en las profundidades de los mares, mezclándola con la flora deslumbrante de los prados oceanicos, con el destino mismo del mar en una palabra. Y en brazos de su exaltación marinera pide al mar querido una tumba de arena donde extender el sueño último:

Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.
Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera!
Sobre el corazón un ancla,
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento la vela.

Persiguiendo los temas populares dentro del exuberante recinto de la poesía albertina, encontramos repetidas veces el tema taurino, tema tan entrañablemente polarizado en el alma popular española de todos los tiempos, que la Poesía ha ido recogiendolo cuidadosamente siglo tras siglo. Sobre los toros en la poesía española hay un libro perfecto por su erudición y amplitud. Raro es el poeta español que no haya acogido en su obra este tema apasionante. Y en contra de todas las corrientes antitaurinas que han surgido en todos los tiempos, los poetas, como disciplinados interpretes del sentir popular han cantado las deslumbrantes glorias de esta fiesta de dificil trasplante a otras latitudes. En Alberti las citas taurinas son abundantes y siempre felices como corresponde a un innato sentimiento de andaluz y poeta auténtico. Pero no es solamente el recuerdo desperdigado de la fiesta de toros en uno y otro poema, sino consagrar en todos los metros graves composiciones a las figuras eminentes de este arte y una dramática elegía a la muerte de un gran torero amigo que murió sobre la arena caliente del circo.

LOS TOROS

Cuando un toro puso trágico fin a la vida de uno de los colosos del arte taurino -Joselito- cuya imagen va unida a los mejores recuerdos de nuestros padres y cuyo nombre hemos oido pronunciar entre el

pasmo general de cabezas que los años hicieron venerables, Alberti, que estaba accidentalmente en Sevilla pudo conmoverse ante el duelo de toda la ciudad por la muerte de uno de sus hijos mas queridos. Y mientras en los verdes balcones sevillanos manos femeninas retiraban los tiestos sangrantes de los claveles y la alba esencia de los nardos, Alberti encerrado en el cuarto del hotel, escribía a instancia de Ignacio Sanchez Mejias, cuya muerte identica había de cantar unos años despues, éstas magistrales redondillas:

JOSELITO EN SU GLORIA

Llora, Giraldilla mora
lágrimas en tu pañuelo.
Mira como sube al cielo
la gracia toreadora.

Niño de amaranto y oro,
cómo llora tu cuadrilla
y cómo llora Sevilla
despidiéndote del toro.

Tu rio, de tanta pena,
deshoja sus olivares
y riega los azahares
de su frente, por la arena.

-Dile adios, torero mío,
dole adios a mis veleros
y adios a mis marineros
que ya no quiero ser rio.

Cuatro arcángeles bajaban
y, abriendo surcos del flores,
al rey de los matadores
en hombros se lo llevaban.

-Virgen de la Macarena,
mírame tu, como vengo,
tan sin sangre, que ya tengo
blanca mi color morena.

Mírame así,chorreado
de un borbotón de rubíes
que ciñe de carmesíes
rosas mi talle quebrado.

Ciérrame con tus collares
lo cóncavo de la herida,
¡que se me escapa la vida
por entre los alamares!

1310

¡Virgen del Amor, clavada
igual que un toro, en el seno!
Pon a tu espadita bueno
y dale otra vez su espada.

Que pueda, Virgen, que pueda
volver con sangre a Sevilla
y al frente de mi cuadrilla
lucirme por la Alameda.

Pero esta alucinante y bárbara fiesta que lleva aparejado el luto y en la que la presencia del la muerte es constantemente amenazadora, derrama a su alrededor una contagiosa alegría bulliciosa, una griterría de risas , un inacabable rodaje de cuadros brillantes de color y pasión. Esa alegría tan española de las plazas de toros, de las ferias pueblerinas, de las tardes doradas calcinadas por el sol de julio, la recoge sabiamente en su obra este poeta para añadir gracia popular a la suya propia, para ligar, enalteciendolas y afinandolas, ambas suertes. Y buen catador del duelo popular sabe confundirse tambien en el abigarrado y doslocante laberinto de la alegría, del garbo, como se ve en esta letrilla que puede colocarse al lado de las mas brillantes de Góngora:

CHUFLILLAS

¡Que revuelo!

¡Aire, que al toro torillo
le pica el pájaro pillo
que no pone pie en el suelo!

¡Que revuelo!

Angeles con cascabeles
arman la marimorena,
plumas nevando en la arena
rubí de los redondeles.
La Virgen de los caireles
baja una palma del cielo.

¡Que revuelo!

-Vengas o no en busca mía,
torillo malapersona,
dos cirios y una corona
tendrás en la enfermería.

¡Qué alegría!
¡Cógeme, torillo fiero!
¡Qué salero!

De la gloria, a tus pitones,
bajé, gorrión de oro,
a jugar contigo al toro,
no a pedirte explicaciones.
¡A ver si te las compones
y vuelves vivo al chiquero!

¡Qué salero!
¡Cógeme, torillo fiero!

Alas en las zapatillas,
céfiros en las hombreras,
canario de las barreras
juegas con las banderillas.
Campanillas
te nacen en las chorreras.

¡Qué salero!
¡Cógeme, torillo fiero!

Te digo y te lo repito,
para no comprometerte,
que tenga cuernos la muerte
a mi se me importa un pito.
Dá , toro torillo, un grito
y ¡a la gloria en angarillas!

¡Qué salero!
¡Que te arrastren las mulillas!
¡Cógeme, torillo fiero!

Mas adelante, y acogiendose ahora como en tantas otras ocasiones al Góngora estremecedor de las Soledades, canta Alberti en unos tercetos inmejorables de estilo, la grandeza emocionante de la corrida, la confabulación de elementos cautivadores, de luces y músicas, interpretación originalísima y sin precedentes en la historia de la poesía taurina:

De sombra, sol y muerte, volandera
grana zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera.

Y cuando surge la fiera ante el silencio monumental de la plaza:

Se hace añicos el aire, y violento
un mar por media luna gris mandado
prende fuego a un farol que apaga el viento.

¿Es posible retratar mas poética, mas gongorinamente por decirlo del todo la aparición violenta de la res que el poeta llama audazmente "un mar por media

1312

luna gris mandado"? La imagen de la media luna, clásica y culterana a mas no poder, se repite felizmente en este mismo poema cuando, ante el pasmo sobrecogido de los espectadores, permanece al diestro arrodillado en el centro del ruedo en solitaria lidia con la muerte:

...y en la sombra, vendido, de puntillas
dá su junco a la media luna fiera,
y a la muerte su gracia de rodillas.

Entre los poetas que con Alberti se formaron para integrar el grupo universal de la moderna lírica española, ninguno como él ha dominado la forma y la gracia durísima de estaño de Góngora.

Para completar esta enumeración de los temas taurinos en la poesía de Alberti falta consignar la elegía que escribió a la muerte de Sanchez Mejías, faraónico matador que regó con su sangre de gitana estirpe la arena amarilla de la fiesta . Caso romántico este de fuerte sabor español, ya que retirado del ejercicio taurino volvió al cabo de los años para hallar la muerte que como verdadero héroe merecía.

En la poesía de Alberti de la primera época encontramos tambien cuadros de la vida disparatada de los caminos alegres de la Andalucía olivarera, de la existencia desconsoladora y aplastante de los pueblos de alma árabe, quebrantos y amores enrejados bajo el plenilunio, sorda y subterranea tristeza que que siglos y siglos acumularon en el espíritu complejísimo de los andaluces. En el fondo de los poemas que Alberti dedica a estos olvidados rincones de la vida de un pueblo como el meridional, late la protesta oscura casi inconsciente, del poeta culto contra lo que lleva consigo afanes de retención de la voluntad ajena, de esclavitud moral, de odio mal reprimido. Y así, en este poema titulado "La encerrada" creemos ver todo ese turbio amasijo de prejuicios y rencores casi feudales, subsistentes en España:

1

Tu padre
es el que dicen te encierra.
Tu madre
es la que guarda la llave.
Ninguno quiere
que yo te vea,
que yo te hable,

que yo te diga que estoy
muriendome por casarme.

2

Porque tienes olivares
y toros de lidia fieros,
murmuran los ganaderos
que yo no vengo por ti,
que vengo por tus dineros.

3

Todas las piedras del pueblo
las tengo en los pies clavadas.

Vengo,
de allá ariiba, de tu barrio,
de rondar tu calle,
de guardar tu casa,

!Y nadie!
(¿En dónde te escondes tú?)
!Y nada!

4

Lo sabe ya todo el pueblo.
Lo canta el sillero,
lo aumenta
el barbero,
lo dice el albardonero,
y el yegüero
lo comenta
en las esquinas con el mulero.
Lo cuenta
el carpintero al sepulturero.
!Lo saben ya hasta los muertos!
!Y tu sin saberlo!

Y al lado de este cuadro desolado, cruel, fiel reflejo de esa tenebrosa intimidad de las familias acartonadas por los años y la acción corrosiva del fanatismo, por el uncido a unos prejuicios de milagrosa supervivencia, encontramos este otro poema donde late la dicha espléndida del hombre libre sobre las veredas de atardecer que la naturaleza desenrrolla a su paso, de la pura emoción de un paisaje, de la conmovedora majestad de los que van recorriendo libre y pobremente la tierra dejando una estela de sudor y de canciones a cambio de la gracia momenta-

1314

nea, fugaz, de una noche bajo el cielo encendido de estrellas:

LA HUNGARA

1

Quisiera vivir, morir,
por las vereditas siempre.

Déjame morir, vivir,
deja que mi sueño ruede
contigo, al sol, a la luna.
dentro de tu carro verde.

2

-Vas vestidita del percal...

-Si, pero en las grandes fiestas
visto una falda de raso
y unos zapatos de seda.

-Vas sucia, vas despeinada...

-Si, pero en las grandes fiestas
me lava el agua del rio
y el aire puro me peina.

3

... Y yo, mi niña, teniendo
abrigo contra el relente,
mientras va el sueño viniendo.

... Y tú, mi niña, durmiendo
en los ojitos del puente,
mientras va el agua corriendo.

4

Tan limpia tú, tan peinada,
con esos dos peinecillos
que te asesinan las sienes,
dime, dí,¿de donde vienes?

Con esa falda encarnada
y esas dos rosas de lino
en tus zapatitos verdes,
dime, di, ¿de dónde vienes?

No puedo, hasta la verbena,
pregonar mi mercancía,
que el alcalde me condena.

¿Pero que me importa a mi,
si en estos campos, a solas,
puedo cantártela a ti?

-!Caballitos, banderolas,
alfileres, redecillas,
peines de tres mil colores!

!Para los enamorados,
en papeles perfumados
las dulces cartas de amores!

!Alerta, los compradores!

6

¿Por qué vereda se fué?
!Ay, aire, que no lo se!

¿Por la de Benamejí?
¿Por la de Lucena o Priego?
¿Por la de Loja se fué?
!Ay aire, que no lo sé!

Ahora recuerdo: me dijo
que caminaba a Sevilla.
¿A Sevilla? !No lo-sé!

¿Por qué vereda se fué?
!Ay aire, que no lo sé!

Despues de lo dicho hasta aquí de los primeros libros albertianos cuyo periodo podemos denominar época de la poesía popular, y antes de entrar en el segundo, detengámonos aunque solo sea unos momentos para decir algo de la vida del poeta.

Antonio APARICIO

1316

YELLOW CROME

NOVELA DE ALDOUS HUXLEY

CAPITULO II

NO cogió a nadie por sorpresa; no habia nadie a quien sorprender. Todo estaba en calma; Denis pasó de habitación en habitación, vacías, mirando con agrado los cuadros de familia y los muebles, todos esos pequeño signos desordenados de vida esparcidos aquí y allá. Prefería que estuviesen todos fuera; resultaba entretenido vagar por la casa como si estuviera explorando una Pompeya muerta y abandonada. ¿Qué clase de vida hubiera reconstruido el descubridor sobre estos hallazgos?, ¿cómo hubiera poblado las desiertas cámaras? La galaría, larga, con sus hileras de respetables y -aunque,desde luego, no se podía admitirlo publicamente- fastidiosos primitivos italianos, sus esculturas chinas, su discreto mobiliario de época indefinida. El salón con entrepaños, donde los sillones tapizados de zaraza, eran un oasis de confort entre las austeras antiguallas mortificadoras de la carne. El saloncillo, con sus paredes de limoncillo, pintadas sillas venecianas y mesas rococó, sus espejos, sus modernas pinturas. La biblioteca, fresca, espaciosa y oscura, repleta de libros desde el suelo al techo, rica en folios magníficos. El comedor, típicamente inglés, color vino de Oporto, con su gran mesa de caoba, sus sillas y alacena dieciochescas, las pinturas del XVIII -retratos de familia y meticulosas reproducciones animales. ¿Qué se podría reconstruir con estos datos? Se advertía netamente la mano de Henry Wimbush en la larga galería y en la biblioteca; algo de Ana, quizá, en el saloncillo. Eso era

todo. Entre las acumulaciones de diez generaciones la vida había dejado pocos rastros.

Sobre la mesa del saloncillo vió su propio libro de versos. ¡Qué detalle! Lo cogió y lo abrió. Era lo que los críticos llaman una obrita. Leyó al azar:

"...Mas el silencio y la oscuridad sin fin
rodean las luces de Luna Park;
y Blackpool desde la nocturna tiniebla
excava brillante y tumultuosa tumba".

Lo dejó en su sitio, movió la cabeza y suspiró. ¡Qué génio tenía yo entonces!, pensó, imitando al viejo Swift. Hacía casi seis meses desde que se había publicado el libro; le alegraba pensar que nunca volvería a escribir otro de la misma especie. ¿Quien habría estado leyendolo?, reflexionó. Anne, quizá; le satisfacía creerlo. Quizá, tambien, se habría reconocido en la Hamadríade del retoño de álamo; la esbelta Hamadríade cuyos movimientos eran iguales al balanceo de un arbolillo en el viento. "La Mujer que era un Arbol", así habia llamado al poema. La entrgó el libro cuando salió a la luz con la esperanza de que la poesía le diría lo que él no se había atrevido a expresar. Ella nunca se había referido a él.

Cerró los ojos y la vió llegar, cimbreandose, con su capa de terciopelo rojo -y tres cuartos de hora de retraso- al pequeño restaurant de Londres donde comían juntos algunas veces, y a él, en su mesa, transpasado de ansiedad, irritación y apetito. ¡Oh, qué condenada mujer!

Se le ocurrió que quizá la señora de la casa pudiera estar en su gabinete. Era posible; iría a ver. El gabinete de la señora Wimbush estaba en la torre central, sobre el jardín delantero. Una escalerilla de caracól conducía hasta él desde el vestíbulo. Denis subió. Llamó a la puerta.

-Adelante.

¡Ah, estaba allí! Hubiera preferido lo contrario. Abrió la puerta.

Priscilla Wimbush estaba echada en el sofá. Tenía un block de papél sobre las rodillas y chupaba pensativamente la contera de un lapiz de plata.

-¿Cómo va?- dijo, levantando la mirada.-Había olvidado que iba usted a venir.

-Pues aquí estoy, me temo- dijo Denis excusandose- Lo siento en el alma.

La señora Wimbusk rió. Su voz, su risa, eran profundas y varoniles. Todo en ella era varonil. Tenía la cara ancha, cuadrada, bien conservada, con una nariz maciza y prominente y o

1318

jos pequeños verdosos, y el todo coronado por un monumental y complicado peinado de matiz naranja curiosamente indefinible. Mirandola, Denis recordaba siempre a Wilkie Bard, la cantante

Por eso voy a
Cantar opera, cantar opera,
cantar op-pop-op-pop-pera".

Hoy, vestía un traje de seda púrpura de alto cuello y un hilo de perlas. El vestido, tan ricamente viudal, tan evocador de la Familia Real, le hacía parecer mas que nunca alguien de importancia en los Salones.

-¿Qué ha hecho usted todo este tiempo?- preguntó.

-Pues- dijo Denis, dudando casi voluptuosamente. Tenía una porción de cosas que contar de Londres y sus acontecimientos enormemente divertida, dispuesta y preparada en su imaginación. Hubiera sido un placer darles publicidad. -Para empezar, dijo...

Pero era demasiado tarde. La pregunta de la señora Wimbush había sido lo que los gramáticos llaman retérica; preguntaba para no obtener contestación. Era un pequeño floreo de la conversación, un gambito en el juego de la cortesía.

-Me encuentra usted ocupada con mis horóscopos- dijo, sin darse cuenta de que le había interrumpido.

Un tanto molesto, Denis decidió reservar su narración para otros oídos mas acogedores. Se contentó, como revancha, con decir friamente: "¿Sí?".

-¿Le dije a usted que había ganado cuatrocientas libras en el Gran Nacional de este año?

-Sí, contestó aún glacial y monosilábico. Se lo había dicho seis veces por lo menos.

-Magnífico, ¿no cree usted? Todo reside en las Estrellas. En los Viejos Dias, antes de que las Estrellas me ayudasen, solía perder miles de libras. Ahora -se detuvo un instante- ahí tiene usted esas cuatrocientas del Gran Nacional. Eso son las Estrellas.

A Denis le hubiera gustado oir mas cosas de los Viejos Dias. Pero era demasiado discreto, aún más, demasiado tímido para preguntar. Había habido algo así como una ruina; era todo lo que sabía. La vieja Priscilla -no tan vieja entonces, desde luego, y mas alegre- había perdido una gran cantidad de dinero, derrochandolo a manos llenas en cada una y en todas las reuniones de carreras del pais. Había jugado demasiado. El número de miles variaba en cada versión, pero todas lo cifraban elevado. Henry Wimbush se vió obligado a vender a los Americanos algunos de sus Primitivos -un Taddeo da Poggibonsi, un A-

1319

mico di Taddeo y cuatro o cinco Sieneses anónimos. Hubo una crísis. Por primera vez en su vida, Henry se mantuvo firme y al parecer con saludable efecto.

La alegre y bulliciosa vida de Priscilla había llegado a un fin brusco. Actualmente pasaba la mayor parte del tiempo en Crome, cultivando una mal definida enfermedad. Para consolarse dedicó al Nuevo Pensamiento y a lo Oculto. Su pasión por las carreras la dominaba aún, y Henry, que era un bohachón en el fondo, la concedió cuarenta libras al mes para apostar. La myoría de los dias de Priscilla transcurrían elaborando los horóscopos de los caballos e invertía científicamente su dinero, como dictaban las estrellas. Apostaba tambien en el futbol y llevaba un gran cuaderno donde registraba los horóscopos de los jugadores de todos los equipos de la Liga. El proceso de contrapesar los horóscopos de dos "onces" era delicadísimo y muy dificil. Un partido entre el Spurs y el Villa implicaba un conflicto en el cielo tan enorme y complicado que no había que extrañarse si ella cometía un error sobre el resultado en algunas ocasiones.

-Qué lastima que no crea usted en estas cosas, Denis. ¡Qué lástima!- dijo la señora Wimbush con su voz profunda y definida.

-No puedo decirla que lo siento.

-¡Ah, eso es porque no sabe usted lo grato que es téner fé. No tiene usted idea de la vida entretenida y excitante que alcanzamos cuando creemos. Todo lo que ocurre significa algo;nada de lo que hacemos es insignificante. ¡Hace la vida tan alegre¡ ¿sabe? Yo estoy aquí, en Crome. Triste como el agua estancada, pensará usted. Pues nó, no es así. No echo de menos los Viejos Dias en lo mas mínimo. Tengo las Estrellas...Arrancó la hoja de papél del block.-El horóscopo de Inmann- explicó.-Creí que me gustaría probar en el campeonato de billar de este otoño. Tengo que poner en relación con él al Infinito-ondeó la mano.-Y además tenemos el Otro Mundo y los espíritus , y Aura, y la señora Eddy diciendo que uno no está enfermo, y los "Misterios Cristianos" y la señora Besant. Todo es espléndido. No está uno triste ni un instante. No puedo imaginarme como vivía antes, en los Viejos Dias. ¿Placer?, corretear,eso era todo: corretear. Lunch, té, comida, teatro, cena, todos los dias. Era divertido, desde luego, mientras duró, pero después de todo no lo echo de menos. Hay algo muy interesante sobre este punto en el nuevo libro de Barbecue-Smith. ¿Donde está?

Se levantó y alcanzó un libro que había en la mesita junto a la cabecera del sofá.

-A propósito, ¿lo conoce usted?, preguntó.

-¿A quien?

-Al señor Barbecue Smith.

Tenía Denis una vaga idea de él. Barbecue Smith figuraba en los periódicos dominicales. Escribía sobre la Conducta de Vida. Pudiera ser el autor de "Lo que una muchacha debe conocer"

-No, personalmente no.

-Le he invitado para el próximo "week-end". Pasó las hojas del libro. -Aquí está el pasaje sobre el que estaba reflexionando. Está marcado. Siempre señalo lo que me gusta.

Manteniendo el libro tan léjos como lo permitía la longitud del brazo, porque era algo présbita, y accionando convenientemente con la mano libre, empezó a leer, despacio, dramáticamente.

-"¿Qué son los abrigos de pieles de miles de libras, qué es un cuarto de millón de rentas?". Levantó la vista de la página con un movimiento teatral de cabeza; el peinado naranja osciló peligrosamente. Denis lo miró, fascinado. ¿Era lo Auténtico teñido con hennè, o una de esas "Transformaciones Completas" que se ven en los anuncios?, pensaba.

-"¿Qué son los Cetros y las Coronas?"

La Transformación naranja -sí, debía ser una Transformación- se balanceó de nuevo.

-"¿Qué son las alegrías de los Ricos, los esplendores de los Poderosos, qué es el orgullo del Grande, que son los brillantes placeres de la Alta Sociedad?".

La voz, que había subido de tono, interrogando, se sentencia en sentencia, se apagó bruscamente y disparó la respuesta.

-"No son nada. Vanidad, semillas de dientes de leon en el aire, débiles vapores de fiebre. Las cosas que tienen importancia se producen en el corazón. Las cosas vistas son dulces pero las invisibles son miles de veces mas significativas. Es lo Invisible lo que cuenta en la vida.".

La señora Wimbush bajó el libro. -"¿No es hermoso?"

Denis prefirió no aventurar una opinión y pronunció un convencional "Hm".

-¡Ah! Es un libro hermoso, magnífico libro- dijo Priscilla mientras dejaba escapar las páginas, una por una, bajo su pulgar. -Y aquí está el pasaje sobre el "Estanque de Lotos". Compara el Alma con un Estanque de Lotos, ¿comprende usted? Levantó el libro de nuevo y leyó. -"Un amigo mio tiene un Estanque de Lotos en su jardin. Está en un vallejuelo bajo una bóveda de rosas silvestres y agavanzo, entre las cuales el ruiseñor deja fluir su amoroso canto durante todo el verano. En el estanque florecen los Lotos y los pájaros del aire vienen a beber y bañarse en sus cristalinas aguas..." ¡Ah...! Y esto

me recuerda, exclamó Priscilla cerrando el libro de golpe y dejando escapar su risa profunda -esto me recuerda lo que ha ocurrido en nuestra piscina desde la última vez que estuvo usted aquí. Dimos permiso a la gente del pueblo para venir y bañarse, por las tardes. No tiene usted idea de las cosas que sucedieron.

Se inclinó hacia delante hablando en tono confidencial; de vez en cuando dejaba escapar risas entrecortadas -"....baño cömfuso...los ví desde mi ventana...envié por unos prismáticos para estar segura...no hay duda..." La risa estalló de nuevo. Denis rió tambien. Barbecue Smith yacía tirado por el suelo.

-Ha llegado el momento de que vayamos a ver si está preparado el té- dijo Priscilla. Se levantó del Sofá y atravesó, vertiginosa, la habitación a largos pasos bajo su traje de seda arrastrando. Denis la siguió, tarareando en voz baja:

Por eso voy a
cantar opera, cantar opera
cantar op-pop-op-pop-pera

Y después el brulesco trocito de acompañamiento final: "ra, ra".

Traducción

Aurelio ROMEO.

1322

BATALLON DE CHOQUE

NOVELA

CAPITULO II

ELENA salió temprano a la calle. Apenas había podido dormir la noche antes. Por dos veces se levantó de la cama extrañando los ruidos que llegaban hasta la habitación por la ventana entreabierta. Le parecían cañonazos distantes. "Pero no es posible", se decía.

Notaba angustiosamente que en estos momentos le crecía el amor hacia Emilio de una manera desmesurada. Cuando se lanzó de la cama por segunda vez tuvo el impulso de ir a buscarlo a la estación donde ella sabía que estaba de guardia. Incluso se puso la falda y, mientras buscaba un jersey, reflexionó y no lo hizo. Así se tendió de nuevo y mientras oía estampidos, pasos en la calle, conversaciones cuchicheadas en la escalera y abrir y cerrar de puertas, llegaron las primeras luces del dia con algún silencio y tranquilidad. Entonces durmió un poco.

Se levantó temprano. Se entretuvo menos en su aseo. Le urgía salir. Por la ventana el paisaje presentaba una máscara de inocencia que no conseguía sino inquietarla más. Pensó que tenía que moverse, que aquél dia no era justo estar quieta. "¡Ah! Si fuera hombre ya sabría lo que hacer". Por la plaza de España tropezó con la caravana de los que huían de los barrios que primero habían sufrido las desgarraduras de las explosiones. Era como en las estampas de la Guerra Europea que había visto de niña.

Entró en un café de la Gran Vía, precisamente donde tuvieron dos noches antes aquella conversación que destruyó sus pri

1323

meros pesimismos. Tal vez porque se sentía ahora más deprimida que en aquella ocasión, es por lo que escogió el mismo lugar. Pero estaba sola.

Los periódicos traían gritos de aliento; sin embargo los rostros marcaban más bien la inquietud. No pudo resistir más tiempo y se fué a la oficina. Su trabajo era de tarde, pero sin saber por qué tenía deseos de encontrarse en algún lugar habitual y con rostros conocidos. Esto, al menos es lo que creía ella. Más al verse rasgando febrilmente las fajas de los diarios extranjeros que llegaban allí, se apercibió de que lo único que le interesaba era saber, saber algo.

El "Times" hablaba friamente del reconocimiento de Franco para "cuando entrase en Madrid". Ninguna conjetura sobre si esto sería o no posible. Estaba considerada la cuestión como algo resuelto. En los demás periodicos -en los franceses con grandes titulares- se hablaba de la "marcha hacia Madrid" como de un camino de victoria. Y por aquí y por allá, fotos y planos sobre el avance de los "nacionalistas".

Aquellos argumentos en letras de molde la impresionaban.Hubiera corrido con ellos bajo el brazo para gritarle: "Mira , salvate. ¡Salvémonos!". Al pensarlo se le aparecía la figura de él tranquila, con un fusíl y unas cartucheras como el 20 de Julio, y sentía sus manos sobre los hombros y sus ojos en los suyos, mientras una sonrisa serena le decía: "No hagas caso. No tengas miedo. No entrarán". Y esto era lo triste, que no podía ir a verle, que no se atrevía a contarle otra vez sus dudas, que se sentía inferior y sola, sola...

Al marcharse cruzó por los claustros del edificio con su jefe. Iba deprisa, acompañado de dos o tres personas. Se acercó a ella y le dijo:

-Me alegro verla. Pase luego por mi despacho.

Y al retirarse rectificó con voz mas fuerte:

-O si no, mejor será esta tarde. Tengo ahora mucho que hacer.

-Está bien, contestó.

Cerca de la puerta lor ordenanzas hablaban de lo que debía hacer la milicia que fundaron ellos para defender el ministerio. Cuando unos dias antes se organizó, a todos les había parecido una idea excelente. En estos momentos, en cambio, se encontraban ridiculos y sentían la desilusión del niño que sueña con un juguete y despierta con las manos vacías.

Por la calle Mayor un camión lleno de hombres jóvenes pasó, cruzando el aire con canciones y banderas. Un letrero atravesaba la calle a la altura de los primeros pisos, diciendo:"No pasarán". Cada bocacalle de la Puerta del Sol tenía uno semejante. Aquí no había pesadumbre,ni malestar, ni tristeza, ni

nada parecido. La gente se movía tranquila y los que nó, estaban febriles y entusiastas, como cuando se espera un acontecimiento agradable en el que el pueblo va a jugar un papél decisivo.

Algo así como el 14 de Abril, o como el 19 de Julio. La Puerta del Sol tocaba a vísperas. A vísperas populares y victoriosas. "Como Emilio. Madrid está como Emilio", se decía tranquilizandose.

Dentro de las casas se cobijaba el miedo y la incertidumbre. Tambien la traición. En la calle no había sitio para ella.¿Sería quizás porque ignoraban estos hombres (ahora cruzaba un pelotón a pié lleno de chanzas y puños en alto) las noticias que ella tenía? Pero nó. Van a ser ellos precisamente quienes, antes que nadie, entrarán en contacto con la realidad. Y por eso llevan fusiles al hombro.

En la esquina del café Oriental se entretuvo mirando un cartél. Sobre una mancha azul había un 4 muy grande en tinta roja. Y después decía "Batallones de choque para defender Madrid...". "Otra vez Emilio". "No puede ser. No pueden entrar", le repetía su voz en los oidos.

Se encaminó al restaurante. Era un establecimiento pequeño, de portada pintada en colores vivos, situado en una calle vecina al Palacio de la Prensa. Se pasaba a un pequeño bar, y después de subir a una plataforma podía uno acomodarse en una série de nichos, bastante cómodos, algo íntimos. La decoración era tambien de colores verdes, rojos, ocres vivos.

-Parece una taberna rusa de teatro, fué el comentario que había hecho Emilio.

Hoy estaba mucho más vacío el restaurante y le parecía que los camareros no se interesaban por el trabajo. La lista del menú, incluso, era la de la noche antes y, con ello, la impresión de que no había transcurrido el tiempo desde entonces se hizo más completa.

La sala se iluminaba a toda hora con luz artificial. ¿Quien podía negar que no hacía sino unos minutos de la marcha de Emilio? Como la noche antes, Elena tenía los dos codos apoyados en la mesa y fumaba despacio. Tuvo que marchar así, de pronto, sin permitirse otra despedida que un beso algo avergonzado por la vista del público. Había quedado media botella de vino que ella consumió poco a poco, mientras veía desfilar a los clientes: tipos extraños que hablaban idiomas extranjeros y vestían de calle, con naturalidad, sin armas, como si no hubiera una revolución."Estos extranjeros saben siempre donde se come bien", fué el pensamiento que se entreveró en la nostalgia de los recuerdos.

Sobre el mantél limpio fueron ocupando lugar los cubiertos.

1325

Tal vez eran los mismos, como lo eran las manos del camarero. Tal vez los codos reposaban sobre las huellas que dejaron ayer. Desaparecían las horas pasadas entremedias y se repetían las cosas como una película que girase al revés. ¿Y por qué no había de abrirse ahora la puerta y aparecer Emilio, con su tabardo, su pantalón de sport, sus botas fuertes, como se fué anoche? ¿Y por qué no iban a ir entrando, uno tras otro, los comensales que anoche tambien estuvieron aquí? Por un instante el milagro se cumplió, llenandola de esperanza. Un hombre jóven, con barba rubia y traje gris, precisamente el que marchó el último, acababa de entrar con la misma sonrisa. Elena sintió las palpitaciones del corazón un poco apresuradas... "¡Es imposible! ¡Qué absurdo!".

Siguió ritualmente repitiendo los pasos de los últimos dias. Después de comer volvió al cine Capitol para ver de nuevo "Los Marinos de Cronstadt". Lo recordaba perfectamente. Tenía aún presentes las emociones de Emilio, cuando vieron por primera vez el film. "Parece hecho a nuestra medida". Todo cuanto les ocurría a los soldados de Petrogrado recibíalo él - y sin duda todos los espectadores- como experiencias ocurridas en la misma lucha que estaban sosteniendo. Y la música, tanto la destemplada del desfile de los marinos que van a embarcar, como la desesperada melodía de la tenaz resistencia en las trincheras, sonabanle a él -y a todos- como himnos que tenían derecho a cantarlos a las puertas de Madrid.

Por eso volvió Elena hoy, sola, a buscar un sitio en la sala oscura, mirando fijamente la pantalla, en la que en este momento habla el comisario. Y cuando se vuelve hacia los espectadores para colicarse en la butaca que le corresponde, observa una atención sin semejante. Se diría que participan todos en el film y les corresponde entender las palabras rusas que hacen comprensibles los pequeños rotulos de traducción.

La atmosfera es idéntica a cuando estuvo con él. Todos los lugares parecen haber permanecido conservando el ambiente de sus últimos pasos, acompañada por él. Para recogerlo se dedica a marchar sobre sus propias huellas. Pero, de repente, comprende el sentido dramático de lo que está haciendo. Es cuando decidió la pugna que había tenido en su cerebro al proponerse volver a casa o dirigirse al cine. No quiso volver al domicilio, y sin embargo buscaba todos aquellos rincones más llenos de nostalgia, como si él no existiera ya, como si se hubieran despedido para siempre.

Y ella misma, ¿no estaba despidiendose? Cualquier día, con permiso del batallón, podría él subir a Madrid y, con ella, volver a los restaurantes, a los cafés, a los cines. ¿Por qué pues, este deseo de hacer ella sola la peregrinación? Podía

arrancar de que ella no tenía la misma fé que él. Y se disculpaba ante su propia conciencia achacando su actitud al deseo de permanecer con él en pensamiento. Pero desde dentro, frío, alguien repetía: "¿Por qué en pensamiento? ¿Es que ha muerto ya?".

En este instante, en el film, estan despeñando a los comunistas. Elena no puede más, empieza a llorar en silencio como si fuera uno de ellos, de los que se hunden para siempre, él, Emilio...

.·.

Todavía circulaban los tranvias de la Bombilla. Los parapetos del paseo de San Vicente les abrían paso. El asfalto de la Puerta del Sol brillaba de humedad. Las luces de los coches y sus reflejos eran la sola iluminación. Elena tomó un 8.

Iba agitada. Todos los presentimientos acababan de confirmarse. Su deber era, en este instante, ayudarle a salvarse. Porque ahora no le cabía duda: todo iba a perderse dentro de unas horas.

La entrevista con el jefe fué un golpe que había disipado sus últimas ilusiones. Ilusiones que eran como nubes de recuerdos en los que el valor fundamental lo desempeñaba el afecto. Ella acudía por las tardes, a última hora, a la oficina donde su trabajo consistía en traducir textos de propaganda a los idiomas que manejaba con tanta soltura. Cuando llegó hoy, al principio no apercibió nada extraño: tal vez mayor afluencia de gente. Pero bajo la luz artificial le parecía mas tranquilo el ambiente que durante la misma mañana. Se presentó en el despacho. El jefe sonrió primero. Sobre la mesa tenía una cartera en la que iba guardando papeles. Se levantó y se acercó a ella con una cara algo más grave, mientras le llegaba a la nariz un olor como de papél quemado.

-Mire usted, Elena. Voy a decirle algo que no debe salir de sus labios. Nadie lo sabe. Pero yo no quiero que usted se quede.

Elena sintió frío y miedo. Se cerró alfo más el abrigo y dijo:

-No le entiendo.

-El gobierno sale esta noche de Madrid. Mañana por la mañana hay un coche en el que le tengo guardada una plaza. No quiero que usted se quede. (Bajando la voz) Madrid capitulará en seguida. Todo está hablado. Además la quinta columna se echará a la calle y...¡Sabe Dios!...No tiene usted mas remedio que venir en el coche.

-¿Y...?

1327

-No se preocupe ahora de nada ni de nadie. No hay tiempo que perder y además, esto que le he dicho debe permanecer secreto. Ya se explicará más tarde. Siempre hay tiempo de dar explicaciones, pero lo urgente es hacer las cosas. (Como un susurro) ¡Aquí no lo sabe nadie! Si se complica usted ahora con cuestiones sentimentales me obligará a arrepentirme de haberselo dicho.

-Es que yo no me puedo marchar así.

-¿Algún novio quizás? ¿Es combatiente? No se preocupe. Los combatientes serán evacuados estratégicamente.

A Elena le pareció que esto sonaba de un modo irónico. Encendió un cigarrillo que le ofrecían.

Mientras, su jefe, que había atendido a una llamada telefónica recogió unos papeles que tenía en un rincón de la mesa y se acercó a la chimenea. Al ver esto es cuando se dió cuenta de que algo terrible estaba sucediendo, dentro de ella y en el mundo: el mundo era Madrid. Los pies comenzaron a moverse. Se levantó decidida. El jefe hizo un gesto de sorpresa y embarazo. En la mano derecha tenía un papél encendido y en la izquierda otro que acercaba al primero. En esta postura sonrió interrogante:

-¿Vendrá?

-Sí.

-Silencio, ¿eh?

Sin esperar respuesta se había levantado del sillón que tenía junto al fuego.

Se sacudió algunas pavesas que había sobre su ropa. Se acercó a ella y le apretó la mano con algo de complicidad. Ella salió y se dió cuenta de que la puerta era cerrada por dentro con pestillo.

Y, a pesar de comprometerse al silencio, iba ahora a contarselo a él. Tenía pensado su plan. El se vendría con ella. Uno mas ¿qué importa? Y si la ciudad se rendía, ¿quien iba a acusarle?

El 8 llegó frente a la estación tranquilamente. Entró ella en el edificio sin encontrar nada anormal. Unos hombres que había junto a una puerta le preguntaron donde iba. Dió el nombre de él.

-Estará durmiendo en su despacho,-contestaron- hemos venido de la Casa de Campo y estamos algo cansados.

Uno se ofreció a acompañarla. Según andaban a lo largo de un pasillo procuró enterarse de si pasaba algo anormal.

-¡Quiá! No ocurre nada. Hemos ido allí para detener algunos grupos que venían chaqueteando.

-Y "ellos"...¿Donde están?

-Creo que por Campamento. Pero ya no avanzarán más.

1329

Elena notaba que al par que se deshacían sus presentimientos se escapaban sus esperanzas en una huida con él. Todo lo que iba a contarle le parecía mentira. Pero porque ¿como podían creer él y aquellos hombres, ni el tranviario que le llevó hasta allí, ni nadie en el pueblo de Madrid, en la realidad de la escena que acababa de desarrollarse en el ministerio? ¿Y si todo no era más que una fantasía, o el fruto de un miedo personal? Pero aquellos papeles quemados, aquél misterio en la conversación...

Entró donde estaba Emilio, que se levantó con sorpresa. Leía a la luz de una lámpara cubierta con una pantalla verde. Su oficina era un gran despacho con muebles algo anticuados y solemnes. Todo estaba en una penumbra que daba acento a las páginas del libro, única nota luminosa bajo la pantalla.

-¿Qué te trae por aquí?

Ella se había estrechado contra él y no sabía empezar a hablar.

-Sientate, ¿qué te pasa?

Al ir a hacerlo la pata de la silla arrastró la culata de un fusíl que cayó con estrépito.

-¡Mujer! No me lo estropees. Precisamente me lo acaban de dar.

Y lo recogió para enseñarselo.

-Fíjate, es checo ¿vés? Aquí lo dice. Y mira que cómodo es: para pkner los dedos de la mano izquierda tiene aquí esta ranurita. Y cuando sale el último cartucho no se engancha el cerrojo como en el mauser español.

Elena miraba en silencio y seguía las explicaciones, como si fuera a incorporarse al batallón. Bajo la luz de la lámpara se confundían en su mirada los brillos de los aceros con el matiz tierno de la madera barnizada. Y cuando miraba a Emilio lo veía con tal serenidad en el rostro y ¿por qué no? con tal alegría que encontraba más dificil aún la misión que le había traido.

El fusíl quedó sobre la mesa cruzando el libro.

-Bueno, Elena -le dijo cogiendo sus manos- ¿Qué te trae por aquí? Estuve esta tarde en casa. Nos dieron permiso. Tu andabas por la oficina, ¿nó?

Emilio sabía que Elena "tenía cabeza". Y ella conocía este pensamiento de él. Por eso se abstuvo de llorar, aunque sentía grandes deseos. Y consiguió tener la voz serena mientras le contaba todo lo que su jefe le había dicho.

-Si no fueras tú quien lo dice no creería nada. Pero, ¿es posible?, ¿Madrid capitular? Y nosotros, y tantos otros...¿vamos a ser vendidos?...No. No es posible...No es posible...

-Pero es así como te lo he dicho.

-Sí. Si te creo. Pero no es posible...Yo no te puedo decir nada. En estas cosas tienes tú mejor información que yo. Sin embargo ninguno de nosotros cederá aunque capitule el gobierno.

Empezó a pasearse repitiendo:

-Te creo, pero no es posible, no es posible.

Se acercó a ella.

-Pero tú vete. No tengo derecho a pedirte que te quedes. Debes aprovechar esto por si ocurriera algo...que no puede ocurrir...Pero márchate. Yo no tengo ninguna razón que oponer y ya ha habido bastantes traiciones, para que pueda sorprendernos una más. Véte. Yo me quedo y ya nos volveremos a ver.

Elena no se había atrevido ni a insinuar la posibilidad de la fuga. Solamente le repetía con insistencia:

-Sé prudente. Cuidate. Sé prudente.

-Sí, es claro, lo seré, descuida. Nos volveremos a ver. No es posible que pase nada de eso que me has dicho.

La acompañó hasta el tranvía. Ella iba en silencio y él despacio, como si quisiera subrayar la tranquilidad que reinaba en aquella zona. El café de Casa Revertito seguía abierto y varias personas esperaban en la parada del tranvía, ajenas a que la pérdida de Madrid estuviera a punto de consumarse. Elena no sentía en su interior otra sensación que la de una lucha que estaba desarrollandose. Algo desde dentro, desde las caderas, desde los piés, desde la tierra misma, parecía insinuarla que se conducía mal, mientras el cerebro oprimía hacia abajo esta ola, justificandolo todo y alabando su propia conducta, en tanto que un tercer elemento, burlón, sin localización posible, repetía desde todos los rincones de cuerpo y alma en los que se encontraba brincando: "Todo se ha acabado. Todo se ha acabado".

Emilio miraba al suelo, con un brazo puesto sobre el hombro de Elena. Venía el tranvia ya. Se volvió a ella.

-Mira. Pase lo que pase, yo te buscaré. Sálvate, pero no tengas miedo. Eso que me has dicho no puede pasar.

La besó de nuevo y subió ella al coche. Se le caían los párpados y tiritaba. Dentro de la cabeza oyó claramente: "¡Nunca más!". Y para luchar contra esto volvíose, ansiando gritar "¡Emilio!", pero no lo hizo porque él, de espaldas, como una silueta desconocida, se encaminaba con paso tranquilo hacia la estación.

Pablo DE LA FUENTE.

1331

INDICE GENERAL ALFABETICO.

	Nº	Pag
X X X		
Luna nueva	1	3
España en el tormento.	1	13
id id	2	22
Nueva salida de don Quijote.	3	3
Diciembre 1937 - Teruel.	4	14
España en el tormento.	6	15
Ultimo número.	30	3
Noctambulandia	30	5
ALBERTI (Rafael)		
Cuaderno de Poesía	3	27
Poesía de guerra	18	41
ALTOLAGUIRRE (Manuel)		
Cuaderno de Poesía	9	29
ANONIMO		
Cinco romances	16	35
Epístola moral a Fabio	17	37
La canción popular	20	29
Romances moriscos.	27	29
APARICIO (Antonio)		
Versos a un amigo.	1	29
Nota de lectura.	1	32
Scherzo de la bailarina.	4	11
Luz y trasluz de Ruben Darío	7	3
18 de junio.	8	13
Paisaje de Rosalía de Castro	9	3
Los ojos de Melibea.	11	3
La hija del doctor (cuento).	12	19
Cuaderno de Poesía	14	27
La poesía en la guerra	18	13
Cerca de Neruda.	19	23
Romance cordobes	20	3
Carta a Knut Hamsun.	21	11
Estrella de Sevilla.	22	11
Canción.	28	11
Dias negros.	29	23

1332

APARICIO (Antonio)
Retrato de un niño. 30 15
Conferencia sobre Rafael Alberti. 30 91

ARRIAZA (Juan Bautista)
Terpsicore o las gracias del baile. 25 33

BARBERO (Edmundo)
Crónica teatral. 1 14
Isidoro Maiquez 2 27
Maria Guerrero. 3 15
Teatro experimental 4 15
Guerrilla del teatro. 5 17
Balance teatral de 1939 . . . . . 6 11
Juan Bonafé. 7 21
Decadencia del teatro 8 9
Ideas para un teatro nueve. 9 17
José Tallavi. 10 15
Rosario Pino. 11 13
Francisco Morano. 12 13
Catalina Bárcena y Gregorio Martinez Sierra . . 13 19
id id id id id . . 14 13
Enrique Borrás. 15 15
Ricardo Simo Raso 16 19
Ernesto Vilches 17 19
Sublevación en Andalucía. 18 17
Pedro Zorrilla. 19 25
La vocación en el autor 20 25
El teatro en el Imperio 21 31
Un trovador 22 13
Cine y Teatro 23 21
Los críticos. 24 17
Crisis teatral. 25 21
El teatro en América. 26 21
Genios por decreto. 27 25
Autores con prisa 28 17
Teatro político 29 11
El culto a la mentira 30 33

BECQUER (Gustavo Adolfo)
Cuaderno de Poesía. 23 35

BRUNET (Marta)
Misia Marianita (cuento). 16 23

CAMPOS (José)
Notas de lectura. 1 31
La lucha del pensamiento. 2 19
Notas de lectura. 2 38
id id 3 35
id id 4 35
Islas del Mediterraneo. 5 5
Notas de lectura. 6 31
id id 7 43
id id 8 33

CAMPOS (José)

Ataque.	10	7
En torno a la mujer	12	25
Notas de lectura.	12	40
id id	13	41
id id	14	35
id id	15	41
Juan Ramón Jimenez.	16	29
Notas de lectura.	16	44
id id	17	45
Julio 1936 - 1937	18	9
Notas de lectura.	18	54
id id	19	47
id id	21	45
id id	22	43
Pasó la guerra (cuento)	23	27
Notas de lectura.	24	41
En defensa de los aliados	25	17
Preguntas a Federico Sopeña	26	35
Notas de lectura.	27	41
id id	28	37
id id	29	41
id id	30	57

CERNUDA (Luis)

Cuaderno de Poesía.	8	25

DARIO (Ruben)

Canto a las glorias de Chile.	19	39

ENDIMION

Viaje a la luna	1	16
Eros.	10	11

FELIPE (Leon)

Cuaderno de Poesía.	12	29

FUENTE (Pablo de la)

Notas de lectura.	1	33
Los primeros dias	2	15
Notas de lectura.	3	36
Los esfuerzos inútiles (capitulo de novela)	4	19
Nochevieja en el batallón	6	3
Cuento de los tres reyes.	7	26
Visita de los poetas.	8	3
Revolucionarios y sentimentales	9	13
Sus ojos.	10	3
Sverdlovsk.	14	3
Charla con un amigo	15	5
Sobre los del 98.	16	13
Alejandro	17	15
Los obreros en la lucha	18	29
German Vergara.	19	7
Sobre lo trascendental.	20	9
El arbol de la calle.	21	7

1334

FUENTE (Pablo de la)
Sobre el egoista. 22 7
Calle de Segovia. 23 18
Los alemanes. 24 7
Bruselas. 25 13
El puente (cuento). 26 25
El tiempo muerto. 27 9
Los proyectos 28 13
Esta guerra de hoy. 29 6
El hijo (cuento). 30 21
Batallón de Choque (capitulo de novela) 30 113

GARCIA LORCA (Federico)
Cuaderno de Poesía. 5 23
Retablillo de don Cristobal 14 39

GARCIA RUIZ (Luciano)
Y el delirio fué hecho. 4 3
Espionaje y contraespionaje 7 13

GONGORA (Fray Luis)
En seguir sombras.. . . . . 28 29

GUEVARA (Fray Antonio de)
Los jueces. 1 6

GUILLEN (Nicolas)
Secuestro de la mujer de Antonio. 9 11
Cuaderno de poesia. 15 31

HERNANDEZ (Miguel)
Cuaderno de poesía. 7 33
Quien te ha visto y quien te ve 10 9
Poesia de guerra. 18 41

JIMENEZ (Juan Ramon)
Cuaderno de Poesia. 6 25

KIPLING (Rudyard)
If. 11 11

LEZAMA (Antonio de)
Vox populi. 1 7
El fracaso de la generación del 98. . . . . 2 3
Nota de lectura 2 37
Amor, Deber, Amor (cuento). 3 19
Notas de lectura. 3 37
Precursores gloriosos 4 25
Notas de lectura. 4 36
La rendición de Bréda 5 11
Notas de lectura. 5 32
De la calle del Prado al paseo de la Castellana 6 7
Conspiraciones románticas 7 9
Notas de lectura. 7 41
Una novela escrita en el refugio. 8 21

1335

LEZAMA (Antonio de)
El islote (capitulo de novela) 9 7
Notas de lectura. 9 39
El infierno azul.. . . . . 11 7
Conspiraciones de antaño 13 13
Las nueve amigas del autor 16 2
Por servir a la causa(cuento) 15 21
Aventura y desventura de Don Inverecundo 17 9
Arriba los muertos 18 5
La tierra madre y señora 19 11
La formula insuperable (cuento). 20 17
La vispera. 21 3
El espejo (cuento) 22 17
Soliloquios. 23 13
Crisol de literatos. 25 3
Notas de lectura 25 43
Mio Cid Campeador. 26 3
Gemas de Sangre. 27 3
La maldad sin grandeza 28 7
No seas débil, Dantón. 29 3
El sacrificio (cuento) 30 11
El angel exterminador(capítulo de novela). . . . 30 61

LOPE DE VEGA
Sonetos. 24 33

MACHADO (Antonio)
Cuaderno de Poesia 1 25
La tierra de Alvar Gonzalez. 26 39

MANRIQUE (Jorge)
Cuaderno de Poesia 30 49

MARINELLO (Juan)
Gorki y Unamuno. 23 3

MISTRAL (Gabriela)
Cuaderno de Poesía 10 27

MUÑOZ (Diego)
Musica de baile (cuento) 19 29

NERUDA (Pablo)
Cuaderno de Poesia 2 31

ONTAÑON (Santiago)
Anfistora. 1 4
Dialogo de las madres. 2 23
Las cuatro estaciones. 3 7
Notas de lectura.. . . . . 5 31
Idiota (cuento). 6 19
Notas de lectura 8 34
La ilusión ahogada (cuento). 9 21
Conferencia sobre la canción montañesa 11 37
Ellas. 12 7

1336

ONTAÑON (Santiago)

La canción montañesa (final)	12	41
El perro	13	7
Admiraciones de segunda clase	14	7
La montaña rusa del amor	15	11
Si tu supieras...(guion para un film)	17	25
Semilla a la poesía	18	27
Vicente Salas Viu	19	19
Conocimiento y despedida de Alfonso XIII	21	15
Notas de lectura	22	44
Recuerdos estupidos	24	11
La conversión (cuento)	25	25
El leon (cuento)	28	21
Elvira (acto de un drama)	30	73

PRADOS (Emilio)

Cuaderno de Poesia	11	27

QUEVEDO (Francisco de)

El tirano	9	35

ROMEO (Aurèlio)

Guadalupe (cuento)	2	7
Asturias en Chile	4	7
Nochebuena 1939	5	3
Lluvia	6	16
Yo quería ser marino	7	16
Un hijo (cuento)	8	15
Notas de lectura	9	42
Miedo (narración)	10	19
Presentimiento (cuento)	11	19
Torres	13	3
Ada y Evan (cuento)	14	19
Cuando llegará mañana?	15	3
Un año de experiencia	16	9
En la repisa	17	3
La guerra desde fuera	18	21
Notas de lectura	18	53
Ellos y nosotros	19	15
Laly	20	13
El milagro de san Casiano	21	21
Las flores	22	3
El regreso	23	10
Notas de lectura	23	44
Canciones	25	9
La casa de fieras	26	12
Por la carretera (cuento)	27	13
Notas de lectura	27	42
Nosce te ipsum	28	3
Celos (cuento)	29	15
La tormenta (cuento)	30	37
Capitulo de "Yellow Crome" (traducción)	30	107

ROMEO (Julio)

Cumbres heladas (cuento)	1	17

1337

ROMEO (Julio)
Lo de todos los dias (cuento) 5 13
Nota de lectura. 7 42
id id 8 35
id id 9 40
id id 10 39
id id 11 33
El almendro de los recuerdos. 12 3
Nota de lectura 12 39
El destino del capitan Barkin (cuento). 13 23
Nota de lectura 14 36
id id 15 42
id id 16 43
id id 17 44
Bombardeos 18 33
Nota de lectura 19 49
id id 20 41
id id 21 43
id id 22 41
id id 23 43
La princesa Estrella Radiante (traducción). . . . 24 21
Nota de lectura 25 43
id id 26 49

SERRANO PLAJA (Arturo)
Cuaderno de Poesía. 21 35

SHELLEY (P.B.)
A la luna. 15 13

SMITH (Jim)
Nota de lectura 14 38
id id 21 46
¿Qué hora es en Berlin? 26 15

UNAMUNO (Miguel de)
Cuaderno de Poesia. 13 33

VALLE (Juvencio)
Cuaderno de Poesía. 4 29

VALLE INCLAN (Ramon del)
Garrote vil 7 19

VILLAMEDIANA (Conde de)
Cuaderno de Poesía. 22 31

ZORRILLA (Jose)
El capitan Montoya. 29 27

001915

001915